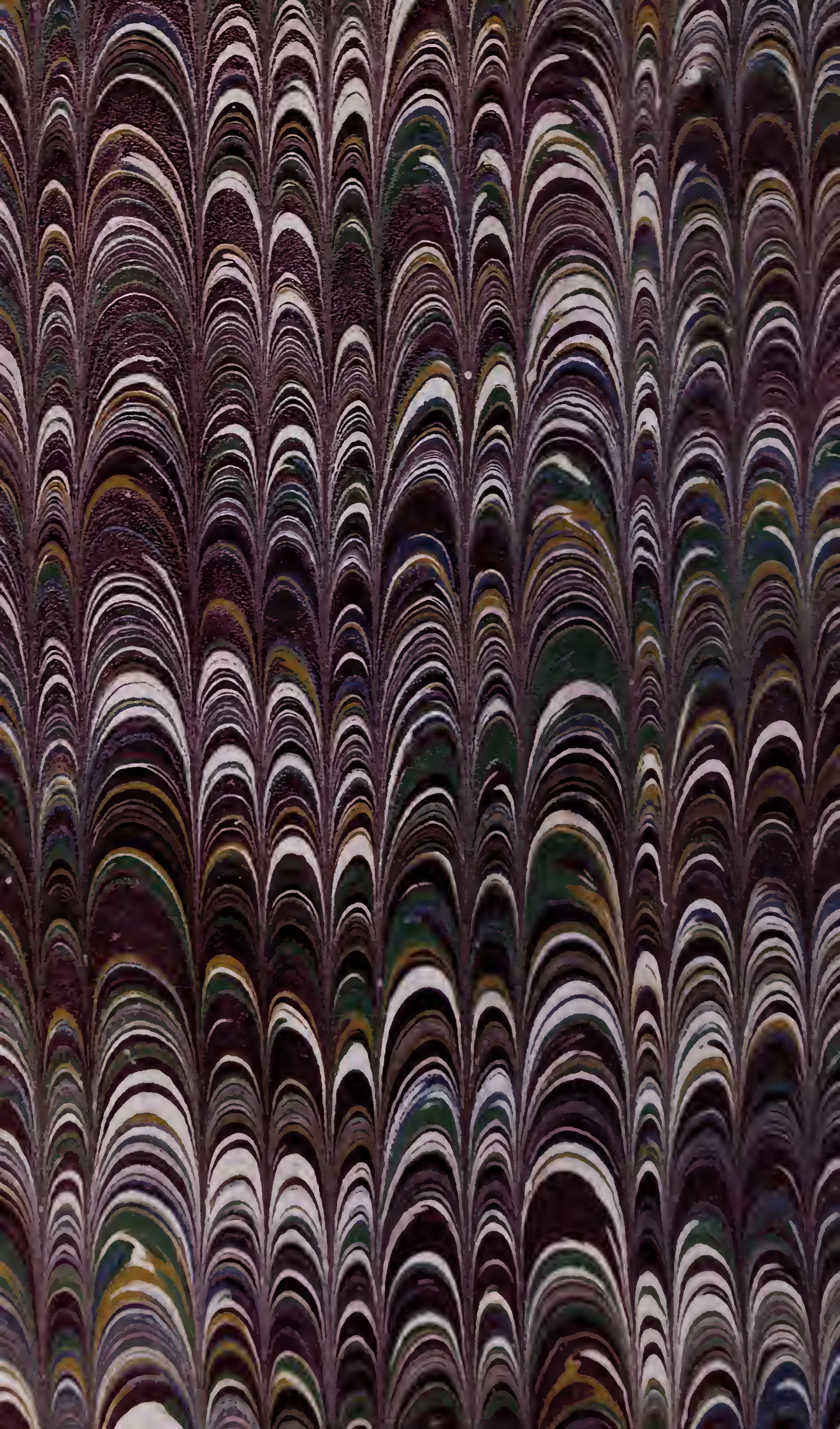








Al Dr. Juan A. Mackay, en testimonio de admiración y simpatía

Carmen A. D. de Camein.

Lola Tavares de Grau

E. E. Ewing

Alfredo Noste

Thomas Bruzon.

Carlos Grist

C. J. Fernández

L. Reboscio.

Mecha Noste

H. Glauser

Napoleón C. Cenketz

G. G. Cornejo

[illegible]

Germán [illegible]

[illegible]

E. Tomazzi

J. E. [illegible]

José Blarodi

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

C. Fagé

Stanley Tompkins

E. Lopez Holland

Santiago Ferrari Dardé

P. Dardié

Juan Dardié

Guillermo C. Jacobucci

José Porta

C. Ripper

W. Peter

A. Guerrero

Tomás G. Christie

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] Abulanto

Juan [illegible]

OBRAS DE

RICARDO ROJAS

2

LOS ARQUETIPOS

TERCER
MILLAR

LOS ARQUETIPOS

OBRAS

DE

RICARDO ROJAS

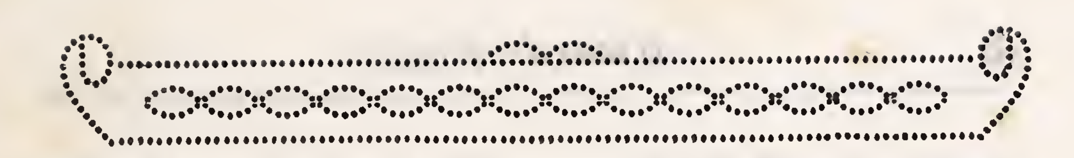
TOMO II

LOS ARQUETIPOS

SEIS ORACIONES:
BELGRANO, GÜEMES,
SARMIENTO, PELLEGRINI,
AMEGHINO, GUIDO SPANO

(TERCER MILLAR)

BUENOS AIRES
LIBRERÍA «LA FACULTAD»
JUAN ROLDÁN Y C.ª
359, FLORIDA, 359.
1922



ADVERTENCIA

FORMAN *este volumen seis conferencias biográficas reunidas aquí por analogías de tema, género y estilo, que a la serie dan estética unidad, modelando sendas figuras humanas como en un solo friso escultórico.*

He titulado a esta obra Los Arquetipos, *porque lo son realmente aquellos seis varones ilustres de la historia argentina, cada uno en su especie: Belgrano el patricio, Güemes el caudillo, Sarmiento el educador, Pellegrini el estadista, Ameghino el sabio, Guido el poeta. Otros hay en nuestra historia; pero la limitación a los nombrados solamente proviene de la ocasión pública en que me tocó trazar sus siluetas.*

Estos sermones laicos fueron pronunciados a

invitación de la Universidad y de otras altas instituciones de cultura, en ceremonias solemnes. Tal origen común acentúa en ellos su semejanza exterior, sin contar la unidad de espíritu que en ellos alienta, pues los realicé como quien cumple un acto sacerdotal; no recibí por ellos retribución pecuniaria, y los héroes de mi panegírico habían muerto cuando les tributé mi elogio.

En diversas páginas mías he hablado de otros argentinos ilustres, y algunos de sus nombres— San Martín, Mitre, Esquiú— podrían darme asunto para formar otra serie, gemela de la que hay entrego en este volumen. No sé si el azar me ofrecerá ocasión de hacerlo más tarde; aunque en todo caso las figuras aquí evocadas constituyen una galería de figuras ejemplares que honran a nuestra raza en formación, como paladines de libertad y de cultura. En mis libros Blasón de Plata *y* Argentinidad, *he mostado a nuestra raza en su ser colectivo; aquí la muestro en diversos arquetipos individuales.*

Hay en este nuevo libro un tono oratorio, un tema histórico, un propósito docente; pero con-

fieso que me sentí en la atmósfera de la poesía épica al componer estas rapsodias que, en la voz del canto, van mostrando al pueblo sus prohombres, entre la emoción religiosa de la muerte y la emoción heroica de la gloria.

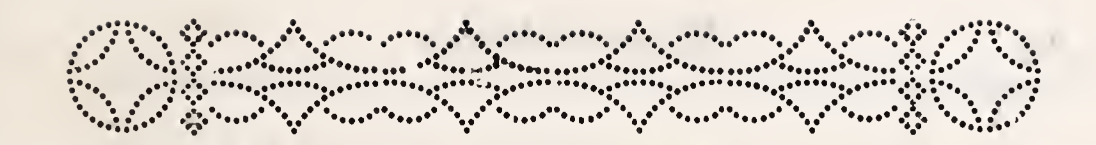
R. R.

Buenos Aires, 16 de Septiembre de 1921.

I

BELGRANO EL PATRICIO

Oración pronunciada el 20 de junio de 1920 en acto público realizado bajo los auspicios de la Universidad de Buenos Aires, con asistencia del Cuerpo Diplomático, personal docente, damas, estudiantes y magistrados, reunidos para conmemorar el primer centenario de la muerte del héroe.



Esta apoteosis de Belgrano—secular glorificación sobre la tumba del que nos dió bandera y falleció en el oprobio—nada significaría en mis labios, si ella no implicara en los argentinos de hoy un acto de arrepentimiento. Porque yo no conozco manera más justa de glorificar después de la muerte a ese varón insigne, como lo es la de recordar la injusticia con que sus compatriotas lo trataron. No puñado de inertes y sacrosantas cenizas, sino vibrante haz de nervios estremecidos por la virtud del amor, eso era su cuerpo cuando realizaba la hazaña y sólo recibía, a cambio de ella, la ingratitud colectiva. Bien están hoy sobre la tierra donde ya no transita el muerto ilustre, la estatua con el estandarte, la ceremonia gubernativa, la procesión popular

cuyo aliento sopla en los clarines del himno; pero mi humilde voz estaría mal en el grandioso homenaje, y mal la palabra de quien hable en nombre de la Universidad, si no ha de poner sobre tantos rumores efímeros y gestos teatrales el reproche consciente de la historia. Por eso he venido a esta cátedra, no para hacer de tan alta gloria motivo de esparcimiento académico, sino para hablaros de la grandeza civil de Belgrano, de la lección que su vida y su muerte son todavía para nosotros, por aquella íntima angustia con que retribuyeron sus servicios gobiernos y muchedumbres entregados, con bárbaro regocijo, a las primeras orgías de la libertad.

Él había evocado esa libertad entre los precursores de la colonia; él la había fundado entre los próceres de la revolución; él la había simbolizado, para los campeones de la epopeya, en los suaves colores del estandarte; pero ninguno entre los paladines contemporáneos sufrió mayor dolor de ingratitud, hostilizado por este pueblo que él llamó a la vida y que tan pronto a él mismo lo devoró. Triste expe-

riencia de la historia: las generaciones extraviadas deifican en carne a quienes se les igualan, y lapidan a aquellos para quienes la posteridad reserva sus laureles.

Hay en el alma de Belgrano una armonía tan recóndita de fuerzas serenamente organizadas para el bien; hay en su juvenil aprendizaje tan misteriosa preparación de su espíritu para la heroica proeza que realizó; hay tanta luz de inteligencia guiadora en su voluntad flexible y tanta capacidad de sacrificio en su resignada voluntad, que todo ello resúltame por igual tema propicio para una conferencia docente, por la tranquila enseñanza que de su vida emana, y tema propicio para discurso de más vasta resonancia, por las sugestiones que su gloria adquiere al contacto de la actualidad. Y no han de ser miramientos al protocolo universitario los que sellen aquí la voz de mi conciencia, puesto que si la Universidad me manda a hablar y me trae a esta cátedra de excepción, yo no puedo cumplir el alto mandato, ni retribuir el honor, sino con la voz de mi conciencia.

Mas yo no vengo a hablaros tanto de la gloria de Belgrano, que empezó después de su muerte, cuanto del significado de su vida estudiosa en los años que preceden a la revolución, y del símbolo de su dolor en los años que precedieron, como negros heraldos, al angélico advenimiento de esta gloria. Quiero apartarme de la vía florida por donde van cantando su cándida rapsodia los niños de las escuelas. Quiero apartarme de la mansa leyenda que tiene su urna de santidad en el mausoleo del atrio cinerario. Quiero apartarme de la clara epopeya que tiene su bronce de heroísmo en la estatua del ágora patricia. Quiero dejar allá, sobre su pedestal inconmovible, la figura ya para siempre consagrada en el libro de Mitre, y buscar, a la luz de los propios papeles de su época, la ensangrentada huella de aquel hombre sobre la espinosa tierra... En la iconografía religiosa los Cristos de la resurrección son como desvanecidas visiones que se van a los cielos por el aire; pero el Cristo del huerto suele ser un hombre manchado de sudor y de lágrimas, con la copa de la amar-

gura entre las manos. Y este Belgrano nuestro—resignado Cristo de la argentinidad, puesto que fué redentor de ella—tuvo también su huerto de los Olivos. Por entre el bosque sombrío, más de una vez mis ojos amantes fueron a sorprenderlo en su dolorosa humanidad.

Era el nefasto "día de los tres gobiernos", como la historia llama a aquella hégira de nuestras guerras civiles, cuando el héroe creador de la bandera moría aquí en Buenos Aires, confinado en lecho misérrimo, viendo cómo la patria, a imagen de él, dolíase en las entrañas laceradas, y cómo se desvanecía allá a lo lejos la soñada visión de la epopeya... Sábese que una tarde entró en la alcoba del enfermo don José Balbín—amigo que lo había auxiliado con trescientos pesos para que el desventurado pudiese venir de Tucumán—, y Belgrano le dijo: "Muero tan pobre, que no tengo con qué pagarle el dinero que usted me prestó"... Sábese que otro día, el héroe abandonado pidió al gobierno, para atender a su salud y a sus deudas, que se le abonaran

sus haberes o algo a cuenta de los azogues que tomó en el Perú, y el gobierno de la época no atendió su pedido... Sábese que otra vez, mientras lo visitaba don Manuel Antonio Castro, el doliente quedó meditabundo, y de pronto, saliendo de su actitud, díjole con dulzura a su amigo: "Pensaba en la eternidad adonde voy, y en la tierra querida que dejo; espero que los buenos ciudadanos trabajarán por remediar sus desgracias"... (Todo esto lo sabemos, señores, por las memorias manuscritas de quienes fueron testigos.) Pocas horas más tarde comenzó la agonía... Y así murió, pobre, desconocido, angustiado, bajo la doble congoja del mal incurable que roía su carne y del abatimiento que doblegaba su espíritu. Fué sepultado sin honores oficiales. Contados amigos fieles asistieron a la ceremonia. Tan sólo un diario de Buenos Aires anunció en breves palabras la fúnebre noticia. Y mientras así moría el que nos dió bandera, coincidiendo con ese triste ocaso, aparecía en el horizonte de la pampa anarquizada la mesnada triunfal de Juan Manuel de Ro-

sas, para que así ocurriera lo que en las horas del crepúsculo: cuando allá en el oriente van subiendo las sombras, es que en el occidente ha muerto un sol.

Siento necesidad, señores, de decir a mis compatriotas que aquella muerte de Belgrano es un símbolo aleccionador; y no tenemos el derecho de rememorarla, si no ha de ser para confesar esa vergüenza de los argentinos, que dejaron morir en el olvido y en la miseria al argentino que más amó a su patria. Porque, de no confesar esa vergüenza en acto público de contrición, de más están los iconos del héroe, si han de ser ellos ornamentos de bazar, y de más las banderas, si han de ser ellas grímpolas de un festín Ésta no es efeméride que nos ennoblezca, sino nefasto que nos humilla, puesto que viene seguido por cortejo de tan sombríos recuerdos. ¡Guay de los pueblos, cuando así clavan el aguijón de su injusticia en el corazón viviente del héroe verdadero! ¡Guay de los pueblos, cuando al volver la espalda al genio bienhechor, van tras el ídolo de carne, amasado con la propia carne ins-

tintiva de la muchedumbre! ¡Guay de los pueblos cuando niegan al guión que traía luz de semidiós en la frente, y fuego de madre en el corazón, porque entonces irrumpen en su seno las demagogias del odio y las tiranías del terror! El pueblo argentino ha conocido en su propia entraña esa lección de sangre, y puesto que ello ocurrió en el año veinte, sea ocasión este nuevo año veinte para recordárselo.

La muerte de Belgrano no tendría ese valor de símbolo que le atribuyo, si no aprovecháramos también la ocasión para decir el significado actual de su vida, contemplando rasgos diversos de su biografía, como quien reconstituye, por sus varios perfiles, la sólida unidad de la silueta estatuaria. Y puesto que en los héroes se realiza el misterio de "muerte y resurrección", hagámoslo a éste vivir de nuevo al conjuro de la palabra.

En la primera página de su *Autobiografía*, Belgrano dice en breves líneas todo cuanto quiso decirnos sobre su linaje, su hogar, y el

medio social donde apareció: "El lugar de mi nacimiento es Buenos Aires" (el propio Belgrano es quien habla, señores, y ya vais a reconocerlo en las palabras); "mi padre, don Domingo Belgrano y Peri, conocido por Pérez, natural de Onella, y mi madre, doña María Josefa González Casero, natural también de Buenos Aires. La ocupación de mi padre fué la de comerciante, y como le tocó el tiempo del monopolio, adquirió riquezas para vivir cómodamente y dar a sus hijos la educación mejor de aquella época". Voy a glosar, señores, estas simples palabras para mostrar cómo, en la cuna del héroe y en su hogar porteño del siglo XVIII, hay signos secretos que al cobrar voz despiertan eco de fecunda simpatía en la sociedad argentina de nuestro tiempo.

El padre de Belgrano—el padre de este padre de la patria—era, pues, un hijo de Italia. Fué allá en el golfo de Génova, en el viejo puerto de Oneglia, donde nació este Belgrano Peri a quien los criollos del virreinato le castellanizaron el apellido. Oneglia era la cuna de Andrea Doria, el caudillo ligur a quien su

pueblo también llamóle "padre de la patria", porque en 1528 salvó y organizó la República. Perdura todavía, en piedras y nombres de la dulce ribera, la gloriosa memoria de aquella gesta. Los modernos turistas argentinos, cuando van de París a Génova por Niza, avistan el puerto humilde, acaso insensibles a los recuerdos de la historia, porque allá la naturaleza embriaga al peregrino con el simultáneo encantamiento del mar azul y de las verdes montañas. Por allá están San Remo, Albenga, Alassio, Noli, Savona; por allá nuestra Oneglia, las viejas villas del golfo, de donde en otro tiempo partían los vivaces mercaderes que se posesionaron de la banca levantina, y los audaces navegantes que, en rivalidad con vénetos y turcos, fundaron mercados en Constantinopla, en Siria, en Chipre, en las costas doradas del Oriente. La leyenda de España y de las Indias era familiar a los hombres de la Liguria, los "ginoveses" a quienes Quevedo alude como a gentes de la vida española. Soldados aventureros, pícaros hampones, sefardíes expulsos, venidos todos de España, bu-

llían en las calles de Génova, cuya población conservaba el rasgo de vida cosmopolita que ya Dante les señalara en su *Commedia: Ahi Genovesi, uomini diversi, d'ogni costume (Inf.* XXXIII, v. 151). Por allá anduvo Cristóbal Colón soñando con América.

Aunque venida a menos la antigua República, aquellas tradiciones no se habían borrado, cuando, hacia 1750, el padre de Belgrano pasó de Génova a Cádiz para ejercer el comercio, y después de naturalizarse español, siguió el camino de su aventura hacia occidente, y llegó a Buenos Aires, donde su obscuro nombre alcanzaría, por su honrada labor y las virtudes del hijo, la luz de la inmortalidad.

Cuantos como él, señores, han seguido después el mismo rumbo en el océano, para venir a estas playas de la esperanza, han de comprender—estoy seguro de ello—lo que para ellos y su prole significa esta progenie del creador de la bandera argentina. Es el épico mito de las naves de Eneas que se repite en la historia: las naves donde los aventureros de la ciudad antigua iban con sus penates a la

tierra nueva, no para perpetuar la civilización troyana de sus padres, sino para fundar la civilización latina de sus hijos en las riberas del Tíber, del propio modo que tornando verdad la leyenda virgiliana, del viejo mar vendrían al mar nuevo, para fundar en las riberas del Plata, no la civilización europea de sus padres, sino la civilización argentina de sus hijos.

Y ahora, junto al progenitor extranjero, contemplemos la venerable figura de la madre criolla, que dió el otro metal para esta preciosa aleación. En el misterioso concurso de la sangre ancestral, si por las venas paternas llegó a Belgrano algún influjo de las seculares culturas del Mediterráneo, por las maternas pudo venirle un instintivo apego a la tierra nativa de América. Cosa semejante habíamos visto en el primer siglo de la colonización española, cuando un soldado de Pizarro engendraba en una inca del Cuzco a aquel mestizo Garcilaso, que salvó en su libro la memo-

ria de las dinastías cuzqueñas, o cuando un soldado de Irala engendraba en una india del Paraguay a aquel mestizo Ruy Díaz, que salvó en su libro la memoria de las conquistas ríoplatenses, mostrando el uno y el otro, como lo mostró después Belgrano, una amplia simpatía intelectual por la tradición de cultura de su linaje paterno y una profunda adhesión sentimental por la tradición de vida de su materno linaje. Poco sabemos de la González Casero, de quien el hijo da tan sólo el nombre; pero si ha de inferirse la condición de la madre por la moral de los hijos, digo qué nuestro héroe debió tener por madre una de aquellas ejemplares mujeres argentinas que, como la madre de Sarmiento, no sabían leer ni ataviarse, pero sabían sufrir el infortunio y mantener siempre encendida la santa lumbre del hogar, y regir en su torno la escuela de virtud caballeresca donde se templa el carácter, lo cual es, mucho más que el talento, la piedra angular de las naciones.

Henos ya en presencia del hogar donde nació Belgrano, el hombre que no sabía mentir, el hombre que no sabía calumniar, el hombre que no sabía doblegarse sino al yugo del sacrificio y del deber. Once hermanos tuvo, y todos se le parecieron. Carlos era uno de ellos, que apenas cursaba estudios en Monserrat de Córdoba y ya el maestro Pantaleón García lo señalaba como una promesa para la patria. Domingo era el otro, clérigo a quien el prócer moribundo confió el cuidado de una hija que no podía nombrar en su testamento. Juana era la otra, verdadera hermana de caridad, cuya amorosa presencia endulzó la agonía del héroe célibe y entristecido. Y así los demás, hasta perpetuarse la virtud nativa en la siguiente generación, con la persona de aquella sobrina que fué gentil compañera de Diego Alcorta el filósofo, y con la persona de aquel sobrino, llamado también Manuel, que murió muy joven, dejando pruebas de su ingenio en *Molina*, una tragedia de la cual fué autor, y testimonio de su carácter en su protesta contra la tiranía de Rosas. Así fueron

los frutos de aquel modesto hogar de Belgrano Peri, sustentado por el trabajo del padre jornalero y por el amor de la madre virtuosa. ¡Buen arquetipo de familia argentina: fundada sin blasones, y criada para blasones!

Me detengo, señores, en estas cosas humildes, que no tienen el brillo de la gloria, pero que son las raíces de la gloria: así, ocultas como ellas, suelen estar las raíces del rosal, y a ellas debe la rosa la húmeda pompa de su corola.

No sabemos qué cosa sea este misterio que, por instinto, el hombre asigna en su destino a influencia de los antepasados y del sitio donde nació. Viejas cosas hereditarias despiertan en nuestra vida, y de la tierra profunda suben y se abren en nuestra conciencia flores desconocidas, como del barro del Ganges el loto de seda que sube y se abre sobre las aguas. Y cuando veo a Belgrano partir a los diez y seis años para cursar estudios en Europa, me acuerdo que de allá vino su padre; y cuando lo veo destinar una parte de su premio para una escuela

en Santiago, me acuerdo que la familia de su madre era oriunda de aquella provincia; y cuando lo veo prolijo en el trabajo, resignado en la adversidad, honesto en el pensamiento, recto en la conducta, benévolo en el combate, pienso que todo aquello se forjó en los días de su niñez. Y todo aquello cobra trascendencia cuando imagino que la conciencia filial de Belgrano abríase por el amor del padre hacia el misterio del mar, de donde nos vino la cultura, y por el amor de la madre hacia el misterio de la tierra, de donde brota toda vida—imagen cabal de nuestra Argentina, que halla en tal dualidad el secreto de su propia grandeza.

Vino aquí en tiempos del virreinato un comisionado del rey, don Juan Francisco de Aguirre, que describió la sociedad de Buenos Aires tal como él la viera en 1782, cuando Belgrano iniciaba sus estudios. En el *Diario* de su viaje, Aguirre pinta la pobreza de la arquitectura, la escasa población, muy mezclada de indios y de negros, la formación de nuestra burguesía. "En Buenos Aires—dice—no hay

casa de mayorazgo; sólo hay dos vecinos cruzados. Rodarán de fijo unos veinte coches. Se viste a la moda de España y singularmente a estilo de Andalucía, a cuyos hijos se parecen en muchas cosas los de este puerto. Buenos Aires es una ciudad en que se verifica al pie de la letra el refrán que dice: "El padre mercader, el hijo caballero, y el nieto pordiosero". No obstante, ni la opulencia es excesiva, ni tampoco la pobreza tan andrajosa y miserable. La gala de las damas consiste en topacios, porque los diamantes son contados. Los hombres son una de las especies que España da a la América, a la que transmigran por el comercio y por mejorar de fortuna; entre ellos vienen algunos conocidos, y muchísimos que no lo son, y según las utilidades con que se levantan en sus giros, se levantan también las casas de este país, donde se regulan por las primeras las más ricas". Vosotros diréis en qué atributos la Buenos Aires de hoy sea diversa de la que vió en el siglo XVIII este comisionado del rey; pero es aquella visión la misma que Belgrano adolescente verá en su

nostalgia, cuando parta de aquí para seguir sus estudios en España. Él ha visto también formarse esta burguesía porteña del monopolio y el contrabando; él ha visto fundarse, con marido de Europa y mujer criolla, estas casas, que se reputan por las primeras, las más ricas. Él sabe que su propia estirpe es producto genuino de ese medio social. Su padre fué jornalero: él será caballero. Siente Belgrano aquel castizo ideal que ya el Quijote pregonaba cuando decía: uno ha de envanecerse de ser, no el hijo de sus padres, sino el padre de sus obras. Acaso ha oído alguna vez mentar al progenitor italiano estas palabras de Italia: *La stirpe non fa nobile persone; ma si le persone la stirpe.* Su padre ha redimido la casa por el trabajo; él redimirá la patria por el estudio. Y ya habéis visto cómo Belgrano mismo nos confiesa en su autobiografía que el padre se enriqueció en el comercio, y pudo con ello dar excelente educación a sus hijos. Las puertas del Colegio San Carlos se le abrirán primero; después las puertas de la Universidad de Salamanca; y de allá vendrá ya apercibido

paladín para la magna empresa. Tal es, señores, la génesis de nuestra burguesía; tal es, señores, la génesis del patriciado argentino, de los cuales Manuel Belgrano es cabal arquetipo; y no deben olvidarlo ni el patriciado ni la burguesía para que puedan siempre amar a las clases laboriosas de donde surgieron, y no debe ignorarlo el proletariado para que pueda amar a quienos supieron—y aún lo sabrán—utilizar la fortuna y el talento para lograr el triunfo de la justicia.

Pero advierto que he nombrado al colegio de San Carlos, y ese colegio se levantaba en este mismo solar, donde ciento cuarenta años después levántase hoy esta tribuna. Lástima grande que un error colectivo nos haya lanzado a confundir el progreso con la demolición, reduciendo el problema de la cultura a una simple cuestión de albañilería. Una vez la piqueta que derribó el histórico Fuerte de los virreyes, y arrasó la bulliciosa Recoba de los regatones, y trucidó el Cabildo de los revolu-

cionarios de mayo, vino también a demoler, entre loas de triunfo por nuestros progresos materiales, este secular colegio de San Carlos, donde Belgrano y los hombres de la revolución se educaron. Yo hubiera preferido que la Buenos Aires moderna hubiera crecido a su sabor sobre el área abierta de la pampa, mas sin destruir el ágora y el recinto de la vieja ciudad. ¿De quién se queja el patriciado argentino, cuando añora la leyenda nativa que se desvanece en la cosmópolis mercantil, si él mismo fué quien, por esnobismo y culto de extranjería, abatió las tradicionales murallas, sin advertir que al dispersarlas en polvo, un hálito de la patria se esparcía con ellas en la nada del viento? ¿Quién nos cerró con los almacenes de la merca el horizonte del Plata, fuente bautismal de la tierra argentina?... ¡Ah, señores, habéis querido que frente al río epónimo se nos cerrara aquel oriente de belleza y de luz, como habéis querido que estas vetustas casas cayeran, y con ellas las aras donde ardían algunas brasas del hogar común!

Bien sé que la pátina del tiempo sobre las

piedras sólo interesa a la emoción, y que sólo es un tema de poesía esta sincera nostalgia. Pero la emoción de las cosas es una parte del patriotismo que decís defender, y reliquias de piedra en la ciudad o toponimia de indios en el campo, en nada obstarán al progreso bien entendido, que consiste, para los pueblos, en el magisterio de la razón y en la organización creciente de la justicia para todos los hombres. Porque si en vez de hablar entre estas blancas paredes heladas, erigidas con la riqueza material, que es también patrimonio de las factorías, hablara yo ante los anchos muros del antiguo colegio, yo estoy seguro de que hoy sentiríais, en la penumbra del callado claustro, animarse las nobles sombras venerables. Y bajo las arquerías de la silente bóveda, veríais pasar a Belgrano adolescente, con su imberbe tez sonrosada y sus ojos azules, envuelto en el manteo de los internos y tocado con el birrete que también aquí llevaron sobre su frente estudiosa, Rivadavia el de la cabellera ensortijada, López el de los clarines del himno, Moreno el del verbo encendido,

cuando siendo niños en esta casa estudiaron. Aquí cursó Belgrano sus lecciones de filosofía y de latín; aquí aprendió a pensar y a gobernarse; por el pórtico de este colegio salió para irse a Europa a los diez y seis años, cuando tal vez no presentía que ya era un predestinado a desposarse con la gloria.

Hartas veces he pensado cómo pudo una legión de doctores revolucionarios salir de estos claustros donde imperó primero la férula de los jesuítas y después la palmeta de los canónigos que frecuentaban al virrey; cómo la disciplina conventual y la enseñanza dogmática no esterilizaron a aquellos espíritus para la vocación de la libertad. Es que la filosofía y el latín, por arcaicos que fuesen, vigorizaban la función de pensar, y el resto lo hacía la buena escuela del corazón, que en el hogar adiestra para la obra del sacrificio y de amor en que consiste el deber. El colegio les enseñaba a gobernarse, para que no fuesen juguete ciego de las pasiones y las cosas, y el hogar enseñábales a amar, para que no fuesen sembradores de odios estériles. Yo no

quisiera ver restaurada aquella pedagogía en lo que ella tuvo de negativo para la ciencia y para la vida; pero no podemos ocultar que la pedagogía utilitaria y enciclopédica de nuestras escuelas hállase en plena bancarrota; y desde luego, los principios docentes que Belgrano formuló como fundador de escuelas repugnan a toda idea de una enseñanza con discípulos sin disciplina y maestros sin magisterio. La ciencia es jerarquía; es sacrificio la moral. Despojar al maestro de su dignidad, es arrojar la juventud en la barbarie. Hasta la novísima pedagogía del soviet bolchevique acaba de reconocer estos principios en la Rusia revolucionaria. He leído en estos días el primer informe anual de Lunacharsky, comisario de educación, y a pesar de los excesos de toda iniciación violenta, en su nuevo régimen (que sólo vale como ensayo) descúbrese una sistemática jerarquía de jurisdicción, de obligación, de función. No han desconocido ellas la dignidad del maestro, y han organizado diversos consejos de educación formados por maestros. Por diferentes que los idea-

les de aquella revolución sean de los ideales que sirvió Belgrano, allá nadie ha incurrido en el absurdo de subvertir las funciones. Habrán cambiado los propósitos de la educación, pero no la manera de realizarla, porque sus factores psicológicos se enuncian por estos términos universales: ignorancia y saber, inexperiencia y experiencia, instinto e ideal. Educación es una suerte de conducción, y maestro es el que conduce. Si no sabe conducir, no es un maestro. Si no se le deja conducir, se conspira contra la cultura y contra la ciencia. Por eso, cuando Belgrano redactó el reglamento para las escuelas que fundara (autógrafo que se conserva en Jujuy y que he tenido en mis manos), impone esta norma en el artículo 8.°: "En las funciones del aniversario de nuestra regeneración política, y otras de celebridad, se le dará asiento al Maestro en cuerpo de cabildo, reputándosele por un padre de la patria." Nobles palabras, dignas de tan alto varón, que no es impertinente recordar en la Universidad y en este día, pues Belgrano fué, reconocidamente, un educador.

Fundó escuelas primarias, prohijó escuelas de náutica, de música, de dibujo, de agricultura, de economía política; cursó estudios universitarios de derecho; superó la enseñanza oficial por sus propias lecturas, y hasta en la guerra fué un educador, cuando fundó academia en los cuarteles.

Claro está que la sola enseñanza de este Colegio Carolino es insuficiente para explicar el bagaje intelectual con que Belgrano aparece en los días del consulado y de la revolución. Perfeccionó su aprendizaje en la Universidad de Salamanca, y sobre todo en esa docencia libre de los viajes, del trato de los hombres, de sus particulares lecturas, pues fué tenaz lector y autodidacto paciente. El hombre intelectual que había en él, fué eclipsado por el hombre de armas; pero la guerra fué en su vida un azar, y el estudio una vocación. Belgrano es una de las inteligencias más reflexivas y mejor nutridas de la independencia, revolución conducida por universitarios y hombres de pensamiento. La democracia fracasó, y abortó en la tiranía de Rosas, cuan-

do las turbas prefirieron por conductores a otros que apenas si sabían firmar. Sin duda no poseyó Belgrano el temple marcial de San Martín, ni el heroico instinto de Güemes, ni la vehemencia oratoria de Monteagudo, ni el frenesí demagógico de Moreno, ni la cultura clásica de López, ni la hábil dialéctica de Gorriti; menos brillante que ellos en cada rasgo eminente, ninguno de ellos puede igualársele, sin embargo, por la compleja armonía de sus facultades creadoras. Es menester consultar sus *Memorias del consulado* para descubrir al pensador versado en ciencias económicas y políticas; y es menester consultar su correspondencia del ejército, para descubrir al caudillo previsor, con la conciencia siempre vigilante y con la voluntad en perpetua oblación. Despues de haber sido en el virreinato el precursor de la grandeza argentina, supo ser en la guerra el santo laico de la cruzada. Las revoluciones necesitan destruír; pero también construir. Demoledores nos sobraron; fué arquitectos de la nueva morada lo que nos faltó. Con diez hombres como Bel-

grano, la democracia argentina aparecería en su génesis menos envuelta en sombras de caos y sangre de tragedia.

Fué de España, señores, de donde Belgrano trajo ese caudal de ideas y de ideales con que entró en la revolución. Tiempo es ya de decirlo, hoy que aparecen felizmente borradas las aversiones que engendró la guerra: no fué la nuestra una contienda de razas, sino conflicto civil de dos ideales en un solo pueblo. Americanos como Goyeneche y Tristán sirvieron a la causa de la metrópoli, y numerosos españoles ayudaron a la causa de América. La independencia del Nuevo Mundo fué un episodio de la crisis universal que entonces, como ahora, convulsionaba la tierra toda. La naciente democracia burguesa luchaba contra la aristocracia y el monopolio. La revolución alcanzó también a España, bien que abortara, mientras en América triunfó, porque hallábase mejor condicionado para ello nuestro medio social. De España vino la tiranía de

que nos habla el Himno, pero también de España vino la libertad. En una logia de Cádiz se iniciaron los San Martín, los Alvear, los Rodríguez Peña, los Moldes, los Pueyrredón, los Gurruchaga, y tantos otros campeones de la independencia. En los ejércitos del rey habían hecho su aprendizaje de las armas nuestros principales guerreros; en las Universidades del rey habían hecho su aprendizaje de las ideas nuestros principales publicistas. Por eso quiero volver los ojos a aquella década de aprendizaje para la libertad que Belgrano vivió en la Península.

Diez y seis años contaba el prócer futuro, cuando un día de 1786 la Mensajería de Madrid se detuvo a la ribera del Tormes, y el niño vió en el horizonte una ciudad toda de mármoles rosados, como envuelta en los resplandores de un crepúsculo. A lo lejos se destacaban las serranías grises de Castilla; más lejos aún, quedaba, ya invisible, el vasto mar que el niño había atravesado, dejando a sus padres y a su patria. Cuando el joven viajero entró en la ciudad y atravesó por primera

vez las arquerías de la Plaza Mayor, y entró en la callejuela de la Universidad, una profunda emoción debió embargarlo. Aquélla era la Salamanca de la fama. Allí estaba el convento de los sabios donde Colón pregonara la redondez de la tierra; allí estaba la cátedra donde enseñó fray Luis de León. Y cuando pisó la plazoleta de los estudiantes y franqueó el blasonado pórtico plateresco de la Universidad, ya no debió quedarle duda de que había entrado en el santuario de la sabiduría... Dos años cursó sus estudios, y luego fué a Valladolid para completar su bachillerato en leyes y más tarde sus grados de abogacía. Por fin quedóse a residir en la Corte, y en ella estaba cuando, en 1789, llegaron a Madrid las primeras noticias de la Revolución francesa, que había de ejercer en el destino de Belgrano tan profunda influencia.

Ya desde tiempos anteriores, según él mismo nos lo cuenta, se contrajo, más que al derecho de sus grados oficiales, a la economía política y al estudio de los idiomas vivos, superando la enseñanza oficial con previsor sen-

tido de la época en que le tocaría vivir. Era en España la edad de "los afrancesados", de "los filósofos", de "los economistas", como se tildaban los que blasonaban de ideas prácticas y liberales en aquel ambiente que los Borbón favorecieran desde el trono. Belgrano frecuentó el trato de aquellos hombres; y hasta conoció al ministro Gardoqui, a quien debió su nombramiento para el consulado de Buenos Aires. Gardoqui era también un liberal de la nueva escuela, y acababa de regresar de los Estados Unidos, imbuído de preocupaciones reformadoras. Belgrano estaba preparado en tal ambiente, por sus amistades y sus lecturas, para comprender lo que la revolución norteamericana y la revolución francesa significaban. Pero oigamos lo que él mismo nos dice sobre este último acontecimiento: "Como la revolución de Francia hiciese también variación de ideas, y particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mí las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad, y *sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde*

fuese, no disfrutara de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido."—He ahí, señores, la primera chispa de luz que habrá de convertirse en la estrella de su destino.

Otra circunstancia feliz de su carrera intelectual iba a poner coronamiento a su iniciación europea: al año siguiente de la revolución de Francia, en 1790, Belgrano dirigíase al Papa, invocando sus títulos universitarios para que se le permitiese retener y leer libros prohibidos. Vosotros sabéis cuán duras eran las prácticas inquisitoriales al respecto, y cuán severo el expurgo de libros para las Indias. Pero ocurría a veces, con la debida información acerca del solicitante, que la autoridad eclesiástica levantaba la prohibición, y así ocurrió que el Papa autorizara a Belgrano (que contaba entonces veintiséis años y era ya abogado) "para leer libros de autores condenados, y aun de herejes", según reza el consentimiento pontificio. Dicha licencia sólo contiene esta salvedad: *Exceptis astrologicis judiciaris et superstitiosa continentibus ac de obscenis ex profeso agentibus*,—lo cual quiere decir

"Con excepción de pronósticos astrológicos que proponen supersticiones y los que expro-feso traten de asuntos obscenos"... Y mientras Belgrano entregábase en España a la lectura de economistas y enciclopedistas, allá en Chuquisaca don Mariano Moreno obtenía del canónigo Terrazas igual franquicia para leer en su biblioteca los libros de Rousseau, de Montesquieu, de Voltaire, que habrían de iluminar con sus reflejos de incendio, a través de aquellas dos almas gemelas en la adversidad y en la gloria, el camino tortuoso de la revolución.

¡Ah, señores! No sé por qué una ráfaga de divina emoción pasa por mi alma y la estremece al llegar a este punto de mis evocaciones, cuando veo cómo van descorriéndose los velos del destino; porque es como si palpáramos los hilos del hado invisible que teje la trama de las vidas predestinadas a la angustia heroica... ¿Será, señores, que los tiempos aquellos se parecen demasiado a estos otros

actuales que vivimos? La tierra vuelve a estar grávida de justicia, y lanza, hoy como entonces, gritos de alumbramiento... ¡Presienten los hombres la nueva hora terrible, la responsabilidad terrible! Dijérase que en abismante vértigo las edades se confunden, y ya no sé si estoy del todo en el ámbito de la historia o en el ámbito de la profecía.

Porque Belgrano ha vuelto ya de España. Catorce años faltan para la revolución. Está en el Consulado, donde comienza a despertar su ensueño. Está en las invasiones inglesas, donde comienza a despuntar su dolor. Ensueño y dolor, atravesados en cruz, serán ya, hasta la hora de su muerte, la cruz de su sacrificio.

Y aquí conviene serenar de nuevo el tono, para retomar el hilo de sus ideas.

El Consulado era una corporación encargada de la gestión económica, y se la había fundado como una promesa de estímulos liberales para el progreso del país. Sentábanse en él notorios representantes de la naciente bur-

guesía porteña, nacida al calor de los monopolios coloniales. Ya hemos visto que Belgrano era hijo de otro enriquecido del gremio; pero después de su viaje y sus estudios, nada había ya de común entre sus ideas y las de aquellos cónsules de la pitanza. No soy yo quien lo afirma; es el propio Belgrano quien lo confiesa en su autobiografía: "No puedo decir bastante mi sorpresa—leemos en ella—cuando conocí a los hombres nombrados por el rey para la junta que habría de tratar de agricultura, de industria, de comercio, y propender a la felicidad de las provincias que componían el virreinato de Buenos Aires: todos eran comerciantes españoles y, exceptuando uno que otro, nada sabían, más que de su comercio monopolista, o sea comprar por cuatro para vender por ocho con toda seguridad".—Tales eran, señores, los miembros del Consulado, cuya secretaría Belgrano vino a desempeñar, y aunque el joven secretario era él mismo un hijo de la burguesía, sus ideas en favor del comercio libre y del trabajo local, debieron ponerlo en antagonismo con aque-

llos señores del monopolio. Criticó sus resoluciones, como esa de que los "cueros no son frutos del país"; minó sus intereses en nombre del bienestar general; quiso ilustrarlos en memorias sobre el problema teórico de la economía o el problema práctico de la riqueza virreinal; pero ello le atrajo sordas hostilidades, hasta que por fin solicitó licencia de su empleo, y el joven Castelli entró a reemplazarlo.

Cómo no habían de hostilizarlo, señores, si en él presintieron el ariete que iba a destruirlos. Los monopolistas poseían la fortuna y la complicidad de la metrópoli; pero este joven sagaz y lleno de lecturas sembraba ideas que hoy están consagradas y eran entonces peligrosas. Ellos creían que el comercio es la fuente de la riqueza, y Belgrano decía: "El trabajo es la única fuente y la agricultura el verdadero destino del hombre". Ellos creían que bastaba explotar en el tráfico la producción empírica, y Belgrano afirmaba que era necesario acrecentar la producción por la ciencia, fundando escuelas agropecuarias.

Ellos creían que la Providencia distribuye los bienes, y Belgrano afirmaba que a las adversidades de la naturaleza y del mercado era posible combatirlas con Bancos agrícolas, seguros de navegación, cajas de socorro para los labradores. Ellos creían que los frutos de las colonias sólo debían venderse en España, y Belgrano aseguraba que la prosperidad general aumentaría abriendo el Plata al comercio de todos los pueblos. Ellos creían que en estas provincias no cabía otra actividad productora que la del ganado o del trigo, y Belgrano preconizaba la fundación de escuelas fabriles y talleres locales para que aquí mismo confeccionáramos nuestros calzados y vestidos, pues le parecia absurdo que los trajéramos del extranjero. Tan fundamental desacuerdo significaba algo más que un antagonismo personal entre aquellos comerciantes ricos y este universitario liberal: era, señores, el planteamiento liso y llano de la revolución económica en el Río de la Plata.

Los intereses que él atacó debieron, naturalmente, defenderse. Aunque vió que nada

eficaz podía hacer desde su empleo, dedicóse a redactar Memorias para sembrar sus ideas. Bajo el manto de burocráticos informes fué haciendo la crítica de la economía colonial y estimulando nuestros progresos. Quería que cultiváramos el lino, el cáñamo, el algodón tanto como la lana; explicaba métodos para la preparación del suelo y la labor de los hilados; aconsejaba la fundación de escuelas telares para niñas, con el objeto de que éstas pudieran redimirse de la indefensa miseria de su sexo; sabía que sin industrias transformadoras "la agricultura no es otra cosa que arañar un poco la tierra"; proponía exposiciones agropecuarias y conferencias docentes para labradores y artesanos a cargo del Consulado, divulgando nociones nuevas sobre desmontes, siembras y cosechas. Y en la predicación de ese programa (que no es sino el programa recogido medio siglo más tarde por Sarmiento) decía que necesitábamos plantar de árboles la pampa "para protegerla de los vientos y retener la humedad", y decía que necesitábamos fundar cátedras de Economía

política, como ya lo hacían las Universidades de Suiza, Italia, Suecia, Rusia, Dinamarca, que él citaba con este comentario: "Porque en ellas se aprende, junto con la jerga escolástica, algo útil para la vida". Claro es que todo esto debió parecer a los mercaderes ricos la charla insubstancial de un doctorcillo pedante; y más cuando para autorizar sus opiniones citaba a Campomanes o a Jovellanos, o bien los *Discurses of forest trees*, de Evelyn, y el *Sócrates rústico*, de Mercandier, u otros autores de sus variadas lecturas políglotas. Ni siquiera le dejaron leer en público sus *Memorias*, que quedaron obscurecidas, y años más tarde se cobró el desquite en las páginas del *Correo de Comercio*, donde con Vieytes reanudó su propaganda en forma pública. Toda su doctrina de economista, de acuerdo con las más avanzadas ideas científicas de su tiempo, podría resumirse en estos principios: el país ha de tener una producción variada y abundante para bastarse a sí mismo; la riqueza del país ha de medirse, no por la cantidad de dinero, sino por la cantidad y circu-

lación de los frutos; el exceso de producción ha de poder salir en tráfico libre a todos los mercados de la tierra; la economía ha de contar entre sus factores con la ciencia que multiplica la capacidad del capital y el trabajo. Tales principios debieron chocar, y chocaron, con las rutinas del labriego inculto, con las cicaterías del mercader privilegiado, con las ínfulas del funcionario colonial. Pero de su paso por el Consulado, Belgrano sacó una amarga experiencia que ha resumido en estas palabras de su *Autobiografía:* "Los monopolistas y acaparadores sólo aspiran a su interés personal"; "no conocen más patria, ni más religión, ni más ley que su interés mercantil"; "por él desnudan y matan a la clase más numerosa y laboriosa de la sociedad". Quien tal pensaba no podía ser sino un revolucionario en su época, y acaso aun hoy lo sería.

Con esa dolorosa experiencia sobre la función y la moral de la clase en que él mismo había nacido, entró Belgrano en la defensa de Buenos Aires cuando las invasiones inglesas,

y este nuevo episodio iba a enseñarle lo que eran las milicias de la colonia. Incorporado en el batallón de patricios, donde los oficiales se graduaban por elección de la tropa, vió allí tantas intrigas de ambiciones y despertó en su torno tantos rencores de la emulación, que salió de aquella experiencia con asco invencible por los hombres y cosas de su país. Joven, activo, inteligente, letrado y rico, poseía Belgrano los predicamentos en que suele tener su imán la envidia. Era lector infatigablemente curioso; gustábale enterarse por los libros de la razón de las cosas para practicarlas con ciencia reflexiva; y así como en el Consulado fué economista, dióse a estudiar libros de guerra para ser militar en el batallón donde revistaba de capitán. "Tal vez por esto—dice Belgrano—mi educación, mi modo de vivir y mi roce de gentes, distinto en lo general de la mayor parte de los oficiales que tenía el Cuerpo, empezó a producir rivalidades que no me incomodaban, por lo que hace a mi persona, pero sí por la patria."—Helo ya, cuatro años antes de la revolución, señalado

por su propio mérito, para ser la víctima de su ambiente. Y por fin, cierto día, en una gresca de cuartel, por oblicuas rivalidades, un camarada lo insultó en presencia de la tropa, sin protesta de sus jefes, de los cuales dicé que el uno era inepto e intrigante el otro. "Entonces empecé a ver—nos dice—la trama de los hombres de nada para elevarse sobre los de verdadero mérito. Entonces empecé a observar—agrega—el estado miserable de educación de mis paisanos, sus sentimientos mezquinos, y hasta dónde llegaban sus intrigas por el ridículo prest, y formé la idea dé abandonar mi cargo." Abandonó su cargo, en efecto, y hasta se alejó del país, cuando todo peligro hubo concluído, yéndose a vivir en la banda oriental, donde consoló, en lecturas literarias, su primera tristeza cívica, en aquel voluntario destierro.

Pero aún faltábale una tercera experiencia, antes de la revolución de mayo, para que su aprendizaje de los hombres madurase del todo

en la decepción. Hora de esta nueva experiencia fueron para él las reuniones en que los precursores patricios preparaban el alzamiento. Belgrano recordaba cómo un día en su cuartel, donde se alojaban los prisioneros británicos, el brigadier Crawford, que lo prefería para conversar, le había insinuado que los criollos se levantaran contra España bajo la protección de Inglaterra, y Belgrano habíale contestado: "queremos el amo viejo, o ninguno", insinuándole después sus dudas sobre la lealtad de Inglaterra, si es que en Europa se le ofreciera partido más ventajoso. Después de aquellos días había visto llegar a Cisneros, y asistido con alguna congoja a las muestras de humillación con que la ciudad recibió a su nuevo virrey. Pensó por un momento que este hombre nuevo pudiera ser la base de una evolución liberal a espaldas de la crisis española, pero se convenció de lo contrario—según dice—al ver "la horrenda canalla de oidores que lo rodeaba". Tampoco era grande su fe en la capacidad de sus compatriotas ni en la madurez del momento revolucionario; pero con-

currió a las reuniones de los primeros conjurados, y salió de esas reuniones con la decepción que enuncian estas amargas y proféticas palabras: "No es posible que estos hombres trabajen por la libertad del país"; "sólo espero ser una de las víctimas por mi deseo de que formemos una de las naciones del mundo".

En ese estado de alma, que la autobiografía minuciosamente describe, hallábase Belgrano cuando estalló la revolución de 1810. Sus amigos lo sorprendieron con la secretaría de la Junta, como lo sorprendieron a Moreno. Pocos días antes del estallido, Belgrano había publicado un trabajo que se intitula *Origen de la grandeza y decadencia de los imperios*, que tales eran por esos días sus preocupaciones de pensador. Ni él ni Moreno excusaron el sacrificio, contrastando con otros que habían sido, sin embargo, los más bullangueros de la víspera. Se ha dicho que las revoluciones son la mejor ocasión para conocer el carácter de los hombres, y que sólo en épocas

de peligro aparecen los hombres tales y como son. Belgrano ya los conocía, y por eso, sin duda, entró en la aventura tan resignado a que le pusieran el cetro de caña y la corona de espinas, en aquel pretorio, donde, atado a la columna de su deber, gobiernos extraviados y muchedumbres ciegas durante diez largos años lo flagelaron. Porque, señores (y más cuando se tiene la inteligencia nutrida y la reflexiva voluntad del nuestro), el héroe es siempre un sacrificado. Poco tiene que ver con el heroísmo verdadero la apoteosis de los Césares vivos. Este héroe sólo tuvo muchedumbres argentinas que lo desconocieran, que lo injuriaran, que lo lapidaran varias veces en aquel su martirio de diez años.

Fué su primera flagelación en la triste revuelta del 6 de abril, día en el cual un gobierno vacilante pactó con la demagogia. Moreno había muerto ya, primera víctima de las pasiones colectivas, y no era ya su espíritu el que guiaba los pasos de la revolución. Belgrano estaba ausente, luchando en el Uruguay. Cuando de pronto el motín (preparado por los

propios gobernantes del Fuerte) surgió en la Plaza de Mayo, capitaneado por el alcalde Grijera, que había traido el malevaje de las quintas para gritar y silbar en nombre del Pueblo, indicándole a la Junta lo que necesitaba hacer si quería salvar su popularidad. Triunfó el motín; la Junta aceptó su petitorio; el presidente fué con aquella hez suburbana a oir un tedéum de gracias en la catedral después de la victoria; y, sin embargo, señores, en el petitorio publicado con elogios por *La Gaceta,* y firmado a ruego por caudillos analfabetos que no sabían firmar, se pedía la destitución de Belgrano y su degradación como general del ejército. Belgrano fué destituído; Belgrano fué degradado; y esa turba argentina se regocijó en la torpe humillación, porque decían que esos doscientos compadres eran el pueblo argentino:—el Pueblo, señores,—ese Dionisio terrible de las tragedias hispanoamericanas—mito ebrio de ensueño y trágico de ignorancia, cuya ara está teñida con la sangre de ilustres víctimas y vino de sensuales coribantes!

Belgrano estaba en el Uruguay cuando el Gobierno le comunicó la degradación, y él se redujo a contestar: "Que la patria logre concluir con sus enemigos y establecer su sabio gobierno, si es posible, en el seno de la tranquilidad." Pero la reaparición del héroe mancillado y magnánimo no podía tardar. No había concluído aquel afrentoso año 11, cuando numerosos oficiales y jefes del Ejército representaron al Gobierno la ventaja de confiar mando de tropas a Belgrano. Fué entonces cuando el Triunvirato le confió la guarnición del Rosario y luego la defensa del Alto Perú, donde el Ejército había sido minado, no por las derrotas y la hostilidad del país, sino por las ligerezas de un jefe como Castelli, para quien la guerra era una diversión, y de su oficialidad que, con abuso juvenil, había tomado las provincias como lugar de esparcimiento. Con el proceso de Castelli, que está en el Archivo de la Nación; con el proceso de Dorrego, que está en el Archivo de Jujuy; con lo que dicen en sus *Memorias* el general Paz y otros soldados ejemplares, ha de juz-

garse el desquicio y la impopularidad en que había caído aquel primer ejército de la independencia, y medir la obra de la reconstrucción disciplinaria que Belgrano necesitó realizar, y realizó en seis meses, hasta conducir ese mismo ejército derrotado al éxodo de Jujuy, a la victoria de Tucumán y a la capitulación realista de Salta, donde la figura del héroe surge coronada de épica luz. Los libros del Estado Mayor, los de Administración y su copiosa correspondencia muestran de qué manera trabajó, poniendo Academia para los oficiales, vigilando personalmente su castro durante la noche, imponiendo a todos con el ejemplo la moral más austera, mostrándose afectuoso en la amistad y severo en el castigo, dando orientaciones al Gobierno y esperanzas al pueblo, cuyos hogares visitaba para atraer con su galantería a las mujeres en apoyo de la guerra. Y cuando hubo juntado en haz de cívica unidad a la burguesía y a la plebe, al clero y a la milicia, a los españoles y a los indios, levantó una bandera nueva, la celeste y blanca de su leyenda, para prenderla,

como símbolo de la nueva democracia, en el asta donde antes flameara el estandarte del Rey.

Ahora es, señores, cuando Belgrano va a soportar su segunda flagelación. La primera vínole de su pueblo. Le vendrá la segunda de su Gobierno. Y esto será cuando Rivadavia, el hosco triunviro, le oficie en nombre del triunvirato reprimiéndole duramente por su temeridad. ¿Pero no ve el osado que con ese trapo sin castillos ni leones compromete al Gobierno? ¿Pero no sabe el audaz que juntas y triunviratos se dicen representantes de Fernando VII, y andan agentes de Buenos Aires allá en Europa viendo modo de salir del atolladero? ¿Pero no comprende el insensato que él es un simple general y debe obediencia a su Gobierno y su Gobierno no quiere bandera nueva? Sí, lo ve; sí, lo sabe; sí, lo comprende. Por eso mismo quiere que de una vez alcemos el estandarte de rebelión contra el Rey. Goyeneche, en sus proclamas del Perú, azuza

contra él su gente realista, llamándole "el caudillo insurgente Belgrano"; y él es, sin duda alguna, un caudillo insurgente. Además, el Ejército ha jurado esa bandera; el pueblo la ha jurado, y al desplegarla por primera vez con los Andes, altar de América, por testigo, él ha dicho que él no la da, que "Dios mismo la envía". Mas, a pesar de todo, el Gobierno le ordena ocultar ese trapo, deshacerlo, no hablar más de él, y lo amenaza con mayor castigo si se atreve a reincidir. El día que el chasqui de Buenos Aires llegó a Jujuy con el oficio de Rivadavia, Belgrano se recluyó en la casa donde se alojaba, y que aún se conserva, y derramó en su soledad viriles lágrimas mientras contestaba al Gobierno en una nota donde parece gemir el alma entera de la patria. Así los Gobiernos suelen a veces equivocarse en su vanidosa omnipotencia, y acertar el hombre lejano que escruta los signos de la tierra y del cielo. Pocos meses más tarde, Rivadavia y los triunviros caían derrocados por la revolución que Monteagudo y San Martín prepararon, y fruto de esa revolución

fué la Asamblea liberal del año 13 y el triunfo definitivo de la bandera de Belgrano, que volvió a enastarse en Jujuy para no abatirse jamás. Y aquella celeste seda sutil está hoy desplegada sobre nuestras frentes, celeste como un cielo meridional con el sol en medio, sugiriendo a diez millones de hombres libres la atmósfera divina en que el héroe ha encontrado el ámbito de su propia inmortalidad.

No habrá de concluir con ello el calvario de este gran sacrificado. Faltábale nueva destitución después de Vilcapugio y de Ayohuma, que con ser derrotas valen tanto como las dos victorias anteriores; y faltábale nueva reposición en el mando del Norte, para seguir sufriendo allá durante un lustro terrible. Fué entonces cuando se conoció con San Martín, y el hermano mayor le reconoció en el acto la grandeza. Fué entonces cuando su espíritu comprensivo, tan celoso de la disciplina, transigió con la táctica gaucha de Güemes, dejando que el caudillo genial hostilizara a los sier-

vos del Rey en las quebradas del Norte, mientras el estratega genial se iba por la montaña de Occidente a sorprender al virrey en su última guarida, hasta tomar como trofeo propio, en el corazón del Perú, el estandarte con que Pizarro, trescientos años antes, entró a la conquista de América. Y mientras la gesta continental realizábase, Belgrano pugnaba en Tucumán por mantener el espíritu inicial de nuestra epopeya, luchando con la enfermedad que ya minaba su salud y con la demagogia que iba minando la salud de los pueblos por él libertados. Hasta que un día de 1819, en aquella atmósfera de bochorno, estalló en Tucumán el motín de noviembre, episodio de la conflagración federal que comenzaba. Los verdaderos autores del tumulto habían puesto por cabecilla del motín a un tal Abraham González, uruguayo, hombre vulgar y charlatán, quien tuvo la osadía de ir en nombre de la guarnición sublevada (y del pueblo, naturalmente) a prender a Belgrano, que se encontraba en su lecho de enfermo. Cuando Belgrano vió entrar a este oficial en actitud altanera,

dicen que le dijo: "¿Qué quieren de mí? Si es necesaria mi vida para asegurar el orden público, aquí está mi pecho; quítemela." Y aquel inconsciente, por toda contestación, ordenó que le pusiesen una barra de grillos. Belgrano yacía con las piernas tan hinchadas por su enfermedad que no podía ya soportar ni el contacto de las ropas. Protestó de aquel acto de barbarie su médico, el doctor Redhead. Un centinela del motín quedó, sin embargo, a la puerta del aposento. Y aquélla fué, señores, la tercera flagelación que los argentinos impusieron a ese a quien hoy, entre fanfarrias y desfiles de fiesta, llamamos padre de la patria.

Vosotros diréis que yo he venido a deslucir la apoteosis con estos vergonzosos recuerdos. No soy yo, señores, quien la desluce, sino la Historia—musa que tiene el entrecejo adusto y la palabra severa. Hubiérame parecido indigno de la Universidad de Buenos Aires, y trivial en el marco de esta solemne ceremo-

nia, el aceptar este mandato para venir a repetiros la dulce leyenda en que la historia se convierte para los niños de las escuelas. Aquí estoy hablando para los maestros, para los gobernantes, para las madres argentinas, y ellas han de alimentarse, no con natilla de las cabras de Arcadia, sino con médula de león. Harto sabéis vosotros cómo fué aquello del 25 de mayo, y cómo se perdió la campaña del Paraguay, y cómo se ganó la de Tucumán. He creído, por respeto a mi ilustrado auditorio, que no podía ofender su patriotismo ni su cultura con una vana rapsodia sobre lo que todos sabéis, y menos con un discurso convencional, en el cual pusiera sordina a la áspera verdad, para no ofender los oídos del protocolo. Y, pues he dedicado muchos años al estudio de la historia argentina en sus fuentes, he dejado de imaginarla como una epopeya, para comprenderla como una tragedia, en la cual aparecen, sobre un escenario de sombras y de sangre, muchedumbres incultas en repetida aversión contra los que les deseaban el bien. Por eso he debido mostrar quién

era Belgrano en su ser íntimo; de dónde venía, como tipo de raza y de cultura; qué representa hoy para nosotros la fuerza viva de su santidad; y cómo su grandeza pruébase, no tanto en los honores del triunfo, cuanto en las angustias del fracaso. Paladín extraordinario, de esos que salen a limpiar la tierra contra las hidras y el dragón, aunque, como Hércules, padre de tal ralea, hayan de morir ardidos en su túnica de llamas.

Así murió Belgrano, para que muerte de titán le alcanzara a ese que tuvo hazañas de titán.

Después que la soldadesca y la canalla lo hubieron befado en Tucumán—a él, que era padre de la revolución, ellos, que eran hijos bastardos de la revolución—, el prócer, por consejo de su médico el doctor Redhead, resolvió venirse a Buenos Aires. Esto el médico se lo aconsejaba por cuidado de su cuerpo, y el doliente lo anhelaba por los quebrantos de su espíritu. "Vamos, José, que de aquí nos echan», dicen que decía Bolívar en trance análogo;—y esto debieron decir todos los próceres, desconocidos por sus propios pueblos, lo mismo

los que fueron a morir, como San Martín y Rivadavia, en lecho extranjero, o los que como Belgrano vivieron y murieron proscriptos en el seno de la demagogia. Para colmo de prolijidad dramática, el baldón acababa de herir a Belgrano en la ciudad de sus victorias, en el pueblo que más amaba. Ya no le restaba sino buscar, para morir, la casa de sus padres, donde nació, y este hijo pródigo de la libertad volvía a ella enfermo, pobre, desencantado. Fué entonces cuando, no teniendo ni con qué pagar el viaje, su amigo Balbín le facilitó trescientos pesos, porque el gobierno de Tucumán se los negó. Otros amigos leales le quedaban: ese noble doctor Redhead, que ya no le abandonaría, pues lo acompañó en el camino y en la hora del tránsito supremo. Con él vinieron su capellán el padre Villegas, y sus ayudantes don Jerónimo Elguera y don Emilio Salvigni, que salvaron con ese acto el honor de Tucumán. Corría el mes de enero; bajo un sol implacable y sobre carreteras atroces, el coche hizo la interminable travesía, por desiertos inhospitalarios o por aldeas

que sobresaltaba ya la guerra civil. Llegaron así con el enfermo a una casa de la campaña de Córdoba, y como el ayudante Elguera llamase al maestro de posta en nombre del general, aquel bárbaro contestó: "Dígale usted al general Belgrano que, si quiere hablar conmigo, venga él a mi cuarto, que hay igual distancia". Así entendían esos villanos la libertad, la igualdad, la fraternidad que el héroe había proclamado. Belgrano venía tan mal, que era movido a pulso en su lecho de enfermo. En Córdoba pidió también auxilios de dinero, y el gobernador Bustos, otro varón de la demagogia, también se lo negó. En Buenos Aires le ocurrieron, como ya lo sabéis, cosas análogas. Muy pocas personas lo visitaron en sus cuatro meses de enfermedad. Un día vino a verlo el coronel Lamadrid, que él tanto quería; lo abrazó llorando y le entregó el manuscrito de sus Memorias como legado para la posteridad. Otro día, en confidencias con su hermano el clérigo don Domingo, le recomendó a su hija Manuela Mónica. Y al fin, en una de las últimas tardes, pidió a Juana, la herma-

na consoladora, su reloj de bolsillo y se lo regaló al doctor Redhead, diciéndole que no tenía otra cosa para retribuirle sus bondades. Así murió el paladín, en agonía cristiana, despojado de sus armas, como Alonso Quijano el bueno, y no sé si, como aquél, ya curado de su locura divina por los golpes de tantos malsines como le molieron el yelmo en las aventuras. Y según ya lo he dicho, fué sepultado sin honores oficiales, mientras la ciudad de Buenos Aires hacía el ensayo de servidumbre con que había de honrar en vida a aquel sombrío tirano que iba a ser, durante un cuarto de siglo, ídolo y amo de sus multitudes. En los cuatro horizontes del país ardían ya las hogueras de la guerra civil.

Es menester el misterio de la muerte para que en el héroe verdadero pueda obrarse el misterio de la resurrección. Y había bastado que transcurriera un año apenas sobre la humilde losa de su sepulcro, para que sobre él la gratitud nacional encendiera las piras del

culto cívico. Tocóle a Rivadavia ser el iniciador de estas apoteosis.

Hace hoy noventa y nueve años, en un día de junio como éste, nuestra ciudad celebraba los primeros funerales civiles en honra de Belgrano. La provincia de Buenos Aires habíase reconcentrado en sus propias fronteras para ensayar, bajo la administración de Martín Rodríguez, la República ideal que desde una década atrás veníamos buscando por tan extraviados caminos. Eran los tiempos en que Rivadavia, desde el ministerio, irradiaba sus impulsos civilizadores, rodeado por esa pléyade de doctos ciudadanos con quienes fundó esta universidad. Entre aquellos hombres, y otros salidos de San Carlos, fundidos todos en el molde clásico, tocóle a Esteban de Luca ser el poeta que pusiera en la ceremonia la nota del decoro antiguo, pues debió ser iniciativa del poeta, grata a los gustos latinos del ministro, el banquete ritual que imaginaron para ilustrar con las libaciones y cantos de las apoteosis paganas el nombre del héroe ya entrado en la inmortalidad. El recinto hallábase de-

corado de banderas, y al iniciarse la ceremonia el coro entonó, entre lágrimas de los presentes, la antífona funeraria que empezaba con estos versos de Luca: *Llega, ¡oh grande Belgrano!—Llega, ¡oh sombra sublime!...*, y al finalizar el coro Rivadavia derramó su primera copa sobre las flores del festín, invocando a los manes del héroe, a quienes pidió protección para su patria.

Las apoteosis iban a repetirse varios años después, y las dos más importantes entre todas, sin duda, fueron: la aparición del insuperable libro de Mitre, verdadera palingenesia del ilustre muerto que a su biógrafo debe la mitad de su gloria actual, y la erección de su estatua en la plaza de la Victoria, en cuya inauguración el presidente Sarmiento, que solía hablar en estas grandes ocasiones, pronunció aquel célebre discurso de la bandera, cuando mostrándola como símbolo del amor argentino y contrastándola con la bandera de Rosas, símbolo del odio argentino (que él tomó en Caseros), la invocó en la peroración como una enseña de justicia para que ella

acaudillara millones de hombres libres en lo porvenir.

Y ahora, señores, dejadme que bajo la evocación de tales precedentes ilustres excuse yo mi pequeñez que en vano se empina sobre esta alta tribuna de la Universidad, porque otro vocero de mayor prestigio y de mayor elocuencia necesitábamos en la nueva apoteosis. No fué mío el error, sino de aquellos que me lo mandaron; mío fué tan sólo el resignado acatamiento al deber. Palabras de áspera verdad he pronunciado; palabras de íntima belleza desearía poder pronunciar, como ofrenda del alma en las aras de mi patria, antes de abandonar esta tribuna. Es una vaga leyenda que podría llamar "la visión de la apoteosis" o "el mensaje del patriarca". Vosotros diréis si esto es un sueño o si es de aquellas cosas verdaderas que sólo oímos y vemos en los sueños...

Allá en los Andes del noroeste argentino, en donde más luchó y sufrió Belgrano; allá en

las tierras provincianas, donde por varias generaciones tuvieron hogar y tumba mis abuelos; allá en los valles verdes, donde la patria, por más hermosa y por más alta, se avecina más a los cielos; allá donde a la sombra de las pircas derruídas se ve llorar al indio de las quenas; allá donde las nubes de la tarde se amontonan en los flancos de la montaña y las cumbres alzan sobre las nubes su cabeza para mirar al sol de América encendido sobre los Andes todos—allá, señores, he paseado mi pequeñez viendo tendido a mis plantas el tapiz de las selvas tropicales y derramada a mis pies la pedrería de los torrentes montañeses. Por encima de esas nubes, sobre aquellas cumbres, reina la desolación. El aire es tan sutil, tan abierto el ámbito, tan profundo el silencio, que aquello se parece a la eternidad. No hay sino patria en el verdor de abajo; no hay sino patria en el azul de arriba. Y yo he llegado, señores, con mi pequeñez hasta esa altura, no conducido por la musa alada, sino por un indio que tenía las ojotas fuertes y el ojo avizor de los de su raza. El sabía los mean-

dros del sendero por entre el bosque de alisos; él sabía los vados del torrente; él sabía por dónde va la senda alpestre que sube desde el rumoroso valle a la silenciosa cumbre... Allá, señores, junto a un altar abandonado de los viejos cultos de América, se me apareció la Sombra del Patriarca... Me dijo que sus manes vagaban todavía sobre nuestra tierra; que su misión no había concluído; que aún esperaban duros tiempos de prueba a los argentinos. Y entonces, con mansa voz, comenzó a hablarme de esta manera:

—Yo amé a los extranjeros que a mi patria llegaban en las naves del mar, porque uno de ellos fué mi padre; yo inventé la bandera, para que los hijos de la inmigración, como yo, pudieran también amarla; yo amé a los indios, porque ellos eran el primer boceto de la humanidad en nuestra tierra, y ellos me pagaron aquel amor secundándome en las hazañas; yo amé al artesano y al labriego, y por su liberación trabajé desde los días del Consulado; yo respeté a los maestros y fundé escuelas, porque supe que la ignorancia es el antro de toda

fatalidad en la historia; yo amé a mis adversarios y abracé a Tristán vencido frente a mi tropa vencedora; yo recogí los muertos de mis batallas en una tumba común, y sobre sus restos puse una cruz de amor en Castañares, confundiendo en un solo manto de la santa tierra a los combatientes de la víspera; yo no odié a España, donde me eduqué, sino a sus instituciones injustas, y quise superarlas por un ideal de justicia; yo perdoné a los Gobiernos que me degradaron y a las muchedumbres que me desconocieron; yo entré en la lucha sin rencores y cumplí mi deber con resignación, y mi agonía fué serena, porque nunca ambicioné poderes, ni premios, ni honores; yo comprendí desde temprano que los hombres somos juguetes de una voluntad invisible y que servimos mejor al destino supremo de la vida poniendo nuestra carne a quemar, no en el tizón de incendio de mezquinas pasiones, sino en la antorcha de fiesta de más permanentes ideales. La Patria fué para mí una forma perfecta de esa religión de amor, y simbolicé mi propia vida y mi ideal de amor en los

suaves colores de mi bandera... Si hay allá abajo, todavía, gentes que siembran odios, diles, aunque me aclamen, que ellos me han olvidado...

Esto dijo, señores, la Sombra del Patriarca.

Vosotros diréis si ha sido un sueño, o si esta es una de esas cosas verdaderas que sólo oímos y vemos en los sueños.

II

GÜEMES EL CAUDILLO

Oración pronunciada bajo los auspicios del Círculo de la Prensa en el acto público realizado para la inauguración de la "Galería Güemes", de Buenos Aires (1915), con asistencia de las autoridades nacionales y municipales.

Por la primera vez una palabra pública—la mía—viene a sonar en este nuevo recinto, y a resonar sobre sus piedras. Piedras flamantes y aire inmaculado prestaban a este sitio ese misterio de la naturaleza virginal aún no turbado por los vanos discursos del hombre. Como la cueva sagrada de los ritos antiguos, ésta ha sido cavada en el corazón de la tierra, donde sólo debieran escucharse deméricas voces, ungidas por el silencio y por la sombra. Estamos, como quien dice, en ámbito de templo, puesto que estamos en las entrañas de nuestra patria, reunidos para discurrir sobre una leyenda de cien años, que interesa a los orígenes de nuestra libertad y a la apoteosis de sus héroes. Por eso no he debido eludir la invitación del Círculo de la Prensa,

cuando—comisionado, como poder de la opinión, para inaugurar este edificio que es ya ornamento de la ciudad y que ha de ser desde mañana monumento erigido a la memoria de su caudillo epónimo—me encomenda bajustificar el bautismo, trazando ante vosotros la silueta de Martín Güemes, cuyo nombre glorificado anima ya, sensible como un alma, los muros silenciosos de la estupenda construcción. Historiador más sabio y más elocuente orador habría necesitado el Círculo de la Prensa para tener vocero digno de ella, y voz más acordada a la grandeza del asunto y a la solemnidad de la ocasión. Pero ya estoy aquí, sobre la no buscada tribuna, confuso de mi temeridad ante un auditorio que me cohibe por su propia excelencia y un tema que me sostiene por su propia emoción. Pues antes de venir a hablar aquí esta tarde, yo he debido pedir inspiración a casi todos aquellos viejos papeles de nuestra independencia donde pudo dejarnos una palabra confidencial el alma de Martín Güemes. Seculares reliquias de familia, celadas con unción por los herederos del pró-

cer; epístolas a camaradas inmortales, recogidas por Mitre con patriótico afán; partes inéditos de la epopeya de Humahuaca, cedidos a mi vocación por una ley de confianza de la legislatura jujeña: todo eso he vuelto a verlo en estos días para atreverme a hablar ante vosotros sobre aquel legendario paladín de los gauchos; mostrando por encima de las calumnias tradicionales y las patrañas póstumas, la verídica personalidad del héroe americano, que durante largo lustro de esperanza y dolor, mientras los otros héroes claudicaban, se alzó en la titánica soledad de su montaña, desencadenando, contra los enemigos de la libertad, por las negras quebradas, su hueste sonora, aún más temible que la tempestad y que el torrente.

Lo quebrado y boscoso de la tierra salteña bastará a quien la vea para explicarse la genuina eficacia de semejante actitud militar; pero sostengo que sólo con esos viejos papeles se aclarará el secreto de esta gran alma

incomprendida, cuando revela en notas de heroica tribulación la filiación homérica de su genio. Porque debo deciros que con Güemes nos encontramos en presencia de un carácter homérico. Necesitáramos remontar a la Ilíada, para encontrarle padre o hermano espiritual. Ahora comprendo por qué llevaba nuestro paladín modelada la efigie de Marte en la empuñadura de su sable. Pues en este joven caudillo de la emancipación—cuya vida es tan breve que apenas si duró treinta y seis años—descubriréis las cualidades más nobles del propio Aquiles, comenzando por esa misma juventud impetuosa y sensible, apta igualmente para la temeridad y para la gloria. Ambos son bellos en su varonil gallardía, voluptuosamente inclinados al encanto de la mujer en la tienda nocturna (pues no nos falta ni Briselda en la Inguanzo), y al de sus ágiles corceles en el campo donde se libran al juego de la carrera o del combate. Sensuales son los dos, con una extraña mezcla de refinamiento en los arreos del vestir y de rusticidad en los goces del yantar, listo siempre el

cuchillo ante la res humeante de los fogones. Allá en el fondo de su alma, el domeñador de Rondeau es capaz de la cólera vengativa como Aquiles con el troyano, pero es también capaz del enternecido perdón, como el otro ante el desconsolado Príamo. Un rasgo común los asemeja del todo, y es en ambos la abnegación de su persona para los lances de la amistad o del deber... Así surge, señores, el verdadero espíritu de Güemes, según el testimonio de los archivos auténticos—gema viva de la verdad, aún no abierta del todo a la verdadera luz de su nueva historia. Así lo he visto yo cabalgando ante los paisajes de su tierra, pintoresco, noble, complejo y profundo, como es siempre el espíritu de los hombres esencialmente superiores, ni tan simple como los gauchos que mandaba, ni tan trivial como los jefes de ocasión que lo querían mandar; y así también lo veo llegar hasta vosotros, rompiendo el bosque rumoroso de la historia impresa—gárrulo y seco a veces como las hojas de una fronda en otoño—, pero rompiéndolo con estruendo de gloria,

como cuando al son de sus guardamontes de cuero iba quebrando la enramada del bosque nativo sobre su caballo de pelear...

Y ya le tenéis ahí, señores, en la apostura ecuestre con que penetró en la historia desde el primer instante de la revolución. "Jamás andaba a pie", nos lo asegura don Vicente López, que lo conoció en la primera campaña del Alto Perú. Juntos entraron en Potosí, después de la victoria de Suipacha, en donde Güemes "se cubrió de gloria", según dijo el Cabildo salteño, y adonde López llegara como secretario de Vieytes con el ejército vencedor. "¡Cuán prestigiosa era la figura que este comandante hacía en las calles ondulosas y quebradas de Potosí (nos cuenta López, el historiador, repitiendo un recuerdo de su padre), cuando las tropas argentinas entraron por primera vez en esta ciudad que era todavía en aquel tiempo la capital del lujo y la opulencia en el virreinato de Buenos Aires!" Sobre la villa imperial, resonante de bronce en sus piedras, sonaba aquel día la música varonil de los triunfos marciales. A la vanguardia,

el "comandante" Güemes iba seguido de su "Escuadrón de salteños". Traía recién mojada en sangre realista la espada con que había cosechado las rosas de la muerte en Suipacha, y ahora sus manos cosechaban las rosas de la gloria en los balcones de plata, donde las beldades potosinas arrojaban su ofrenda de flores al caballero de la brida de oro... Pues eran de oro las chapas de su brida, de oro sus aderezos de montar, de oro los alamares de su casaca purpúrea. En varios meses de guerra, desde que salió de Salta hasta que entró en Potosí, la barba le había crecido, virilizando del todo su prominente mentón cesáreo que, según dicen, tienen los que han nacido para mandar. Terciada a las espaldas llevaba su capa, que a ratos desplegábase como un ala rojiza, a ratos se desmayaba sobre las ancas relucientes del caballo negro, de estatuario andar... Iba en aquel cortejo la gente que había tomado en la reciente batalla su primer trofeo a los soldados del rey.

Tal es, señores, la verídica estampa del caballero Martín Güemes en su día triunfal de

Potosí, esclarecido ya por la primer victoria de la revolución de Buenos Aires. Estampa de caballero es, ciertamente; pero no asoma en ella todavía "el gaucho Güemes" de una ambigua leyenda que no sabemos si lo favorece o lo denigra, pero que a fuer de historiador sincero afrontaré también esta tarde para aquilatar en ella su posible verdad. Pues en el estricto sentido de esta palabra, el "gaucho" no aparece ni en la raza, ni en la cuna, ni en la educación del héroe que he venido a evocar. Ligábase nuestro Güemes, por la sangre paterna, a magistrados de la administración española; por la materna, a altos jefes de la milicia colonial, como su abuelo el general Martín Miguel de Goyechea, de quien heredara el nombre y la vocación. Su padre se firmaba "Gabriel de Güemes y Montero", y vino de la Corte a Buenos Aires, nombrado tesorero de la Real hacienda y comisario de guerra de la provincia de Salta, con sede en Jujuy, aduana entonces de aquella acaudalada frontera. Güemes Montero se casó en Jujuy y allí tuvo su hogar por varios

años durante el siglo XVIII, naciendo Martín en Salta el 8 de febrero de 1785, no sé si en viaje transitorio de los padres, o por haberse trasladado la casa a la capital de la intendencia. Salta y Jujuy formaban entonces parte de una sola jurisdicción, y eran ciudades enriquecidas por un activo tráfico de mulas y "efectos" entre el Alto Perú y el Río de la Plata, ya se acogieran a las ganancias lícitas del "franco comercio", ya a los gajes furtivos del contrabando. Así formóse en el Norte una aristocracia perulera, con servidumbre de indios en sus fundos rurales y de negros esclavos en sus casas de la ciudad, mezcla de bienestar labrado con esfuerzo y de ranciedad hereditaria. En el seno de aquella sociedad se educó Martín Güemes. De acuerdo con un censo de 1779, por mí descubierto, el hogar de sus padres era una casa de señores, con servidumbre de indios y de esclavos, entre los que me place recordar aquí a la pobre "mulata Ursula" y el "negro Bernardo", nombres sin duda gratos por humildes a los manes del héroe, y nada extraños a este su nue-

vo hogar porteño, labrado en mármoles y bronces para gloria de su "Amito Martín", con quien acaso jugaron...

Yo no puedo agravar esta lectura con pormenores documentales, pero tengo la prueba de cuanto vengo a deciros. De esas pruebas resulta que, dadas su cuna y su educación, no puedo ver en él un gaucho sino en sentido estético. Pudiera más bien en Güemes explicarse por la hidalguía de ese origen—como en Bolívar—su vocación caballeresca. No olvidéis, ante todo, que en esas casas señoriales se cultivaba la tradición aristocrática de Castilla. Viejos de estrado y de novena, mozos de calzón corto y de chorrera, cabildantes de espadín y de casaca, damas que saludaban con el "ave-maría" y reverenciaban como sagrado el nombre del rey, tal era aquella casta de los magistrados coloniales, como lo eran el padre y el abuelo de Güemes. Llamábanse a sí propios "la gente decente"; cultivaban las leyes del honor y el valor; amaban como buenos ca-

balleros cristianos a las gentes humildes, compartiendo con ellas su techo y su pan, y desdeñaban, como viejos hidalgos, el trabajo servil de los artesanos, aunque fomentaban la vida rural de las estancias, porque ésta les renovaba, con la tierra de su albedrío y el caballo de su libertad, la emoción señorial del feudo y de la conquista, sin más testigos que la montaña y el sol... De tales casas salieron casi todos nuestros mayores capitanes, y más tarde nuestros caudillos, que no fueron, al fin, sino capitanes auténticos de una sociedad que desquiciaron las guerras.

Puedo aseguraros que en esas puras fuentes morales se ha nutrido el espíritu paladinesco de nuestro Güemes, y pues conocemos la casa y los actores, no será mucha osadía de la imaginación histórica reconstituir la escena de su infancia. Su abuelo materno, el general Goyechea, cada vez que viene a visitar a su hija María Magdalena, la joven madre del futuro campeón, refiere al nieto, haciéndole cabalgar en las rodillas, sus propias aventuras militares, y el alzamiento de los indios en la

frontera de Orán. La madre, cuando llega la oración y las campanas de San Francisco tocan el *Angelus*, enseña al niño un rezo que él no comprende, pero que habrá de dejarle, como profundo sedimento místico, aquella idea de la Providencia, que Güemes invoca en sus angustiadas cartas a Belgrano. El padre, cuando Martín se haya hecho más mozo, lo llevará a beber el viento en el cerro de Medeiros o en la quebrada de Burgos, y cuando cesen de galopar los caballos, le hablará de la Patria y del rey a quien sirve, mostrándole allá en la verde hondonada del valle la ciudad nativa: sus tagaretes, sus cumbres, sus torres... Aceptada esa iniciación, ya no me sorprende encontrar, datado en 1799, un documento por el cual se anota al joven Martín como cadete de un batallón del rey, cuya sexta compañía estaba en Salta de destacamento. Güemes contaba entonces sus catorce años de edad. En 1801, el padre toma razón del sueldo de su cadete, como tesorero de la Real Hacienda: ganaba entonces el hijo siete pesos mensuales. Martín se despide a la sazón de

sus padres, porque la sexta compañía baja a Buenos Aires, donde su batallón está "de fijo" en la guardia del Fuerte. Imaginad a la madre que le despide: tiene una lágrima que le tiembla en los ojos. Güemes Montero disimula la suya, porque quiere que su hijo llegue a brillar en la milicia del rey... Pero no lo verá brillar en la milicia del rey: el padre murió poco tiempo más tarde; el hijo se hizo caudillo de la revolución. Ya lo habéis visto al día siguiente de Suipacha, entrando vencedor en Potosí, con los que arrebataron la bandera del rey a los opresores de su patria.

Vino el cadete Güemes a Buenos Aires, cuando era un niño de diez y seis años. Hay quien pretende que frecuentó los estudios del colegio de San Carlos, aquel colegio colonial del virrey Vertiz, donde también estudiaron Moreno y Juan Cruz Varela. No he comprobado esta tradición; pero se me ocurre advertir que por aquellos años de 1800 era profesor de filosofía en el Carolino, y a la vez capellán del regimiento donde revistaba Güemes, aquel famoso Pantaleón Rivarola—autor más

tarde de un romance heroico sobre las invasiones inglesas, circunstancia también significativa, según luego veremos. Su regimiento se apoyaba en el Fuerte, donde hoy está la Casa de Gobierno, y el Carolino funcionaba en la vieja casa de los expulsados jesuítas, donde hoy está el Concejo deliberante. Es muy posible que el capellán Rivarola simpatizara con el joven cadete provinciano, de elegantes maneras, de palabra oportuna, de grandes ojos pensativos, penetrantes y claros. En esta corta vecindad de la Plaza Mayor—como entonces llamábase—pudo llevarlo alguna vez al colegio, distante sólo una cuadra, y acaso el viejo maestro y el inquieto muchacho llegaron por la esquina de la Catedral hasta el solar de este monumento, departiendo sobre cosas divinas y humanas, en la quietud estéril de nuestra aldea colonial. Algunas letras debió traer de Salta, donde los frailes enseñaban su poco de latinidad, sin contar lo que pudo aprender del tesorero su padre. Analizados los autógrafos de Güemes, del tiempo en que llegó a ser hombre histórico, puedo de-

cir que su escritura no es inferior a la de San Martín, ni por sus rasgos ni por su ortografía, y conste que deliberadamente le comparo con el más puro de nuestros hombres de acción, sobrándoles por igual todo laurel de pendolista, a quienes fuera más fácil que escribir una carta pelear diez años por defender un pueblo, o pasarse los Andes por libertar un continente.

La vida de Güemes en el Plata se prolongó de 1801 a 1808. Siendo cadete del ejército real, huelga decir que le tocó batirse en las invasiones inglesas. En diciembre de 1803 pasa a Montevideo, y allí trabaja durante los años inmediatos, cerca del conde de Liniers. Llegaban años duros para las colonias argentinas. La guerra continental que por entonces comprometía en Europa a las más grandes potencias, repercutía en recelosas alarmas por los más distantes dominios del Africa y de América. Pronto aquella inquietud universal se concretó para nosotros en la agresión británica. Tocóle entonces a Güemes luchar en Montevideo y repasar más tarde el río para luchar

en Buenos Aires. Güemes ha sido, pues, un reconquistador y un defensor de Buenos Aires contra los ingleses, antes de serlo del país todo contra los españoles. Y su actuación de 1806 y 1807, lejos de ser obscura o pasiva, fué de esforzado sacrificio, pues trabajó en los baluartes de Montevideo entre el fango y la lluvia, volviendo de allí enfermo, y su concurso militar en la segunda invasión debió ser igualmente valioso, pues lo ascendieron a subteniente por servicios de guerra. Sus últimos meses de 1807 en Buenos Aires, fueron de angustia a causa de su enfermedad. Las revistas de su batallón en agosto y diciembre lo dan por presente en la ciudad, pero enfermo en su casa. En abril de 1808 se le concedió permiso para regresar a Salta. Iba por asuntos de la testamentaría de su padre, poco antes fallecido, y para restaurar su salud al contacto de la montaña natal donde lo esperaba la gloria. Allá recibió, como consuelo tardío, la comunicación de su ascenso: "por sus distinguidos servicios en la Reconquista y Defensa de Buenos Aires", dice la comuni-

cación. Así se cierra aquella primera campaña militar de Martín Güemes, vinculado su nombre juvenil a la ciudad que lo glorifica, y a la cual vuelve hoy en espíritu, cuando después de un siglo de injusta expiación llega también para su nombre, como para otros calumniados de nuestra historia, el homenaje de la plena justicia y de la consagración nacional.

Las primeras noticias de la revolución de Buenos Aires fueron a sorprenderle en su retiro salteño a mediados de junio de 1810. Chiclana había llegado como gobernador interino, en substitución del derrocado Isasmendi, que fuera en Salta el último gobernador del régimen colonial, y Güemes, que era teniente de húsares, se presentó a Chiclana ofreciendo su sangre y su espada a la revolución. El gobernador lo recomendó a la Junta de Mayo por su actividad y le confió misiones delicadas. Aun no había llegado a Salta el ejército auxiliador que poco antes partiera de Buenos Aires, y el joven teniente Güemes andaba ya en su caba-

llo de guerra, y recorría con hueste propia desde Yala hasta Yaví, bombeando al enemigo y preparando el paso al ejército auxiliador que habría de pasar con él hacia el Perú. El 22 de septiembre de 1810 databa en Humahuaca un parte a Chiclana, que publicó *La Gaceta* al mes siguiente. "Todo este vecindario está uniforme y pronto a tomar las armas y salir en nuestra ayuda"—comunicaba entonces Martín Güemes. Él era el primero que llegaba hasta allí con el mensaje de la revolución y suyo era el milagro. El cura Alberro, de aquella doctrina, le pedía que lo llevasen como capellán a la guerra, "sin otro prest que el honor", según decía. Los numerosos indios y señores de la comarca traían para la patria su ofrenda de trigo, de charqui, de maíz tostado. "Los trigos se están beneficiando y reduciendo a bizcochos"—agrega familiarmente la comunicación. Y todo ello, señores, con natural sencillez, es lo que constituye la obra difícil del heroísmo. La guerra es no sólo matar y morir, sino crear en las almas una abnegación y una fe. Y he ahí a Güemes, que sólo tenía

entonces veinticuatro años, adelantándose el primero de todos por la quebrada de Humahuaca, senda forzosa de la guerra, y forjando un ideal de rebelión en el corazón trescientos años aherrojado de aquellos alcaldes y de aquellos caciques; helo ahí guardando el charqui que se ha de comer y la mula que se ha de cargar; organizando almacenes, tropas y arsenal, sacados de la nada en un solo día, para una guerra pavorosa que iba a durar quince años. Estamos ya en presencia de lo extraordinario. Comenzamos desde este momento a sentir la parte de titán que hay en ese hombre.

Tampoco en ese Güemes de 1810 descubrimos al gaucho de la leyenda, aunque resalta en él un caballero de la libertad. Esa "partida de observación" con que está en Humahuaca, no es una montonera tampoco. Se le llamaba "el escuadrón de salteños", y habíala organizado el caudillo por propia inspiración. Sus amigos los Guruchagas y los Moldes, que en el pueblo tenían tienda de mercar, habíanlo provisto de ricos paños para el uniforme: ro-

jas las chaquetas, rojo el morrión, tocado de una pluma blanca, blancos los pantalones, y ceñidas a las altas botas negras las espuelas sonoras, gratas al oído del paisano y necesarias en la marcha difícil de los cerros. Toda la tropa iba a caballo, con pellones y aperos de fabricación provincial, pues era entonces famoso el arte de lomillería entre los gremios de Salta. Con ese "escuadrón" fué a la quebrada, a preparar el paso del "ejército auxiliador" y a hostilizar al enemigo. Como Liniers, fugitivo de Córdoba hacia el Norte, pudiera pasarse en busca de los realistas del Perú, Güemes andaba esperándolo en la quebrada para cortarle el camino, y como Nieto, en marcha hacia el Tucumán, pudiera ahogar la revolución, no propagada aún a todo el territorio argentino, Güemes escaramuceaba rumbo a la Puna, espiándole la vanguardia al enemigo. Así logró por fin un tiroteo de avanzadas, siendo por consiguiente suyas las primeras balas que disparamos en aquella guerra, y suyas también las últimas, cuando quince años después sus pobres gauchos, leales al

jefe ya inmolado, continuaban, no obstante, batallando sin descansar un día, comiendo charqui viejo cuando lo hallaban, o raíces de los montes, como la propia bestia magra donde maldormían a horcajadas, recelando el asalto en las traicioneras noches del bosque.

La carrera revolucionaria de Güemes, tan briosamente comenzada en 1810, interrumpióse de pronto después del triunfo de Suipacha. Su "escuadrón de salteños", con el cual había marchado en una larga cabalgata de triunfo desde Humahuaca a Potosí, fué disuelto por orden del comando y relegado Güemes primero a Jujuy y posteriormente a Buenos Aires. No logró Güemes reaparecer en aquel ejército sino a comienzos de 1814, reincorporado, para gloria suya, como jefe de la vanguardia por el general San Martín. No estuvo, por consiguiente, en las victorias de Salta y Tucumán; tampoco en las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma. Nada se sabe sobre los verdaderos motivos de su eliminación. Es mi creencia que la superioridad del futuro caudi-

llo de 1815, latente en aquel joven capitán de 1810, suscitó el recelo de camaradas mezquinos, y la envidia medró en ese desbaratado ejército de Castelli, que concluyó con el desastre de Huaqui, y en aquel de Belgrano, que concluyó con el desastre de Ayohuma. Destituído primero Castelli y traído a juicio de guerra en Buenos Aires, como después Belgrano, ambos procesos muestran tal ambiente de sensualidad y de bajeza moral, que podemos atribuir como posible cualquier intriga a los prematuros enemigos de Güemes, hasta el extremo de que en el parte de Suipacha ni le mencionaron siquiera, villana cosa de que Güemes reclamó. Es condición de la verdadera grandeza el despertar estos absurdos rencores en el corazón de los pequeños, y si el grande no tuviera para reconocerse como tal las voces infalibles que le llegan de su alma, hallaría su signo en esos odios sin causa y en las enherboladas flechas que le arrojan, apenas quiere subir los sagitarios de la envidia. Y este capitán Güemes era un hombre molesto, por lo voluntarioso y

por lo señor. Era un hombre nacido para mandar, no para ser mandado.

Fué menester que a la jefatura de ese descalabrado ejército del Norte adviniese otro grande verdadero, el general San Martín (también herido por la agresión de los pequeños) para que Güemes resurgiera a la acción. Ambos hablaron en su conferencia de Yatasto, y en los ojos se reconocieron la prosapia leonina. Por eso Mitre ha dicho estas palabras sugeridoras: "El general San Martín, que tenía el raro don de adivinar los hombres entre las multitudes y aplicar sus calidades especiales, encontró al hombre que necesitaba para la guerra de partidarios en el comandante Martín Güemes, iniciador de este género de hostilidades, y le confió el mando de la línea de avanzada del Pasaje. Desde entonces las hostilidades parciales tomaron nuevo impulso y la guerra de partidarios asumió un carácter verdaderamente militar, tomando con resolución la ofensiva." Así sellaron su fraternidad de trabajos y de glorias aquellos dos paladines, y cuando el de los granaderos se

fué a pasar los Andes, para libertar a Chile y desclavar de las murallas de Lima el confalón de Pizarro, supo bien que eso no era una locura imposible, porque ahí quedaba el de los gauchos de Salta para cuidarle el flanco, distrayendo a La Serna y apoyando en las alternativas de una misión concorde la empresa común de la libertad americana. Por eso durante cinco años, desde Humahuaca hasta Uspallata, por el largo bastión andino, el uno quiso siempre saber lo que el otro hacía, y los dos no dejaron de mirarse por sobre las cumbres en el reflejo de sus dos estrellas...

La resolución de San Martín había creado en 1814 la condición externa u ocasional que hasta el hombre de genio necesita para manifestar sus poderes. Todo se transfiguró desde entonces en aquella frontera: los métodos de la guerra y hasta el hombre que la conducía. La guerra de los gauchos no era sino la sistematización de aquel instinto popular que en 1810 formó el Escuadrón de Güemes, di-

suelto en las condiciones que ya conocemos Generalizada la guerrilla por impulso libre de cualquier partidario, aquello significó la conflagración de toda la selva, bajo la inspiración de su caudillo. Güemes debió contar entonces consigo mismo y con sus gauchos, pues era escaso el apoyo de armas o de dinero que pudiera llegarle de Buenos Aires, anarquizado ya y en la bancarrota, como era también vacilante el apoyo de la burguesía salteña desencantada de la larga lucha y de su imperioso general. Quiso Güemes hacer que la guerra pesara financieramente sobre la burguesía, ya que el proletariado rural la soportaba como tributo de sangre. Este fué quizá el origen de la violenta oposición urbana, que fué creciendo en Jujuy y Salta de 1815 a 1820. Pero nada es más hermoso a este respecto que estas palabras suyas, datadas el año 1818, en carta a Belgrano: "El patriotismo se ha convertido en egoísmo. Todos los hombres se han echado con la carga y quieren que sin trabajo les llueva el maná del cielo. Semejante apatía e indolencia, obliga a tomar providencias sensi-

bles, y lo cierto es que si hemos de salvar el país, es necesario cerrar los ojos y los oídos y tomar el camino del medio. Así lo he dicho en estos últimos días, pero ni eso me ha valido. Creí que asustando un poco a estos caballeros se ablandarían y me socorrerían, pero me engañé. Hice correr la voz de que los llevaría en la vanguardia, y que para quedarse darían alguna cosa para ayuda de los que trabajan. Pues con todo este aparato no he conseguido otra cosa que calentarme la cabeza. Se juntó el vecindario en casa del alcalde de primer voto, y entre todo apenas han dado cuatro porquerías con que han auxiliado a treinta gauchos, y esto dando a uno una camisa, a otro un poncho de picote, y a otro un pedazo de jerga vieja. ¿Qué tal? ¿Caballos? Unos cuantos: acaso los peores que han podido hallar, de suerte que con dificultad llegarán a Jujuy. A vista de esto, ¿no he de alabar la conducta y la virtud de los gauchos? Ellos trabajan personalmente y no exceptúan ni aun el solo caballo que tienen cuando los que reportan ventajas de la revolución no piensan

otra cosa que en engrosar sus caudales." Quien razona así no es un gaucho, sino un rey natural, un paladín de la vida montañesa, un artífice del alma nativa, un intérprete del genio de América. Mas si tal héroe no es un gaucho, los gauchos que lo siguen son héroes de verdad. Sus huesos duros han quedado en el cimiento de nuestra patria actual, como en la tierra el hueso del génesis plutónico, bajo el manto de la campiña primaveral.

Los gauchos fueron los protagonistas de esa guerra. Hoy han degollado un hombre, y su cabeza amanece clavada en una pica, al borde de un camino; mañana el centinela maturrango desaparece enlazado por los perchoneros de la hueste; después un godo muere envenenado por el agua de una cisterna. Así se hizo la guerra. Alguien dice que Güemes no dió grandes batallas campales, como San Martín o Belgrano. Sin duda él no dió esas batallas decorativas de la gloria marcial. Pero ¿qué fué su resistencia sino una colosal batalla que duró siete años, con el centro en Humahuaca, un ala en la quebrada del Toro y otra en la frontera

del Chaco? A menos que prefiráis medir su acción diciendo que fueron mil combates en el asalto diario de las emboscadas.

La avanzada realista llega al pueblito de Chicoama un domingo, y después de la misa dice un gaucho: "Tendríamos que alzarnos contra esta canalla." "¿Y con qué armas?", le observan. "Con las mismas que les quitemos, pues...", responde. Y estalla entonces la asonada; el vecino Luis Burela es su jefe; y así desarman y corren a la guardia realista. En otro lugar, por los Cerrillos, el estanciero Pedro Zabala sale de su fundo a pelear, seguido por sus peones, que llevan chuzos de cuchillos atados con tientos en astiles del bosque. En el Sauce Redondo, el capitán Saravia, con 30 hombres armados de tercerolas y paisanos armados de garrote, asalta al enemigo y le mata 11 hombres y le toma 27 prisioneros. Y el capitán vencedor dice en su parte: "Los tiranos quedarán asombrados al ver que sólo 30 hombres con fusil, ayudados de inerme paisanaje, atropellando por sobre un fuego vivo, hubiesen completamente derrotado una

doble fuerza; pero si se advierte que los hombres que los han atacado desean ser libres de corazón, nada tendrán que extrañar." He ahí cómo el heroísmo se ha convertido ya en un acto natural. Nombrar a los caudillos menores de esta guerra fuera censar a todos los patriotas del Norte, desde el Juramento hasta la Puna. Los Gorriti, los Latorre, los Alvarez Prado, los Rojas, los Arias, los Saravia, los Figueroa, los Cornejo, los Pastor, los Quintana—tantos otros—desfilan a la zaga de Güemes. Hasta los niños toman parte en la guerra. Mitre refiere que al acercarse el general Valdez a un pobre rancho, ve que un gauchito de cuatro años monta a caballo en pelo, corre al monte para prevenir de la invasión a la montonera, y el general español, viéndolo, exclama: "A este pueblo no lo conquistaremos jamás." Y así ocurrió en efecto. La ola de la invasión y la defensa no cesó de ir y venir durante diez años, asolando el país en su flujo y su reflujo de sangre, destruyendo los pueblos y las siembras, pero sin posesionarse del suelo sus invasores. Diez veces entraron los

realistas en Salta y Jujuy; diez veces fueron expulsados. A cada nueva invasión los partidarios crecían. Como los niños, las mujeres colaboraban en la guerra. A Juana Moro, sospechada de espionaje, la emparedaron en su casa los realistas. Petrona Arias, vestida de hombre, cabalgaba de chasque por las quebradas. Loreto Sánchez, disfrazada de panadera, entraba a espiar en los cuarteles. Y aún se refiere más impresionante anécdota de aquella campesina a quien llamaron "la Regalada", que salió de su rancho totalmente desnuda para atajar a una partida realista, y a fe que lo consiguió, fingiéndose loca, mientras los patriotas de la emboscada se apercibían al asalto. ¡Oh, cuerpo milagroso de la mujer, lo mismo en la penumbra del amor que en la plena luz del arte! ¡Milagroso cuerpo de Friné, en los estrados de la Justicia! ¡Cuerpo milagroso de la Regalada en el bosque salvaje de nuestra epopeya!

Tal fué, señores, la guerra de los gauchos que Güemes sistematizó de acuerdo con San Martín, y que realizó con soberana intuición

de caudillo. Amó a sus gauchos con amor paternal, y sus gauchos lo amaron. "Por la patria y la libertad" era la divisa de Güemes; "Por la patria y mi general" fué la consigna de abuegación de aquellas gentes. Ese poder, puesto en manos de Güemes, estaba por encima de todas las jerarquías. Reinaba este hombre por el derecho divino del amor popular. Era ciertamente un poder peligroso, puesto que era un poder excesivo. Digamos, sin embargo, que no utilizó jamás en beneficio propio, que siempre fué en sus manos una energía puesta al servicio de nuestra independencia territorial; y que si alguna vez hirió las libertades de nuestra naciente democracia, no lo hizo nunca por la sensualidad de gobernar, sino como necesario contragolpe de la función guerrera que ejercía. Esto lo pudo comprender San Martín, y después de 1816 se lo toleró también el prudente Belgrano. Sospecho que ni siquiera le interesaban los honores del rango, porque atendía más a la esencia de su propia grandeza.

Era ya general y gobernador cuando al vol-

ver a visitar a Humahuaca, andando siempre en correrías de guerra, se encontró con don Juan Francisco Pastor, el postillón de la villa, que le había prestado alojamiento en 1810, y como pidiera un certificado de aquellos servicios, se lo dió en un documento que empieza con esta frase republicana y orgullosa: "Yo, el ciudadano Martín Güemes, primero que llegó a este lugar en nombre de la sagrada causa de la patria"... Ya veis en qué fincaba el verdadero orgullo de este ciudadano-gobernador, de este ciudadano-general. Y esto armoniza con aquel otro episodio de 1815, el más significativo de su carrera pública, cuando ante el Cabildo abierto de Jujuy, adonde ha ido con su tropa a exigir que se le reconozca por gobernador de la provincia, gobernador elegido en condiciones anormales, oye que una voz valerosa, la del doctor Portal, se alza para protestar del atropello. Esta es una asamblea de hombres libres—exclama el austero tribuno—. La conciencia de los ciudadanos es un seguro inviolable. Pudiera haber aquí algunos hombres timoratos a quienes in-

timida la presencia del general y de la tropa. Puesto que se trata de su propia elección, pídele en nombre de la libertad y de la dignidad del pueblo que le deje en la plenitud de sus deliberaciones... Y Güemes, el tirano, al oir aquella conminación, manda retirarse la tropa y abandona él mismo el Cabildo, seguido por su escolta de gauchos, para dejar al pueblo en la libertad y la dignidad de sus deliberaciones.

Supo rendir su espada al conjuro del verbo republicano; pero a la fuerza material contestó con la fuerza, y la inepcia la sojuzgó con su altivez. Por eso desconoció el comando de Rondeau, quitándole ese arsenal que necesitaba para defender mejor la patria. Así su personalidad se formó en el cruce de los más violentos intereses. En 1815 todos estos intereses se aunaron en su contra: a unos los desarmó con su amor; a otros violentamente los cortó con un golpe de su espada. Se ha dicho de él, como de todos los grandes dominadores, que era sensual, ladrón, tiránico y sanguinario. Todo eso era la voz de los intereses

agredidos, fondo de sombra necesario a la aureola. Para comprender sus sentimientos en aquellos años de su plena dominación, os aconsejo leer su correspondencia con Belgrano, posterior a 1816. Belgrano había sido su adversario y perseguidor en 1812; pero ahora, como jefe nominal del ejército, le escribe profusamente desde Tucumán, aprueba sus resoluciones, encomia su labor, le consuela de sus calumniadores y se muestra rendido a su grandeza: "Ya le he dicho a usted—escribe Belgrano a Güemes—que no haga caso de los mordaces. Cuanto más se distinga usted más ha de tenerlos, porque este es el orden del mundo. Sea usted como la roca firme del mar: las olas la embaten y alguna vez la cubren; pero al fin se cansan y le besan el pie. Así han de hacer con usted sus mismos enemigos, si sigue las huellas que se ha propuesto de restituir a la Patria su tranquilidad, libertándola de enemigos exteriores e interiores."

Y estas eran, por cierto, unas leales palabras en el creador de la bandera. Nadie alentaba ya dentro del país en quien pudiese con-

fiarse como voluntad heroica. Artigas le escribía desde el Uruguay, Pueyrredón desde Buenos Aires, San Martín desde los Andes, y todos, como Belgrano, se volvían hacia él. ¿Qué talismán era el suyo, que así atraía la fe de los mayores, mientras mostrábase más enconada con él la traílla de los ínfimos? Era la seducción de la grandeza. Por eso le escribía él a su vez a su confidente Belgrano estas palabras, propias de los altos varones que sobreviven en la historia: "Dejemos a esa gavilla de ambiciosos que revolotean en nuestra revolución... Trabajemos con empeño... que si las generaciones presentes nos son ingratas, las futuras venerarán nuestra memoria, única recompensa que deben esperar los patriotas desinteresados." Y otra no tuvo, pues falleció en la miseria. Sus hijos, Luis y Martín, crecieron amparados en su orfandad por los gauchos de su hueste, cuando el caudillo falleció, poco menos que asesinado, el 17 de junio de 1821. Murió a la sombra de un cevil, en el bosque, sangrando por la herida de una bala traidora, y dando todavía al coronel Vidt y a

sus gauchos un último mensaje de libertad y haciéndoles jurar sobre su espada que continuarían la lucha emancipadora por él comenzada.

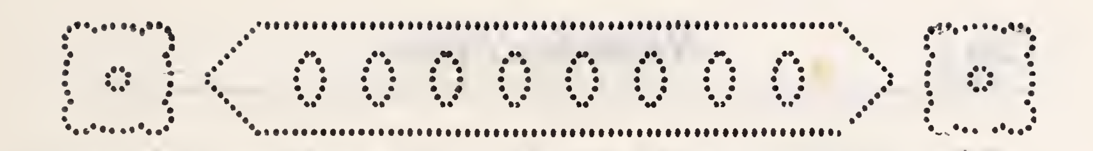
Asperos años fueron para Güemes los que van desde 1815 hasta su muerte; 1815, sobre todo—cuando se retiró de Davi y se coronó gobernador y jefe libre para salvar con su brazo el país—fué el momento que nunca falta en estas vidas excepcionales; hora providencial de los caracteres superiores; choque misterioso en que no se rompe, sino que estalla, en chispas de nueva luz, la voluntad de los héroes. El hijo del hidalgo colonial, caballero del rey que se trocó por obra de la libertad en caballero hostil al rey, se ha convertido ya, no en un gaucho, como se suele decir, sino en un paladín de los gauchos; suerte de Cid americano, con su mesnada y su algarada, con enemigos en Toledo, que es el Directorio, y con corona de señor en Salta, que es su Valencia. Entonces vemos manifestarse en él

la plenitud genial que lo identifica a una fuerza de la Naturaleza, dándole sus secretos; que lo convierte en numen de la montaña y del bosque, haciéndole olvidar el silogismo universitario y la jerarquía social; que viola, si es menester, la transitoria ley escrita para que pueda realizarse la imperecedera ley no escrita; y entonces Güemes, en el hecho rotundo de su misión, se me aparece como el personaje reinante por derecho divino, como ese "personaje reinante" por el derecho divino de su propia excelencia y superioridad, de quien Carlyle ha dicho, para defender las rudezas y demasías de Cromwell: "¡Supo luchar como un gigante, cara a cara, pecho a pecho, con la verdad desnuda de las cosas! Estos, después de todo, son los hombres que se necesitan en los momentos difíciles de los pueblos". Y eso fué Güemes entre sus gauchos, cabir de la montaña que en el trance fatal, violando fórmulas triviales, supo lanzar desde sus cumbres andinas piedras, árboles y hombres, descuajados en galga gigantesca para aplastar a los enemigos de la emancipación americana.

III

SARMIENTO EL EDUCADOR

Oración pronunciada bajo los auspicios de la Universidad de la Plata, en acto público realizado para celebrar el primer centenario del natalicio de Sarmiento (1911), con asistencia del ministro de Instrucción pública, maestros y alumnos de la casa.



Sin duda otra palabra de mayores prestigios que la mía, hubiera debido hacer la proclamación oficial de esta ceremonia, que es de ritual universitario y de apoteosis para Sarmiento; pero en cambio ninguna hubiera podido alzarse en este púlpito laico de la Universidad, tan orgullosa y emocionada por el mandato que traigo, ni tan intensamente conmovida por el anhelo de la cultura americana, ni tan profundamente estremecida ante la sombra del héroe que, a conjuros de nuestra advocación, descenderá esta tarde, en el vívido lampo de su gloria, a esclarecer el ámbito de la sala, sobre nuestras propias cabezas, como el lampo feliz de los soles rurales sobre los frutos y las frentes de una lograda vendimia.

No quisiera, esta tarde, sino volver mi espíritu hacia el lado de las cosas eternas, de donde llega aquella ráfaga gloriosa que ya sentís sonar, para que ella pasara por mi voz estremeciéndola con sus sones misteriosos—como quien entrega el bronce de su inerte clarín a los alientos del pulmón del guerrero, o como quien, gozoso, se abre en raja de roble o grieta de montaña, para que en ella ruja y cante el viento formidable que viene, como un aliento de Dios, del lado obscuro de las cumbres. Pero yo sé que el prodigio de convertir la palabra en sinfonía y la sinfonía en aquilón y el aquilón en soplo eterno, no se realiza con la pobre voz del hombre, ni cabe en el mezquino círculo de mis labios, así os parezcan trémulos de auténtica emoción, como las trompas de un órgano; de suerte que con la sola presencia del alma en la palabra, de la palabra en el silencio, del silencio esculpido por la voz, he de evocar ante vuestros ojos, y en vuestro propio ser multánime, la figura ritual de aquel Sarmiento semejante a un Totem indefinible—Totem de toda nues-

tra raza—cuya cabeza tuvo penetrantes los ojos, como de águila, para vencer el ceño de los déspotas y trascender al porvenir; velludas y apantalladas las orejas, como de simio enorme, para recoger en ellas todos los rumores de la pampa bárbara; ancha y de blandas alas la nariz, como de corcel piafante, para que humeara y resollara por ellas su fornido entusiasmo; potente, como de toro, el ancho cuello, para que rugiera estentóreo por él su grito de victorias y de cóleras; agresiva, como de jaguar indiano, la mandíbula recia, para que pudiese despedazar enemigos su eficaz dentellada; glabra, por fin, la frente, como testa de cóndor—que tal su genio alzara el vuelo victorioso desde la humilde roca andina donde tuvo su nido, rumbo al lejano cielo de las Pléyades, todo eterno y azul como la Patria, donde hoy cierne sus alas.

Yo no sé si os complace este descompasado rumor de mi discurso; esta falta de moderación académica en el ritmo de mi oración; este fragor de entusiasmo que sube del corazón a la palabra; este inflamado lirismo con

que mi alma, al volcarse sobre el silencio previo de la sala, ha resonado, junto a la sombra del excelso maestro, como agua de cascada sobre su peñasco. Excusad en el poeta estas demasías del profesor: yo no sé hablar sino de las cosas que me entusiasman, y el nombre de Sarmiento me conmueve, y amo la patria que él amaba. La tribuna que ocupo es demasiado nueva para tener en su tradición el frío secular de las Salamancas y Sorbonas congéneres; ella es en nuestro país una tribuna de libertad y sinceridad, pues tiene el autorizado precedente del propio fundador, que al defender un día esta casa dijo desde ella que iba a hablaros como hombre, según su corazón y su conciencia, sin adaptarse a ceremonial alguno complaciente o acomodaticio." Yo también traigo aquí la querella de mis sentimientos de hombre, y no creo que por ser día solemne haya debido dejar a los umbrales de este recinto mi corazón de argentino, y la palabra de escritor con que hablo a diario a mis alumnos. No creo tampoco que deba o pueda hablaros de otro modo, en

ocasión como ésta, que por la presencia de magistrados eminentes, por la efeméridés de mayo, por la advocación de Sarmiento, por la entrega de los grados y por la inauguración oficial de los cursos, es ocasión toda entera de la patria, del trabajo, de la esperanza, de la paz, de la democracia, de la ciencia, de la juventud, de la belleza, de la justicia, de la gloria. Ocasión de la gloria, sobre todo, en loor de un genio que así imaginaba, pues no las honras militares que se decretaron a su muerte, ni las honras eclesiásticas que se le han decretado en su centenario, fueron las formas de apoteosis que concibió para su propio nombre; él, que en una de sus páginas más bellas, vetó las glorias del ascetismo y de la iglesia porque las creía estériles, y que sólo salvó de entre los santos a San Vicente de Paúl, porque le consideraba representante de la caridad, "el bien eterno independiente de toda creencia"; él, que en aquella misma página vetó las glorias de la guerra y del poder, porque las creía nefastas, y que al personalizarlas en Napoleón auguró "el día en

que el ridículo del mundo entero caería sobre aquel grandioso cómico dañino, que en la ignorancia del carácter y necesidades de su época—son sus palabras—representó una tragedia latina, haciendo del Cornelio Nepote del Colegio, el libreto de aquella ópera de veinte años con acompañamiento de cañonazos.“ “Ciencia difícil de comprender—llamábale él a la pasión de la gloria—porque no se explican sus principios; arte durísima de practicar, porque impone privaciones, dolores, martirios que todos soportarían, si supieran claramente que ella conduce a vivir siglos en despecho de la muerte, a ser ciudadano y conquistador de gran número de naciones, sin necesidad de derramar sangre, y acaso con economía de la propia.“ Y el inspirado que así hablaba conocía los principios de aquella ciencia y los dolores de aquella arte difícil. La gloria que él soñaba era la gloria de la democracia y de la paz, cuya posteridad está en la escuela. El día de las exequias su féretro fué envuelto, según su propio voto, en las banderas de las cuatro naciones sud-

americanas, a las cuales directamente se ligaba por el amor y la acción inmediata de su propaganda: el Uruguay, Paraguay, Chile y su patria. Conquistador de la gloria por la palabra y el ardor filantrópico de su sangre, comenzaba desde aquel día a ser ciudadano de otras naciones por la gloria, según su propia definición. Sobrevivir en mengua de la muerte, esto era lo que acaso pudo presentir en los días de su vejez, cuando en torno de su corteza rugosa como de roble secular, o de peñasco o de monte—tal Polifemo oyendo el canto de las náyades o un tropel de centauros—, sintió venir del lado del alba el canto de la infancia redimida y el tropel animoso de la juventud.

Un día, aquel hombre que había sido, en las vicisitudes de su áspero vivir, proscripto y prisionero, guerrero y peregrino, tornaba de Norte América a hacerse cargo de la presidencia de la República. El ausente de varios años fué recibido por el pueblo de Buenos Aires en los muelles, en uno de esos entusiasmos histéricos, que la tornadiza popularidad

concede a veces a los hombres de estado. No se ocultó a los ojos de Sarmiento el valor relativo de esa manifestación, que hubiese envanecido a muchos de los que tanto afeaban su pintoresca vanidad. Y cuando al siguiente día, después de los homenajes de aquellos electores reales o presuntos, llegó hasta sus balcones el homenaje de las escuelas, se adelantó para declararlo, conmovido: "La manifestación de la llegada puede enorgullecer a cualquier hombre, pero puede hacerse a veinte personas más en Buenos Aires, en la República Argentina, en la América española, que la merecen más que yo. Pero la manifestación de los preceptores y de los niños de escuela, no es igual. Esta es puramente mía: ésta no la cedo a nadie, porque me pertenece exclusivamente, porque es el resultado de mi obra de treinta años." Esto quiere decir, señores, que sus oídos conocieron, en vida, el coro alado de las bendiciones infantiles; que sus montuosos ojos de abuelo de la Patria pudieron contemplar, en sus últimos años, a su vera, las manos como lirios y las mejillas como rosas en

que el porvenir le anticipaba su premio y en que la tierra nueva florecía, tras su larga fatiga de sembrador. Ese fué el predilecto entre sus últimos amores; por eso los millares de voces escolares, que el día oficial de la conmemoración se han elevado para glorificarle, en las ágoras metropolitanas, en las aldeas del desierto patagónico o en los pueblos de las viejas provincias coloniales—mensaje de la tierra feliz, que iba a conmover de gloria el límite de la sombra—, habrán hecho resplandecer, como el clarión de un cielo tenebroso, el alma vigilante de nuestros héroes.

Permitidme creer, no obstante, que la presente ceremonia excede en trascendencia a todas las iguales del pasado fasto. Yo he frecuentado, con intuición de amor, la obra vasta del héroe, maestro de abnegación y patriotismo para todo argentino. Mi oración de esta tarde es el epílogo de una lenta labor que ha tenido por generosos colaboradores a mis propios alumnos, hoy dispersos entre el auditorio, como para comunicar, por irradiación secreta, confianza en la verdad de mi entu-

siasmo. Ya iréis comprendiendo, pues, por qué mi voz se conmovía y aceleraba su ritmo en el exordio, al sentirme, de pronto, ante la excelsa presencia y medir el honor y la responsabilidad que ungían mi palabra. Melodía creadora, como la potencia de los númenes alfiónicos, tal revelábaseme su alma, cuando, hace pocas noches, hablaba de ella en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Totem indefinible en su fealdad hermosa—Totem de toda nuestra raza—, tal se me ha revelado esta tarde su figura física, al evocarle ante vuestros ojos, efigie tutelar de la ceremonia. Mas no temáis al icono por su fealdad, señoras que enbellecéis la sala con vuestras gentiles presencias y que valorizáis el timbre de mi palabra con vuestra galante atención. No temáis al icono por tal modo evocado, pues tuvisteis en él un paladín de justicia y caballería. El os abrió el camino de la cultura; él os defendió entre la torpeza de nuestras costumbres; él os amó, puesto que amaba la belleza y el porvenir de la patria. La presencia de una mujer hermosa domábale como a

Hércules Onfalia. Su aspereza de guijarro se abrillantaba en cristal; su rudeza de viejo tronco se alisaba en la delicadeza de su flor. La presencia de una mujer hermosa serenaba la línea de su escabroso rostro, como la beatitud de las bellas tardes marinas sonrosa y apacigua la faz solemne del océano...

No fuera menos pródiga su varonil ternura con vosotros, jóvenes estudiantes que me escucháis, aunque debiera ser distinto el símil en vuestro caso. El alma de aquel viejo gustaba y necesitaba para ella el hábito de vuestra juventud, como ese mismo océano ama el soplo ligero, que llega de las tórridas costas cargado de aromas, a conmoverle por dentro las entrañas y embellecerle por fuera su cristal roto y su cándida espuma, que son, en la alegoría de los mitos fluviales, como sus lágrimas amargas y su barba de canas.

No necesito deciros, pues, que bajo la advocación de Sarmiento os encontráis en presencia de un numen propicio. Los que partís esta tarde con vuestros grados, podéis tomarle como maestro definitivo de ciencia sincera y

de vida triunfante. Maestro definitivo de ciencia sincera es, desde luego, aquel autodidacta que fué hacia las cosas, los hombres, los libros, las tierras exóticas, movido por insaciable sed de aprender; que comenzó su carrera descubriendo, por la meditación del desierto y del desorden argentinos, la síntesis de nuestro federalismo, y concluyóla arrojando, como en su conferencia sobre Darwin, miradas curiosas o videntes en los más pavorosos problemas de la ciencia moderna.

Maestro definitivo de vida victoriosa es, igualmente, aquel luchador que iniciara su camino en tan obscuros orígenes, y que, al sentirlo concluir, sintetizara, en una página de álbum, la visión de los días triunfales y de la ancianidad satisfecha: "Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía de mi patria, endurecido en todas las fatigas, acometiendo todo lo que creía bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra, y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de

mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito mucho bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que vendrá en política es la que yo esperé, y no deseé mejor que dejar en herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el territorio, cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé sólo a hurtadillas"... Página hermosa y transpirante de emoción varonil que hace pensar en las vicisitudes externas de su vida poemática y en las visiones íntimas de su conciencia predestinada; página hermosa que os entrego esta tarde, jóvenes graduados, como un talismán, como un ejemplo, como un escudo; sobre todo como un escudo, porque ella recuerda, por su laconismo y su relieve, las figuras simbólicas que aquellas gestas memorables de las armas que los artistas del Rena-

cimiento componían para los Orlandos de los poemas caballerescos, o de aquellas que en la antigüedad greco-latina forjaban los dioses mismos para el brazo de los combatientes elegidos: tal en el canto octavo de la Eneida, Virgilio nos describe, a imitación de la Ilíada, el fuerte escudo del romano de Eneas:

"Talia per clypeum Vulcani, dona parentis
"Miratur, rerumque ignarus imagine gaudet.
"Attollens humero farramque et fata nepotom..."

("He ahí las imágenes que el combatiente mira sobre el escudo de Vulcano, que acaba de traerle su madre. Ignora Eneas semejantes hechos, pero se goza en mirarlos. Y embraza aquel escudo, donde están grabados la gloria y el destino de la raza.")

Mi juventud, señores, no me ha permitido conocerlo y tratarlo, como pude con Mitre. Llegué del interior, donde, como él, he nacido, cuando ya el Ciclope había muerto. La imaginación me ha permitido, sin embargo,

reconstituir aquellas escenas que ponían a la juventud en su contacto, y algo puedo contaros de ello. Los estudiantes del colegio y de la universidad buscáronle varias veces, en sus años postreros, para aconsejarse de su experiencia, para aplaudirle por su civismo, o para confortarse en el espectáculo de su lozana ancianidad. Fueron en 1883 a significarle su adhesión en su lucha por las ideas liberales, que han triunfado con la constitución de la escuela laica y de la familia civil. Habían ido, en 1881, a felicitarle por su natalicio. Volvieron en 1886, cuando cumplió setenta y cinco años. Vecino ya de la muerte, cantaba entonces con mayor fervor a la vida. Recibíales regocijado. Hacía el elogio de la ancianidad gallarda de Gladstone y de la suya. Afirmaba que el cultivo de la inteligencia prolonga la vida. Comprendía la belleza moral de los ancianos ilustres en una joven república. No creyó nunca, sin embargo, que debía tenerse el culto de la ancianidad por las canas, sino por las obras. Admiraba en vidas como la de Pitt la fuerza de una juventud bien razonada.

No pensó nunca, desde luego, que debía postergarse a los jóvenes hasta que fuesen más viejos, porque eso lleva el riesgo de dejarles perderse, como el buen grano de la cosecha en sus hórreos. Sentía la continuidad de la patria en la historia, y contaba sus hechos para que alguno de los mozos que le oían, o todos, la continuasen en lo porvenir. Formidable era, como un monstruo en su cueva, y hablábales, no obstante, como un patriarca en su hogar. Una lágrima le abrillantaba a las veces los ojos acerados, de profunda luz. Un sollozo enronquecíale, no pocas, la nerviosa voz. Una sonrisa dulcificábale casi siempre el tosco labio. Entonces era el hablarles de la situación moral del país, que comenzaba a caer en la venalidad, la del pueblo y la del Gobierno. Tenía esperanza en los hijos argentinos de la inmigración; pero la inmigración, como hecho actual, lo entristecía. Aconsejábales cumplir con sus deberes cívicos; vivir intensamente y noblemente. Acaso, por aquellos días, la hostilidad oficial, activa o pasiva, reducíale a su soledad; entonces, por entre el consejo, solía

gruñir su incorregible alusión: "Imitad mi ejemplo — ¡oh jóvenes! — vivid setenta y un años, por lo pronto, reservados todos vuestros derechos a las eventualidades. Vivid, sobre todo, sin pedirle permiso al jefe de policía, como lo he hecho yo en todos los tiempos". Otras veces, magistrados de bota, en perpetuo esfuerzo de regresión, habían puesto por esos días en peligro la enseñanza y su presupuesto que debiera ser entre nosotros sagrado, y entonces, sin perjuicio del apóstrofe, del argumento o del clamor, contaba a los muchachos su anécdota regocijada: "Un día vinieron a decir a una señora que la vida de su marido se veía amenazada, porque lo había acometido un oso, y ella, sin inmutarse, contestó: "Yo no me entrometo en los asuntos de mi marido, que él se las componga con el oso". A lo cual comentaba: Es lo que pasa en la República Argentina con la educación. Se dice que es necesario educar a los pueblos; mas los gobiernos contestan: "No me meto con el oso". Pero es necesario meterse con el oso, para que el pueblo argentino sea una verdadera

democracia". Pero la última vez, en 1886, su anécdota no fué regocijada, sino grave; fué el episodio de un cuento persa, grave y moral, para que lo oyesen aquellos jóvenes, que iban a sobrevivirle. Su voz debió tornarse ronca y solemne, como la voz de un anciano que va a morir: "Un gran rey de Persia, les dijo, llevaba siempre consigo, en sus excursiones alrededor de Ispaham, capital de su estado, a su tesorero, para premiar las acciones virtuosas que presenciase. —¿Qué hacéis, buen anciano?—dijo a uno que estaba plantando árboles.— Planto, ¡oh rey de reyes!—contestó— planto nogales.— ¿Y para qué plantáis nogales cuyo fruto no alcanzaréis a comer?—Para pagar mi deuda a los que plantaron aquellos cuyo fruto gusté en mi juventud". Y el rey, encantado por tan discreta respuesta, hizo una seña al tesorero para que regalase al anciano con un bolsillo de dinero en muestra de su aprobación. Yo me figuro que en ese instante debió realmente parecer uno de aquellos patriarcas orientales, bendiciendo a su pueblo con el apólogo mismo en que trasmi-

tía, inviolado, el emblema de una sabiduría secular... Así vivió aquel estupendo plantador de nogales, plantándolos hasta la tarde de morir; y es tan enorme la generadora fuerza del bien, que nosotros, todos, los jóvenes y viejos, hemos venido también a plantarlos hoy en el solar de la patria para agradecer el fruto, ahora gustado, a la sombra del árbol que otras generaciones argentinas plantaron, y que además regaron con su sudor y con su sangre.

Con profunda comunidad de inteligencia y de corazón amaba este hombre a la juventud estudiosa de su país; pero no reside propiamente en sus consejos o en su actitud la grandeza religiosa de aquellos momentos en que rodeaba a tal peñasco la marea renovada de las nuevas generaciones. Yo he procurado comprender el secreto de aquella vida. Yo sé lo que él sintiera cuando asistió, siendo niño, a esa plegaria de pastores en la sierra puntana—la escena bíblica que ha descrito en el *Facundo;* la escena en que el viejo gaucho, junto a su hato y su gente, frente a la llanura polvorosa y desierta, pedía lluvia para los campos, multi-

plicio para los ganados, paz para la República. Yo sé lo que él sintiera cuando, cruzado que volvía del destierro para la lucha contra Rosas, pisó por vez primera esta pampa argentina que había descrito sin conocerla, pero que había adivinado porque iba a ser el teatro de su gloria. Yo sé lo que él sintiera cuando en la tarde de amargura se separó de Urquiza, a quien él mismo ha llamado "el gran termidoriano que les guiaba", para partir después de Caseros, cuando ya creía roto su destino rumbo a Chile, camino de su nueva proscripción. Yo sé lo que él sentía; por eso puedo deciros que nada fué tan hondo y bello dentro de su alma como aquellos encuentros casi póstumos con la juventud argentina que le llevaba, como ratificación de su pasado, esa pregusto de justicia histórica, y como certidumbre de nuestro porvenir, esa alegría de fuerzas nuevas: onda que así fundía al héroe con nuestro pueblo, emoción que le hacía temblar en la secreta remembranza de sus propios días y de los nuestros, y levantarse de su alma en aborto, epifanía o insurgencia, y

pasar ante su alma en teoría, cortejo o tropel, y volver hacia su alma en resurrección, evocación o metempsícosis recóndita de las imágenes revividas por el gozo o la pena — todo cuanto sus ojos habían visto, cuanto sus oídos habían escuchado, cuanto habían hollado sus plantas, cuanto habían escrito o realizado sus manos: — hombres, fieras, árboles, tiranías, pueblos, montañas, héroes, ejércitos, corceles, himnos, mares, libros, sangre, esclavos, dianas, gritos, tumbas, lágrimas, banderas—tenebrores y resplandores—todo cuanto había entrado en la realización de su vida homérica y de su sueño gigante—júbilo del peñasco sobre sus aguas remansadas, melancolía de la tarde sobre las dehesas florecidas, potencia de las alas caudales sobre las cumbres de esa montaña de vida que entonces se le aparecía como la pavorosa arquitectura de su propio génesis.

Ya veis, señores, por cuántas vías de verdad, de belleza, de amor, viene esta tarde aquella sombra preclara a presidir nuestra fiesta, que lo es de la juventud, de la patria, de la Universidad.

Derechos tiene para presidirnos en esta colación de grados — vendimia de otras cepas que también plantó — quien pusiera lo mejor de su esfuerzo y de su ensueño en el alma de la juventud. Merécelo Sarmiento, el fundador de escuelas primarias que son, respecto a los institutos de la cultura superior, como la piedra humilde y necesaria del cimiento a las piedras de la cúpula armoniosa y científica. Merécelo él, fundador de colegios secundarios que establecen entre la universidad y la escuela—así esté donde hoy estamos reunidos—una relación como de vasos comunicantes. Merécelo este fundador de colegios nacionales que, como Mitre en Buenos Aires y Urquiza en el Uruguay, los abrió en las ciudades mediterráneas, donde funcionaron, a veces para brillar mejor, en casas que habían sido cárceles y cabildos de caudillos locales, como aquella de Ibarra en Santiago, donde yo estudié; la misma casa donde mi padre había, en tiempos que eran como medioevo de ciudad italiana, sufrido las prisiones de aquella Florencia sin Médicis.

Derechos tiene también para presidirnos en la efemérides de mayo este Sarmiento que viviera como un soldado digno de aquel año 11 trágico en que nació; este Sarmiento forjador de patria, de quien yo mismo he dicho que su genio consiste en haber sido predestinadamente, porfiadamente, inquebrantablemente, y con una desbordante capacidad de inteligencia, de sensibilidad, de voluntad que superan la medida humana, la conciencia viva personificada y agorera de su patria en todas las direcciones posibles del tiempo, del espacio y del espíritu.

Tales derechos le bastarían a Sarmiento para entrar así, triunfalmente, a presidirnos en la fiesta y en los destinos de nuestra universidad, puesto que siéndolo de la patria nos atañen también. Pero es que Sarmiento tiene, además, títulos propios ante las Universidades argentinas, y más ante la nuestra; pues este hombre, que no las cursó, era de aquellos raros ejemplares humanos que no necesitan entrar en la Universidad porque la llevan dentro. ¿Qué era sino llevar la Universi-

dad dentro sí, y especialmente las futuras Universidades argentinas, aquella fraternidad de su inteligencia con sabios como Burmesteir, o como Gould, a quien preguntaba en un discurso solemne: "¿Quién creéis que os estima más que yo en el país, Mr. Gould?" ¿Qué era sino llevar la Universidad dentro de sí, aquella forma personal de extensión universitaria que le esparció en conferencias, en folletos y bibliotecas populares? ¿Qué era sino llevar la Universidad dentro de sí, aquel libro donde expone, al regresar de Europa, todo un sistema de educación democrática como Mann habría de practicarlo en el Norte y él en el Sur, o el otro que él mismo llamó "historia beduína", donde describe el caudillaje y sus guerras, o el otro donde pintó, conmovido como un artista y como un hombre, la humilde casa de su madre en San Juan? ¿Qué era sino llevar la Universidad dentro de sí, fundar institutos superiores como el Observatorio Astronómico de Córdoba, hermano mayor del nuestro de La Plata, erigido aquél con una conciencia completa de su importancia

social y científica; pues nadie le adelantó entre sus compatriotas de entonces a comprender la necesidad de los altos estudios, cuando decía en la inauguración: "Tiempo era ya de que se erigiese un Observatorio Astronómico cerca de una de nuestras más antiguas Universidades, ya que, como lo he visto yo en los Estados Unidos, no hay Universidad ni aun colegio que no ostente un telescopio o reflector como el de Chicago, reputado entre los más completos del mundo"; o cuando hablaba, en medio de la indiferencia, de la oposición o la estulticia ambientes, de que nuestra lengua iba a incorporarse al acervo de los modernos conocimientos científicos por éste y otros esfuerzos análogos; o cuando afirmaba que ese Observatorio venía "a continuar la obra" de ambos Hershell en el Cabo de Buena Esperanza y de Guillis, en Chile, completando así el estudio del cielo austral, que contiene la más rica parte del mundo sideral, como el Norte contiene la más extensa porción del terrestre:—iniciación poderosa en el desinterés humano y la armonía científica,

que son la base de toda Universidad, y que aquel extraordinario vidente había aprendido acaso menos en los libros que en la vida, cuando en sus noches trágicas de proscripto, desde la altura de los Andes, vecino de los cielos, hubiera descubierto, al levantar los ojos hacia la luminosa noche austral, aquella cruz flamígera de estrellas que ha sobrecogido muchas veces mi alma en éxtasis sobre esas mismas cumbres, porque ella fulgura sobre nuestro continente y sobre nuestra patria desierta y hospitalaria como un signo de las cosas eternas que auguran el destino feliz de la democracia, del cristianismo y de la justicia humana sobre esta parte de América.

Separada Buenos Aires de la Confederación, después de Caseros, se alejaba Sarmiento rumbo a Chile, para una nueva y voluntaria proscripción. La nave que lo conducía debía pasar por el Brasil, para descender de allí al Estrecho. Una vez en Río, Sarmiento quiso saludar al emperador, que había sido nuestro amigo en la guerra contra el tirano. El mismo ha narrado, en carta confidencial a Mi-

tre, los detalles de aquella entrevista entre el monarca joven y culto que era entonces Don Pedro II, y el viajero desventurado que no era artista aún, pero que ya había escrito el *Facundo* y visitado aquella Europa romántica del 45. "Estuve con el emperador, quien me recibió con suma distinción, haciéndome mil preguntas sobre nuestras cosas. Preguntóme si yo había estudiado en la Universidad de Buenos Aires, y respondíle que no, que yo era "doctor montonero", como tantos de nuestros generales, lo que le hizo reir mucho..." ¡Ah, señores, si el peregrino que esas palabras escribía en aquella noche incierta de Petrópolis, hubiera sospechado que en el acto más solemne de una Universidad americana iban a ser repetidas, para gloria suya, y por una voz nueva que sabe lo que vale ese su título de "doctor montonero"—grado que si él no se lo hubiera conferido ya, vendríamos—*honoris causa*—a conferírselo nosotros en la colación de esta tarde! Por eso estoy pidiendo a mis entrañas vivas—ya sé que inútilmente—desde que subí a esta tribuna, el

grito de elocuencia que vaya a conmoverle allá en la zona ignota donde mora la sombra de los grandes muertos... Esto si no ha venido ya, por ella misma, la augusta conjurada, o en la brisa que llega del Plata próximo o en la luz que se irradia de la pampa vecina:—luz de la tierra próvida que iluminó sus ojos cuando la contempló labrada y populosa, con la fruición de un artífice que con sus propias manos la hubiese creado; brisa del río epónimo que serenó su frente, cuando pasó por él, una vez a la guerra, otra a la proscripción, otra a la muerte. Haya venido o no, la augusta sombra conjurada, cómo se regocijarían mis musas, si esta tarde quedara consagrada una ceremonia fantástica y singular en los anales universitarios, pero digna de semejante graduando. Acostumbraron en el ejército de Francia, después de que Latour d'Auvergne sucumbió por su patria, nombrar siempre al soldado ilustre en las listas de su regimiento: iban oyéndose los nombres; los granaderos contestaban a cada llamado el "presente" tradicional, y al llegar a aquel nombre del ca.

marada que sucumbió en Oberhausen, la tropa, estremecida, contestaba: *Mort au champ de l'honneur!*... ¡Oh, si todos los años al llegar esta fiesta, mientras se iba entregando cada diploma, la presidencia llamara entre los graduados a Domingo Faustino Sarmiento, para entregarle su título póstumo de "doctor montonero", y que en lugar del grito heroico de los soldados franceses, un silencio de muerte y de gloria sobrecogiera a los estudiantes argentinos para que la augusta sombra conjurada viniera a cernirse sobre los corazones! Pero bien sé que la fantasía no podrá suceder. Aquí las escuelas viven, como prescriben sus reglamentos, lo más prudentemente posible. Escuelas hay en otras zonas del mundo que han alimentado, por lo contrario, sus vidas seculares hasta de ensueño y de ingenuidad, y formado con todo ello su fisonomía, su fuerza, su belleza, su carácter, en el derecho consuetudinario de su tradición.

Hubo, señores, una Universidad en la tierra que confirió a Sarmiento, en vida, título de doctor honorario. Es una Universidad ex-

tranjera: la Universidad de Michigán. Deuda de los universitarios del Sud para con los del Norte de América es aquel acto simplísimo y conmovedor. Hubiera sido injusticia que yo no lo recordara en esta fiesta, al hablaros en nombre de los profesores. Fué un día de 1868, el día del *commencement*, como llaman a la clausura de los cursos y a la entrega de los grados. Fué en la ciudad universitaria de Ann-Arbor, toda sombreada de árboles frondosos, en aquel día de alegría y de sol. Bartolito Mitre, que era en Wáshington el secretario de Sarmiento, testigo entonces de la escena, la ha descrito en una página bella. Yo no podría hacerlo sin repetirle, o sin fatigar vuestra generosa atención. Suyo es, sin embargo, este breve cuadro de su momento culminante, que pasó en una escena análoga a la que esta tarde presenciáis: "Terminada la distribución oficial de los diplomas, el presidente, tomando uno de sobre la mesa, nombró a Domingo Faustino Sarmiento, y dijo que la Universidad de Michigán, deseando honrar como se lo merecía a su digno hués-

ped y señalar con un acto de pública distinción su visita a aquella apartada región de los Estados Unidos para asistir a la fiesta, había resuelto concederle el título de doctor, porque doctores son los que enseñan, invitando a la concurrencia a ponerse de pie para saludar al obrero incansable de la educación en Sud América, futuro presidente de la República Argentina." Y a esto el cronista de aquel día agrega: "Yo les hubiera dicho a los que tanto se han reído del doctorado de Michigán, que se hubiesen hallado presentes en aquel momento en el teatro de Ann-Arbor. Ante el homenaje tributado a la patria en la persona de uno de sus hombres más distinguidos, a más de mil leguas de distancia, entre las aclamaciones del público, los acordes de la música, que ejecutaba el "Hail Columbia", el himno popular del pueblo norteamericano, y los apretones de mano que nos acosaban de todos lados, no hubieran reído, seguramente..." En efecto, señores, aquel doctorado de Michigán fué en vida de Sarmiento pábulo de la mordacidad y el ridículo para sus compa-

triotas; y si la jornada de Ann-Arbor fué un día de gloria para el nombre argentino, los hombres libres de la institución que la realizó, han conquistado ante mi conciencia, cuarenta años después, las cátedras de la Universidad que yo más amo y cultivo: ¡la Universidad de la Quimera!

La nuestra de La Plata, señores, no teme ser también, a pesar de sus disciplinas modernas y científicas, una Universidad de la Quimera. Esto quiere decir que aquí no se teme a la juventud ni a la libertad. Las ciencias que la han unido con la Naturaleza, le han impuesto asimismo esa alianza con todas las formas de la vida. El acto de esta tarde es un augurio, y es la ratificación de aquel ideal. Sarmiento, que fué una forma potente y argentina de la vida libre, lírica y siempre joven, ha entrado esta tarde en nuestra Universidad, pero nuestra Universidad ha entrado, solemnemente, en el espíritu de aquel noble creador... Los institutos de la cultura superior, a pesar del desinterés humano de sus labores, no podrían prescindir de la patria,

puesto que es una forma concreta de la vida en que se nutren, y acaso la más real y premiosa, por ser la inmediación de hechos geográficos y sociales que la rodean, formándole como su atmósfera ideal. La ceremonia de hoy afirma que ella quiere arraigar en las honduras de nuestra historia para vivir mejor, como otros actos prueban que ha tomado del medio todos los elementos que podían nutrirla y desenvolver en ella sus posibilidades científicas y morales. En tal sentido se diferencia de otras Universidades sudamericanas, sin ser por éllo su contradicción, sino su complemento. Yo he sido convertido al universitarismo por ese espíritu de libertad. Comenzó esta conversión una tarde que me paseaba, con un viejo maestro de Oxford, en el plácido parque de "Magdalen College". Había visitado algunas Universidades de la Europa meridional y conocía las nuestras; pero aquel día comencé a descubrir que había en el mundo otra Universidad que no era la policial, la burocrática, la formularia, sino otra más en armonía con

mi vocación y mi temperamento. Debo a esta casa el haber completado esta conversión.

La Universidad teológica ha muerto porque se apartó de las realidades de la vida. La Universidad legalista va en viaje de muerte, también herida por el mismo mal. La Universidad científica ha aparecido en los pueblos anglosajones para reemplazarlas. La nuestra de La Plata, al amparo de esta ciudad hospitalaria y moderna, ha sido la primera en intentar la nueva forma en esta parte de América. Pero permitidme decir que aún aguardamos la Universidad del porvenir, esa Universidad de la Quimera, que concilie lejos de fórmulas y de premios, en una síntesis aún no vista—la verdad, la belleza, la fuerza y la moral—, que son las cuatro formas posibles del espíritu humano.

Venturoso nuestro país, y predestinado también para esa gloria, si entre nosotros ha de realizarse esa Universidad del porvenir. Entretanto, todo nuestro esfuerzo más noble debe ser para nutrir a las que tenemos. El problema argentino de la hora actual no tiene su única solución en la enseñanza primaria,

como cuando Sarmiento lo planteara. Acaso es más bien un problema de educación superior. El destino de las naciones depende, por ahora, más que de sus muchedumbres pasionales, de sus minorías directivas, y de éstas va a depender por mucho tiempo, aun en las democracias. Pero, desde luego, el problema argentino es un problema de educación, y de educación superior, puesto que en él se implica la solución de los otros. Sarmiento lo presentía, cuando al tratar, en una Memoria académica, sobre las condiciones para escribir y comprender la historia, dijo: "Son la inteligencia y la voluntad las que constituyen la asociación, y no la tierra ni la sangre." Exageraba, desde luego, su vigoroso idealismo, al prescindir de la tierra, pero al plantearlos como un problema espiritual, quería decir que eran problemas de educación los de la historia; así, entre nosotros: los más urgentes de la democracia representativa, hoy ilusoria; de la capacidad estética, hoy casi nula; y de la cohesión nacional, aún deleznable. Afrontar esas tres cuestiones es la empresa que se impone

a los maestros de la Universidad, y a la juventud que sale de sus aulas.

Jóvenes graduandos que partís esta tarde a incorporaros del todo en la vida argentina: hace un instante os entregaba el escudo; ahora os ofrezco en ello una bandera por la cual podréis luchar... El escudo que os he dado, Sarmiento mismo lo forjó, como Vulcano el de Eneas. Id a buscar en la propia obra del maestro, cuyo nombre auspiciará desde hoy vuestra carrera, el significado y los orígenes de la gesta portentosa que en ese mismo escudo repujó. Aprended, por ella, que no se llega al éxito sin el trabajo, y a la gloria sin el desinterés. Imponeos, como deber o como ideal, la empresa de continuar aquella gesta. Ante los problemas actuales, id a buscar inspiraciones en aquel numen tutelar, y cuando no las halléis en la doctrina del héroe, halladlas, por lo menos, en la bravura del varón. Os he mostrado el espectáculo de un alma providencial en presencia de la juventud, cuando ésta llegaba hasta él a confortarse, y os he dicho cómo nada era tan pavoroso, tan formida-

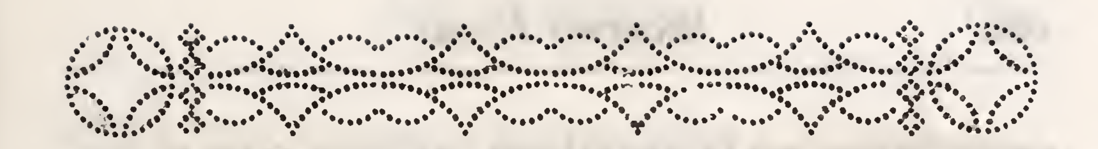
ble, tan bello, como la emoción que conmovía las profundidades de su ser, vuelto de un polo hacia el pasado, que es el tiempo, el dolor, el remordimiento, la tragedia, la carne de la humanidad enraizada en los légamos de la tierra y pugnando por redimirse de su génesis; y del otro polo vuelva hacia el porvenir, que es la esperanza, la eternidad, el ideal, la libertad, el alma de la humanidad tendiendo a la justicia de lo que ha de venir, a la ley de justicia que es ya anhelo, y que ha de ser un día, para todos los hombres, verdad en las representaciones de la inteligencia, lealtad en los movimientos de la conducta, belleza en las relaciones de la sensibilidad. Aquel espectáculo aún podrá repetirse, porque Sarmiento ha renacido en su gloria y porque vosotros sois los mismos jóvenes de ayer. Y cuando volváis a su alma que está en sus libros, veréis la grandeza religiosa de aquellos encuentros que os he mostrado, cuando la marea siempre renovada de las nuevas generaciones, llegaba hasta su corazón, rompeolas donde sentía montar, bramar, cantar, olear, pasar, bajar, montar

de nuevo, por este lado del tiempo, los seres y las cosas de su patria; mientras por el otro lado su genio providencial auscultaba el silencio de Dios, la eternidad de Dios, la inmovilidad de Dios, el misterio de Dios, donde se forja—como en la mente el pensamiento que ha de ser la palabra—los anticipados destinos de las razas, la hecatombe de los continentes, la gloria y las fatalidades de la vida, y hasta la lenta agonía de los astros que fueron alguna vez soles ardientes, y que hoy van, cadavéricos, como la luna yerta y pálida, allá en los negros antros de la noche profunda que no osamos mirar.

IV

PELLEGRINI EL ESTADISTA

Oración pronunciada el 22 de junio de 1921 en la «Biblioteca Pellegrini» del Jockey Club de Buenos Aires, para celebrar la inauguración de la misma, con asistencia de señoras y eminentes personalidades de la política y las letras.



Este que veis aquí plasmado en mármol; éste que veis aquí transfigurado por el arte en efigie inmortal, era en la vida un hombre que en su brazo de maza y en su voz de clarín anticipaba ya los atributos de la substancia heroica. Tenía los ojos relampagueantes en la lucha, cuanto eran tiernos y húmedos para la intimidad del amor; tenía la mano recia en el combate, cuanto era blanda y tibia para el arrimo de la amistad; y al mirarlo pasar con su ancha cabeza leonina y su firme tranco de hóplita, se nos antojaba que iba crujiéndole en el cuerpo la osatura de los gigantes. Los que lo vieron una vez, ya nunca se olvidaron de aquella estampa homérica; los que una vez lo hablaron, ya nunca se olvidaron de esa romántica bondad; y quienes lo

escucharon en la asamblea popular o en el recinto parlamentario, recuerdan emocionados con qué vibración de ideal y de coraje trascendía a las altas esferas de la historia la potencia de su corazón varonil... Yo que lo vi, yo que lo hablé, yo que lo escuché en sus bellos días, vengo a dar testimonio de su grandeza, aquí, en este auditorio formado en buena parte por sus amigos y por los hijos de sus amigos, de cuyas mentes elévase ahora una onda de silenciosas reminiscencias familiares, velando en eco más íntimo la resonancia de mi voz y penetrando como un soplo de resurrección a esta efigie que lo perpetúa quizá con menos vida que la memoria tenaz de nuestro afecto.

Para caracterizar de inequívoco modo la fundación de esta biblioteca y su advocación al nombre de Carlos Pellegrini, este club ha querido que un escritor ajeno en cierto modo a los intereses políticos de la hora actual inaugurase con un discurso esta sala, ya no-

table por el número de sus libros, y que esperamos llegue a serlo por el número de sus lectores. No pude convencer a los caballeros que me honraban al solicitar mi palabra, sobre el desacierto de mi elección; y a ellos les fué muy fácil seducirme cuando invocaron las excepcionales circunstancias del acto a que asistimos. Hablar en una biblioteca es grato siempre para un hombre de libros; inaugurarla, en este caso, es para mí servicio cívico a la vez que alto honor; y evocar la memoria de Pellegrini—de quien fuí amigo por afección hereditaria y admirador por propio discernimiento—es ocasión que nunca hubiera rehuído en esta epoca, cuando su aventajada figura—así la de Sansón entre los filisteos—podía resultarnos confortador ejemplo sobre la capacidad política de nuestra raza.

Complacíale a Pellegrini este culto póstumo por las vidas ejemplares, y él mismo lo practicó en sus elocuentes predicaciones de tribuno. "Estas apoteosis son una resurrec-

ción", decía en 1886 al inaugurar el monumento de Brown en nombre del presidente de la República. "La tumba es un crisol—agregaba—, y al pasar por ella quedan olvidados, junto con el polvo de nuestras flaquezas, todos los errores que fueron humanos, y resurge a la vida todo lo que de puro, de noble y de grande tenía el espíritu inmortal que animó a la criatura humana." En su alma luminosa no cabía el rencor que se proyecta más allá de la muerte, y menos la envidia que pretende hurtar homenajes a nombres que por asenso de gloria han pasado a enriquecer el patrimonio moral de la República. Así lo oyeron sus contemporáneos hablar conmovido junto a las tumbas recién abiertas de Pedernera y de Frías, últimos generales de la emancipación americana, o junto a las tumbas recién abiertas de Sarmiento y de Mitre, próceres civiles de la organización nacional. Así también lo oyeron al inaugurar la estatua de Lavalle, o al inhumar los restos de Lucio López, de Pedro Goyena, de Ignacio Pirovano, ilustres nombres de su misma gene-

ración, que habían dignificado con sus espíritus gentiles la naciente cultura de nuestra patria. Senador o ministro o presidente, cumplía emocionado con ese alto deber de la gratitud nacional, o simple ciudadano, llevaba a las vidas ejemplares su ofrenda de justicia y de cariño, sin averiguar la época ni el partido ni la profesión para complacerse en los humanos errores, sino para saber la medida en que cada una acrecentó con sus esfuerzos el bien, la verdad o la belleza en nuestra incipiente civilización. Pellegrini había sido adversario de Mitre en la revolución del 74 y en el conflicto del 80 y en la crisis de 1890; hartas cosas hostiles había dicho frente a él, de viva voz en la tribuna o por la pluma en la prensa, durante los días del combate, y nadie sin embargo fué más rotundo en el elogio de Mitre cuando los combates pasaron y cuando la muerte vino a demandarle las amnistías de la gloria. Es que sobre la recia voluntad del caudillo privaba en Pellegrini la inteligente concordia del estadista. Él sabía muy bien que la misión del estadista es sacerdocio, magisterio

y judicatura. Tan amplio era el horizonte de su inteligencia, que ninguna forma del servicio civil quedaba fuera de su justicia, y lo mismo los soldados de la emancipación o los ciudadanos de la organización argentina, que López escritor, o Pirovano médico, o Goyena maestro, recibieron la ofrenda de su justiciero homenaje. Bien recordáis aquellas palabras que dijo sobre la tumba de Goyena: "Esta vida de filósofo, dedicada toda ella a aprender y a enseñar, se deslizó ajena a los intereses materiales: cruzó la tierra mirando a las alturas, enamorado de la ciencia y de la verdad, y sin cuidarse de las exigencias del día siguiente, vivió la vida noble, alta y purísima del espíritu. Tócale al pueblo que honrara en vida honrar a su vez su memoria, premiar su virtud y probar que todas las abnegaciones y todos los grandes servicios tienen su recompensa." Y sin embargo de estas palabras, todos sabemos que como partidario de las reformas laicas del matrimonio y de la enseñanza consumadas por Roca y Juárez Celman desde sus respectivas presidencias, Pellegrini había

sido adversario de Goyena, leader con José Manuel Estrada de la reacción católica promovida por aquellas liberales reformas. Es que Pellegrini sabía ser un adversario sin ser un enemigo. La pasión de su brioso temperamento al servicio de convicciones filosóficas, lo llevaba a agredir en las necesidades dinámicas de la lucha, mas nunca al odio perdurable ni al mezquino rencor. No había concluído de pasar el combate, y ya empezaba a enternecerse, o a iluminársele de paz el alma inmensa. Era como el mar aquella grande alma, señores: formidable, encrespada, fatal en la agitación de la tormenta; pero después de la tormenta, mansa, voluptuosa, ondulada, con profusión de diáfanas esmeraldas en la ola, de blancos lirios en la espuma—y si venía la sombra, era de ver cómo temblaban en aquel denso espejo profundo las serenas estrellas de la noche...

Más que un simple hombre de acción al modo de los caudillos sudamericanos, fué Pe-

llegrini un hombre de pensamiento en acción, al modo de los estadistas europeos. Podríamos esbozar su silueta de combatiente en estas palabras escritas por él mismo sobre uno de nuestros grandes civilizadores:

Su vida fué de acción y de lucha, tenía en su panoplia todas las armas; pero su inteligencia, con músculos de atleta, prefería la masa hercúlea, a cuyo golpe terrible saltaba en pedazos la más sólida armadura. En todo momento, ya ocupara la más alta magistratura de su país, o su banca de senador, manejando la pluma del polemista, o en el seno de la intimidad, era siempre el mismo, espontáneo y jovial, de pensamiento vastísimo y fecundo, con un soberbio desconocimiento de lo pequeño y lo ridículo, inmaleable, con un poder de iniciativa no igualada y con una energía y tenacidad inagotables. Le faltaban esas cualidades de seducción que obran sobre el sentimiento de las masas, que caracterizan a los conductores de hombres y engendran la popularidad. Todo su organismo estaba absorbido, dirigido, dominado por su cerebro, que podía, en ciertos casos, no inspirar cariño, pero que imponía admiración y respeto. En el recinto del Congreso, su banca era una cátedra, y cuando hacía oir su voz, todos inclinaban el oído atento, en la seguridad de nutrir su inteligencia en esa palabra que nunca fué pueril o vulgar. Si la pasión lo agitaba, su elocuencia era tormentosa, obscuridades imponentes en cuyos senos se sentía agitarse las

ideas; claridades radiosas de relámpagos iluminaban a intervalos el soberbio cuadro.

Tales palabras, pronunciadas por Pellegrini en las exequias de Sarmiento, forman retrato que conviene tanto al modelo como al pintor, por donde vemos hasta qué extremo ambos argentinos se parecían. Pero hay entre ambos una diferencia: Sarmiento es gigantesco bloque andino lanzado por los titanes creadores de nuestra patria sobre la frente de la barbarie nativa; Pellegrini es ese mismo bloque tallado en figura de estadista por la universidad y por los roces de la civilización europea. Aquél es prohombre nacido de nuestra vieja estirpe hispano-indígena al finalizar la colonia; éste es prohombre nacido de nuestra nueva estirpe cosmopolita al empezar la inmigración, aunque ambos son campeones de raza, prototipos de intensa vida, índices próceres de la estatura que la planta humana es capaz de alcanzar en el propicio ambiente de nuestra tierra. Claro es que Sarmiento, por su copiosa obra escrita, sus variadísimos temas,

sus múltiples funciones y su longevidad, parece ponerse más allá de este parangón; pero si examinamos con acierto los discursos y escritos de Pellegrini, descubrimos en su breve espacio un vasto ideario original que da conciencia histórica a su acción política; todo ello sin contar el espectáculo de pasión y de fuerza que es en tal hombre su calidad estética más indiscutible.

La rica sensibilidad de Pellegrini es la secreta fuente en que se nutría de vida proteica su personalidad. De amor estaba sahumada la virtud de su hogar, donde reinaba como una antigua matrona la noble compañera de su vida; de amor estaba hecha la fraternidad de su partido; de amor el círculo de sus camaradas en la hora del reposo; de amor su actividad en el servicio público; de amor sus defectos, pues a fuer de hombre completo ni siquiera defectos le faltaron, aunque los hacía olvidar con sólo confesarlos, pues nadie se parecerá menos que él a esos estultos que a sí mismos se juzgan inmaculados y perfectos. Son aquellos recuerdos de amor los que en

actos como el de hoy lo rememoran, y los que tres lustros después de su muerte vienen del corazón a mi palabra tan caldeada de afecto como el día en que el amigo grande nos dejó. Por eso habréis de perdonarme que refiera una anécdota personal, no para pavonear en ella mi egolatría, sino para iluminar con ella insospechados rincones de emoción que había en la rara personalidad del grande hombre a quien hoy evocamos. Más de una vez, paseando por el bosque leñoso o por la abrupta montaña, os habrá ocurrido el encontrar—como hoy lo veremos—un escondido rincón donde entre helechos y musgos brota una vena de aguas apacibles: en la húmeda sombra de las cercanías suele pasar de pronto cantando una calandria embriagada por la luz de los cielos.

...Yo era un adolescente sin fortuna, que vagaba soñando con la gloria por los limbos de esta ciudad—recién llegado de aquel pueblo mío donde dejé la tumba de mi padre—cuando Pellegrini me llevó a la redacción de *El País*, iniciándose así mi vida de publicista en Buenos Aires. Había transcurrido más de

un año sin que volviese a hablar con Pellegrini, cuando una noche, en momentos de gran revuelo político, me enviaron a consultarlo en su casa de la calle Maipú, sobre cosas que habrían de comentarse al día siguiente. Salió a su escritorio a recibirme, y una vez enterado de mis preguntas, calóse las gafas en la punta de la ancha nariz carnosa, y sentóse a concretar por escrito ciertas graves cuestiones. Quedó silencioso el aposento: no se oía sino el rasguido de su pluma ligera, mientras yo, sentado al frente en un sofá, me distraía mirando los tejuelos de una biblioteca giratoria cercana a mi asiento. Yo tenía entonces (y no importa saber si he variado) una muy baja idea sobre la cultura literaria de nuestros políticos, y grande fué mi asombro al ver allí un tomito de sonetos de Shakespeare y otro de poesías de Swinburne, ambos en inglés, junto a un libro de Bryce, entre varios sobre la democracia en los Estados Unidos. Confieso que me llené de juvenil asombro, y me puse a pensar con acrecida admiración en el político singular que tenía delante. De pronto se oyó

el golpe de su lapicera tirada sobre la mesa, y al alzar mi vista me encontré con la de Pellegrini, que en aquel momento me dirigió esta inesperada pregunta: "¿Usted es el del poema?" Yo era "el del poema", en efecto; pero no entendí la pregunta, porque el poema en cuestión era mi primer libro, recién entregado al impresor, y no conocido sino de muy pocas personas. Le averigüé de dónde sacaba tan peregrinas noticias sobre autor tan inédito, y Pellegrini me respondió: "Lo he sabido por Joaquín González. Anoche nos han sentado juntos en el banquete a Concha Subercaseaux, y, para no hablar de política, hemos hablado de literatura. El me ha dado noticias de su poema con mucho elogio. Tráigamelo, porque me ha despertado curiosidad". Lleno de turbación bien explicable, le respondí que la obra estaba en prensa; que él no tendría tiempo de atender a aquella cosa tan nimia, y que lo demás eran bondades de González. "Tráigamelo mañana a las diez, aunque sea en los originales o en las pruebas: vamos a leerlo juntos." Salí de aquella casa transfigu-

rado; pasó la noche, llegó el siguiente día, corrí a la imprenta, recogí el manuscrito, lo empaqueté prolijamente, y volví a la casa de la calle Maipú, donde Pellegrini esperaba. Me instaló a su lado en el sofá de la noche anterior; puso el paquete sobre sus rodillas, y empezó a trabajar con la cuerda del envoltorio, que se había apretado en nudo ciego. Yo, nervioso de impaciencia, quise tomar el paquete; él me apartó las manos: "Tenga paciencia, joven señor poeta." Le propuse que rompiera la cuerda: "No, señor—me contestó—, los nudos hay que desanudarlos." Entonces, estimulado por aquella afectuosa familiaridad, me atreví a responderle: "Como la gente dice que usted no sabe desatar nudos, sino cortarlos..." Sonrióse paternalmente; aguzó las uñas, empecinóse de nuevo, separó al fin las cuerdas, diciéndome con aire de triunfo: "Ya podrá usted alguna vez decir que Pellegrini sabe cortar nudos; pero que también, cuando se propone, sabe desanudarlos." (En esos días, precisamente, había cortado otro nudo que no quiso desanudar.) Abrió por

fin el libro, y empezó a leer él mismo, con una voz cadenciosa, íntima, emocionada. En el curso de aquella lectura le anunciaron la visita de algunos amigos políticos a quienes hizo esperar en la sala. Se entretuvo una hora leyendo, dando sus juicios, hablándome de los poetas ingleses, y encareciendo mi vocación pcr el arte. Lo que dijo en elogio de mi libro no interesa al propósito de este relato; pero yo salí de esa visita asombrado de sus buenas lecturas literarias, de sus gustos de artista, de su calurosa ternura de amigo, de su rica sensibilidad. Aquel día nació mi admiración por Pellegrini, fundiéndose con la amistad que heredé de mi padre y que mi madre me enseñó desde la niñez. Y aquella mañana inolvidable de mi vida, comprendí esa doble expresión de la mirada de Pellegrini, cuyos ojos, bajo las cejas montuosas, emboscábanse a veces como fieras acosadas en su cubil, y otras aquella misma cavidad ciliar hacíase penumbra de dulce lago eglógico en cuyo misterio veíase, a sus horas más íntimas, rodar alguna lágrima.

Asoman frecuentemente en la prosa de Pellegrini las muestras de su nativa sensibilidad literaria, no desenvuelta luego en el estudio, acaso porque la abandonó en sus recreos el hombre de mundo o porque la deformó en sus urgencias el hombre de acción. Persistía en sus arengas un poco del desenfado tribunicio de la escuela de Alsina, en la cual se inició a la par de Aristóbulo del Valle, su hermano gemelo en esa generación de elocuentes, a la que Alem, Goyena, Estrada, Gallo, Achával y Sáenz Peña pertenecieron también. Menos romántico que Avellaneda y menos clásico que Magnasco (dos maestros tan llenos de reflexiónen la factura de sus arengas), Pellegrini acentuaba el carácter personalísimo de su oratoria por la reciedumbre y la espontaneidad. Sus verdaderos maestros fueron los oradores ingleses, más atentos a las formas dialécticas que a las formas retóricas del discurso, como conviene al hombre de acción. Si la arenga política sirve para algo, pocas veces en nuestra historia democrática resultó tan eficaz como cuando Pellegrini la empleaba en el

Congreso, barajando áridas cifras de empréstitos y emisiones: así su debate con el ministro Romero, o cuando en el ágora arrebataba los afectos de la muchedumbre; así su última campaña por la libertad electoral. Pero yo deseo, principalmente, señalar que muchas veces la idea tornábase plástica, en imágenes no buscadas, sin que detonasen en sus sobrios discursos oficiales, como el que, siendo Vicepresidente de la República, pronunció al inaugurar el primer dique de nuestro puerto: "¿Cómo decirles mañana que aquí, donde se agitará el colosal movimiento de un gran puerto, había una inmensa playa solitaria, donde el pescador tendía en las tardes tranquilas sus redes primitivas y donde los juncos crecían lozanos, como símbolo de la estagnación y del abandono?" O bien, señores, era otras veces el hechizo del ritmo, que venía cantando del alma en las ondas sinceras de la emoción, como en aquella poética despedida a los restos de Pirovano, su amigo de juventud: "Hoy nos despedimos para siempre, al declinar la tarde, triste tarde de otoño en que

miramos el camino cubierto de hojas marchitas que fueron verdes y lozanas, gris y obscuro el azul del cielo, y en la que sentimos nuestro cuerpo estremecido por ráfagas heladas que descienden de lo alto, donde se cuajan ya los hielos del invierno cercano." Eran estos pasajes— vosotros bien lo recordáis—, eran estos pasajes vibrados de nostalgia, los que solían resonar mejor en su voz quejumbrosa, que a veces subía del abismo viril de su pecho como cargada de sollozos.

Este hombre tan lleno de las cosas sentimentales del Norte, que le llegaban por el atavismo de una abuela inglesa, era a la vez un buen latino, lleno de las cosas del Mediodía, como que su patronímico mostraba en él otra herencia: la de un abuelo italiano; y puesto que era hijo de padre francés (el ingeniero, pintor y publicista que vino a Buenos Aires en tiempos de Rivadavia), completábase el cuadro genealógico de un cosmopolitismo coincidente con el de la renovada estirpe porte-

ña, dándonos, en su propia excelencia individual, una prenda de esperanza sobre la fecunda fusión de razas que realizamos en la tierra argentina. Pues Buenos Aires fué el crisol, y en ella ha de buscarse (por su alimentación carnívora y su atmósfera electrizada) la explicación de ese tipo nuevo que Pellegrini cifró en su patriotismo y en su carácter, pues supo ser "el gringo", como le llamaban cariñosamente sus amigos, y a la vez el argentinísimo paladín de nuestros ideales más modernos. Desde los días de su adolescencia ya se había manifestado como una fuerza genuinamente porteña de talento y de vida. Desbordábale del hercúleo cuerpo el juvenil vigor que se le desparramaba en riña o en risa. Así nos lo presenta su compañero Miguel Cané, cuando éste en su *Juvenilia* (uno de los libros más íntimamente nuestros y más sencillamente bellos de la literatura nacional) evoca sus recuerdos del Colegio de Jacques, donde ambos fueron alumnos. "Conocíamos también en el Colegio—dice Cané—la existencia de un café clandestino donde se reunían a jugar al

billar Pellegrini, Juan Carlos Lagos, Lastra, Quirno y Terry, a quien Pellegrini corría todas las noches hasta su casa, sin faltar una sola a esta higiénica costumbre." Así entró Pellegrini en la vida, según la idiosincrasia de nuestro carácter nacional, tomando a la vida simultáneamente como un deporte saludable y como una empresa heroica.

Para saber de qué manera se mezclaban en su alma la gravedad del pensamiento político y las cosas jocundas de la tierra, nada hay como leer ese fragmento de sus Memorias que se llama *Treinta años después*, cuando recuerda sus días mozos de alférez en la guerra del Paraguay. Juzga aquel gran acontecimiento como un verdadero historiador, y a la vez describe los bellos paisajes y las precarias distracciones en que el joven alférez se vengaba de las duras jornadas castrenses. Esa página es revelación acabada del temperamento de Pellegrini, soñador y activo, y, asimismo, prueba perfecta del escritor que se ocultaba en él. "Caía la tarde de uno de esos hermosos días del invierno paraguayo—dice Pellegri-

ni—y llegaba el momento en que la Naturaleza se adormece en medio de los esplendores de una puesta de sol casi tropical. El bosque frondoso llega hasta las márgenes del río, cuya corriente iluminan los últimos rayos de sol, cubriéndola de escamas movedizas, plateadas, rojas, violetas, y en la orilla, donde se recogen a dormir las cigüeñas y los güirapitás, se refleja en el agua una faja verde de variados matices. El claro tierno de los alisos se destaca sobre el obscuro del timbó; grupos de palmas levantan sus columnas esbeltas y agitan al viento su airoso penacho, trazando aquí y allá una caprichosa curva; los largos tallos de las cañas se mecen con murmullos cadenciosos; entre los verdes y enormes helechos pone el ceibo su nota roja; las lianas, las enredaderas trepadoras y las orquídeas salvajes cubren de tiernas hojas y de flores brillantes y variadas las ramas y los troncos secos, como si quisieran ocultar la presencia de la muerte en medio de tan desbordante cuadro de vida." Con un poco de más nitidez en el arabesco y de menos vacilación en el dibujo

este paisaje, sin duda notable por su vibración de luz y de sentimiento, podría ser una página magistral. Se siente orgullo de pensar que tan noble artista haya sido en otro tiempo ministro de Estado y presidente de la República, continuador, hasta en la cultura literaria, de la tradición que en el Gobierno dejaron aquellos políticos-artistas que se llamaron Mitre, Sarmiento, Avellaneda, sus ilustres predecesores. En esas puras escondidas aguas de su sensibilidad estética nutríase Pellegrini, como se nutre en aguas subterráneas el secular lapacho de nuestras selvas, que siendo leña dura en su tronco, suele ostentar en su áspero ramaje sonrosadas flores.

Llena está de sorpresas y contrastes la compleja personalidad de Pellegrini. Son tan hermosas como el paisaje transcrito otras páginas en que describe la caída de la noche sobre las riberas del Paraná, o a Corrientes la blanca, tendida con indolencia tropical entre sus naranjales florecidos, u otras en que, con breve trazo goyesco, retrata a las chinas de la tropa, mujeres apenas femeninas que seguían

al antiguo ejército del Paraguay, o a las negras cubiertas de colores chillones para contrastarlas con el retrato de la correntinita joven, mimada por los oficialitos porteños y modelada por Pellegrini—treinta años después!—con picaresca voluptuosidad y con pluma de verdadero artista: "Una correntinita joven—dice—entre amarilla y rosada, color durazno amarillo, fresca y limpia, con su cara de luna llena, ojos negros, una boquita roja que al sonreirse mostraba un puñado de mazamorra, sus largas trenzas cuidadosamente peinadas, sus senos duros, puntiagudos, insolentes, de donde colgaba como de una percha la camisa blanca y limpia, único adorno de su busto rollizo y flexible, su pollerita sencilla y corta, que mostraba sus pies gorditos y chicos como sus manos: todo esto era un ensueño, una visión que embriagaba, haciendo olvidar palacios y banquetes; y esos soldados, fascinados, corrían a poner a los pies de la diosa todo lo que poseían: sus diez y nueve años, un corazón entusiasta, una espada virgen y un mar de promesas e ilusiones. Cuán-

tas veces al amoroso entusiasmo sucedía un amargo desencanto, cuando se recibía por toda respuesta, en aquella tonadita guaraní que las hacía más deliciosas, la terrible sentencia remedo de la que Dante leyó sobre la obscura puerta: "¡Sin esperanza, ché, andate!"

Así era Pellegrini, señores, un hombre total, un porteño genuino: inteligente, sensible, alegre, activo, generoso. De ese fondo de salud vital provenían su sinceridad en la palabra, su franqueza en la acción, y de ahí su movido temperamento. Soñador indolente en sus horas de reposo, parecía un jaguar dormido en la siesta del bosque; sensitivo artista en sus páginas mejores, parecía, tras de las verjas del estilo, un jaguar que paseara su pintada piel dorada por el sol; combatiente sañudo en la política, era ya el jaguar furibundo que desenguantaba la garra para despedazar al adversario.—Estaba un día en los salones de esta casa, tal vez echado en su diván como un sibarita, cuando vinieron a decirle que una

multitud, azuzada por otros desde la sombra, asaltaba en aquel momento su hogar: alzóse briosamente, y corrió a defender lo que más quería. Yo lo vi aquella tarde; yo lo vi, señores, llegar a la esquina de Tucumán y Maipú, como un Aquiles desarmado; abrirse brecha a puñetazos entre la pandilla soez; franquear su umbral y cerrar su puerta, sin que nadie osara detenerlo; sonó luego un tiro en el alto balcón, y esa muchedumbre de bravos se dispersó por la ciudad... El prosista que escribió las pintorescas páginas de *Treinta años después;* el orador que pronunció elegíacas oraciones en tumbas de amigos; el hombre de mundo que fundó esta casa, era, señores, el mismo hombre que movido por un ideal argentino acompañó a Avellaneda y al Congreso de 1880, domando el sentimiento de su propia provincia; el mismo que aceptó la dirección del país en medio de la borrasca en que se inmoló a Juárez Celman; el mismo que apagó el fuego de nuestras últimas convulsiones civiles, pisando con sus pies la ardiente lava derramada del cráter que se abrió el 90;

el mismo que compartió con el general Roca la jefatura del Partido Autonomista Nacional durante la época de mayor progreso que haya tenido la República; el mismo, en fin, que dió estómago, corazón y pulmones al embrionario organismo de la economía argentina, cuando inauguró en las playas juncosas de Buenos Aires el primer dique de su vasto puerto, y cuando erigió sobre ruinas financieras el Banco de la Nación, venciendo la desesperanza de todos, y cuando creó la Caja de conversión para estabilizar nuestra moneda, enjaulando, como él dijera, a "ese animalito dañino del agio" que chupaba sangre de obreros al salario.

En presencia del estadista infatigable y de su obra esencial, digo que para encontrar un hombre que se le asemeje, debemos buscarle sus pares en las democracias más adelantadas de la tierra. Se parecía a Disraeli por sus gustos mundanos; a Lloyd George por su realismo eficaz; a Gambetta por su abnegado patriotismo; a Clemenceau por su inteligente

energía. Como Clemenceau en su patria, Pellegrini fué llamado "el tigre" en la suya. Sus admiradores lo compararon en vida con el yankee Roosevelt, a quien sin duda se parecía en el vigor fecundo y en el salto audaz, pero creo que la fuerza del nuestro era más elegante, mediando entre ambos la diferencia molecular que hay entre el hierro y el acero. Sobre Pellegrini pesó la desventaja de actuar en una democracia menos evolucionada que la del Norte, cuyas virtudes preconizó en notables correspondencias a *La Nación*, sin ocultar los defectos, pues no era Pellegrini hombre que ciegamente admirase lo extranjero para copiar, sino pensador que discernía y creaba. Así fundió en un nuevo tipo—en un prototipo criollo—el sentido práctico de los ministros sajones y el talento idealista de los parlamentarios latinos. No era un simple hombre de acción, ni un teórico de la política, según ya lo dije, sino un pensamiento político en acción. Utilizó para su obra todas las tribunas de la democracia: el foro, el mitin, la prensa, el salón, sembrando ideas a su paso

y fundando sus actos en una doctrina por él mismo explicada. No hubiese comprendido que se pudiera gobernar a un pueblo libre sugestionándolo con la estatura y con el silencio. A la estatura prócer la tenía, mas prefirió sobre el silencio la palabra inteligible y creadora. Su claridad nada musulmana, tan neta en la frase como en la conducta, según convenía a su mente aria y a su cultura científica, apartábalo de todo mesianismo brumoso. Así llegó a hacer de los problemas económicos la columna dorsal de su política. Iba superándose en plena madurez, cuando la muerte lo sorprendió sin haber concluído la jornada. Había comprendido que la política en nuestro país no podía seguir siendo empirismo gaucho ni fanatismo oriental. Con su último programa de libertad de sufragio y de reformas obreras, se había acercado ya del todo al pueblo, que empezaba a reconocerlo por uno de los suyos, cuando cayó sin vida en los flancos de su montaña... Desde aquel día infausto de su muerte, estamos como si una gran luz se hubiera apagado en el hogar de nuestra patria.

Ya veis, señores, si es justo poner el nombre de Pellegrini al frente de una biblioteca, puesto que él mismo fué, como todos los verdaderos estadistas y a diferencia de los simples demagogos sudamericanos, un hombre de libros. Es, además, autor de un libro, el volumen de sus *Escritos y discursos,* que tengo aquí sobre la mesa y que en la edición de Muro ha quedado como el mejor esclarecimiento de su espíritu y de sus actos. Son palabras impresas o pronunciadas en los momentos de la acción, tan coherentes en el ideal como en la forma, y al releerlas en su conjunto se nos aparecen hoy como la confidencia póstuma de una vida admirable. En este libro explica su filiación partidaria, desde su milicia inicial en el autonomismo de Alsina, hasta la rotura de su larga amistad nacionalista con el general Roca; en él refiere sus andanzas, desde su viaje de guerrero a las selvas del Paraguay, hasta su viaje de estudioso a Estados Unidos; en él expone sus propósitos, desde su política de protección a nuestras industrias nacientes, hasta esos atisbos de re-

forma social, verbo de sus últimas meditaciones, cuya luz soslaya su frente profética con reflejos del incendio que hoy se levanta sobre la tribulación social del mundo entero. Con ojo de águila, vió desde lejos la crisis universal en que hoy nos debatimos. En páginas previsoras, que dan actualidad a su figura, vaticinó una mayor estabilidad para los pueblos de instituciones democráticas y de mejor cultura o de más justicia social, como lo estamos comprobando en Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos, y un desastre violento para los pueblos menos evolucionados, como lo estamos comprobando en Rusia, donde su vaticinio también se ha cumplido.

Ah, señores, yo sé que Pellegrini se preparaba para una alta empresa cuando la muerte vino a malograr su esperanza. De no saberlo por otros motivos, lo sabría por estas páginas de su libro copioso. Aqui está aquel discurso que pronunció en el Senado de 1881, cuando dijo que con el amor solidario del genio de las provincias y con la ayuda de la Nación a las provincias más pobres, se haría la grande-

za de nuestra nacionalidad; aquí están las estoicas admoniciones que en 1892 dirigió a la juventud argentina en la Facultad de Derecho, apercibiéndola para las empresas difíciles de la hora que hoy vivimos; aquí está la carta histórica que en 1902 escribió a don Indalecio Gómez para detener la propaganda hostil a Chile, compartiendo con Emilio Mitre en tal actitud la satisfacción de haber contribuído a evitar la guerra con un pueblo hermano, y orientando la opinión nacional hacia rumbos de concordia para con todas las naciones del continente; aquí está la arenga parlamentaria que después de la revolución del 4 de febrero pronunció en 1906 sobre la amnistía de los militares sublevados, a la cual prestó su voto, pero fundándolo en lapidarios conceptos que han quedado como un catecismo de honor en nuestro ejército; aquí están las confesiones en que declara cómo aconsejó a don Luis Sáenz Peña la entrega del ministerio del 93 a del Valle, para que el país experimentara cuanto antes la contraprueba gubernativa de los programas revolucionarios;

aquí están sus correspondencias de 1905, enviadas desde Washington a *La Nación*, en las cuales se lamenta de nuestras simulaciones electorales, augurando la gloria de los héroes fundadores para la generación que fuese capaz de instaurar lealmente en nuestra República el imperio de la moralidad cívica mediante las instituciones democráticas; aquí está, frente a los intereses creados de la industria extranjera, el esclarecimiento de su doctrina proteccionista, que nos ha permitido bastarnos a nosotros mismos y ser exportadores industriales durante la última guerra; aquí está, en fin, la postrer llamarada de su talento: aquel proyecto que en 1905 envió a la revista del doctor Zaballos sobre *Organización del trabajo*, mediante un sistema jurídico de sociedades anónimas mixtas de patronos y obreros, con iguales riesgos y ganancias en la industria, proyecto análogo (aunque más avanzado) al que el ministro Labriola, después de la última crisis ataliana—quince años después que Pellegrini—acaba de presentar al Parlamento de su patria... Había estudiado la cues-

tión en Europa y en Estados Unidos, previendo la catástrofe que para todo el mundo se avecinaba; trató de ella con el presidente Roosevelt y con Samuel Gompers, presidente de la Federación americana del trabajo; levantó encuesta entre los dirigentes del obrerismo yankee: un cigarrero, un tipógrafo y un mecánico, de quienes habla con elogio en sus ya citadas correspondencias a *La Nación*, y así llegó a la convicción extrema, explícitamente declarada en su libro, de que era necesario prevenir la catástrofe por la conciliación industrial, cerrando el ciclo fatal de las huelgas y de las reacciones violentas. Tanto abarcaba su visión política, según esa última definición de su pensamiento, que para Pellegrini la reforma económica era un problema de educación obrera; el progreso democrático, un problema de emancipación económica; y ambos, el necesario rescate de la civilización en peligro. Con esa nueva antorcha iba alumbrándonos el camino, cuando la muerte lo derribó en los flancos de su montaña... Razón tenemos para decir que desde el día de su

muerte, es como si una gran luz se hubiera apagado en el hogar de nuestra patria.

En medio de la penumbra, voces veladas por la nostalgia cuchichean a veces recordándolo con ansiedad, y se preguntan qué pensaría, qué diría, qué haría Pellegrini si resucitara... Los poetas, señores, suelen ser gente avisada en las cosas del amor, tanto como en las cosas de la muerte, y yo creo saber algo de lo que Pellegrini haría si ahora mismo se apareciese entre nosotros.

...Vendría desde allá lejos, sonándole en el cuerpo redivivo la osatura de los gigantes; enderezaría a esta biblioteca, gozoso de hallarla con su nombre, pues vería que sus leales amigos del Jockey no lo han olvidado; avanzaría en esta sala entre las miradas cariñosas de todos; ascendería, con su ancha cabeza leonina y su firme tranco de hóplita, al estrado habitual de la tribuna; me pediría con su voz a la vez imperiosa y afectuosa este libro de sus escritos que tengo aquí sobre la mesa, y, para responder a las inquietudes de vuestro pensamiento, se pondría a glosar esos pasajes

proféticos a que me he referido, en los cuales anticipó consejos sobre los más graves problemas de la hora actual. No omitiría ni siquiera las proposiciones que pudieran seros desagradables, porque tal era la franqueza de su culto por la verdad, que no se privaba de contradecir, aunque lo silbaran, y antes le gustaba que lo silbaran, como alguna vez le ocurrió, probando en ello el temple de sus armas. Tampoco evitaría las muestras de su optimismo, que le brotaba del alma fuerte, y que él solía derramar por entre las guijas del infortunio como fresca agua montañesa que va cantando entre las piedras. Así os leería, por ejemplo, aquellos confortadores avisos sobre las oportunidades de nuestra América en el siglo xx y sobre el venturoso destino reservado a nuestra raza en América. Luego, como quien envuelve las aristas de la pasión personal en los suaves paños de la meditación filosófica, os hablaría sobre el éxito azaroso de la acción pública, y sobre las causas impersonales que hacen de pronto a un hombre el resultado de fuerzas históricas o colectivas disper-

sas en los senos del tiempo y de la sociedad; hasta que, finalmente, abriría en la página 123 este libro de sus *Escritos*, y leería esta sentencia de verdadero filósofo: "Los hechos, cuando se producen, se atribuyen casi siempre a una acción personal inmediata, porque cedemos a la necesidad de personalizarlos para explicarlos más fácilmente, y nuestra inteligencia no tiene poder bastante para penetrar en el pasado, y seguir el misterioso desarrollo de las causas lejanas. Hay fuerzas superiores que combinan los sucesos, que mueven a los hombres y las cosas, según su varia índole, en el inmenso tablero de la vida, preparando para una hora dada las soluciones definitivas; y los hombres que se hallan en la escena en ese momento son los que generalmente asumen la responsabilidad o la gloria de acontecimientos a cuyas causas superiores y anteriores fueron ajenos. No es esto mero fatalismo que suprime la acción humana por inútil, sino principio de justicia, que la hace solidaria a través del tiempo, enseñándonos que nuestro esfuerzo actual sólo prepara la

historia del día siguiente, pues la de hoy ya fué hecha por actos pasados."

Y al concluir esta profunda sentencia, cerraría bruscamente el libro, diciendo con una de sus habituales humoradas: "Pero dejémonos de política, mis amigos, y vamos a conversar con las señoras." (Porque era Pellegrini un gentilhombre, señoras, y creo que en su cortés estimación por vuestra belleza y por vuestro ingenio, certificaba, tanto como en su franqueza, los mejores quilates de su hombría.) Saldría luego de este salón con vosotras, e iría por el vestíbulo del club, silenciosamente y un poco triste, hasta la *Diana* de Falguière, por él traída a la casa, para que ante ella descubrieseis el símbolo de su alma compleja, puesto que aquella venatoria diosa de las flechas mortíferas y de los fieros lebreles que despedazaron a Acteón, era a la vez la diosa de las armonías nocturnas y de los bosques donde las driadas, a la luz de la luna, retorcían sus blancos bustos en el agua azulada de las fuentes.

V

AMEGHINO EL SABIO

Oración pronunciada bajo los auspicios de la Sociedad Científica Argentina, en acto público presidido por el Ministro de Instrucción Pública, realizado para honrar la memoria del sabio en el primer aniversario de su muerte (1912).

El sabio cuyo nombre rememoramos esta noche ha dejado a la posteridad la gloria múltiple de su existencia esclarecida en las devociones de un nuevo civismo, en las disciplinas de una nueva moral, en los hallazgos de una nueva sabiduría.

Vivió este sabio en el retiro de su gabinete o de su hogar, trabajando con alto amor heroico, y labrando los predios de la patria en labranzas sin lucro, para fundar el edificio de una ciencia argentina sobre el cimiento milenario de la pampa natal. He ahí, señores, por qué Ameghino ha sido el avanzada valeroso de una nueva conciencia civil.

Vivió asimismo en el retiro de su gabinete o de su hogar, con el alma entregada toda entera al ansia religiosa de la verdad o del bien,

pero sin otra disciplina que esa justicia superior de las conciencias libres, tan ajenas al miedo de los castigos divinos como a la vil fascinación de las recompensas humanas. He ahí, señores, por qué Ameghino ha sido el avanzada valeroso de una nueva conciencia moral.

Vivió, por fin, en el retiro de su gabinete o de su hogar, clasificando el hueso arcaico que su afán encontraba, intuyendo en libérrima genialidad el enigma perpetuo de las cosas y rectificando a sus grandes predecesores o rectificándose a sí propio, si fuera menester, en la renovación siempre posible de toda cosmogonia. He ahí, señores, por qué Ameghino ha sido el avanzada valeroso de una nueva conciencia científica.

Hombres que así presentan en su genio la integridad de la belleza platónica, promueven mi simpatía; y siento que sus glorias nobilísimas ofrecen ámbito de vuelo para las alas de los más nobles entusiasmos. Almas como la de Ameghino se alzan en la negrura de la muerte, singulares y excelsas, al igual de esos

mármoles helénicos que en la genuflexión activa del *Discóbolo* o en la erección serena del *Narciso* plasmaron sus figuras por el difícil equilibrio de sus múltiples fases en la armonía bella de una sola actitud.

Admirador de Ameghino, y con la filosófica admiración que así confieso, no hubiera podido eludir la invitación, para mí honrosa, de la Sociedad Científica Argentina, que me cuenta como socio en su seno y que ha querido señalarme un lugar en la tribuna eminente de esta ceremonia. Al lado de dos sabios naturalistas como Holmberg y Gallardo, que mostrarán con la técnica de las ciencias que estudian la naturaleza visible, el sistema geológico, paleontológico y antropológico de Ameghino, mi oración no será como exordio de aquéllas, sino la revelación de esa armonía recóndita que percibo en su genio. Tal es, señores, el pensamiento humilde que traigo esta noche, para dejarlo en estas páginas, sobre las aras del penate nuevo, como el laurel simbólico de una ofrenda.

En la agregación de los esfuerzos humanos que han creado las patrias y la civilización, conviene siempre descubrir a los arquetipos que van labrando las formas venideras de la cultura; pero conviene también no obscurecer por sectarismo alguno a los arquetipos que prepararon el presente. Aplicar a Ameghino ese criterio es aplicarle a él mismo su ley de genealogías; es medir su grandeza de fundador científico y aquilatar a la vez sus altos méritos de ciudadano dentro de la evolución argentina.

Héroes fueron, y héroes vaciados en el más puro molde clásico, los misioneros y conquistadores que transplantaron a nuestro país la lengua de Castilla, el idioma transformado del Lacio, cuyas voces traían como un río las aguas de la fuente en sus ondas, el espíritu de la civilización greco-latina. Ellos lucharon hasta fijar esa lengua en América, y dieron a estos pueblos, después de cruenta y secular hazaña, un elemento caracterizante de nuestras futuras nacionalidades. A tales héroes se vinculó Ameghino, por haber escrito la parte

fundamental de su doctrina científica en el idioma cívico de su país. En castellano están escritos *La antigüedad del hombre en el Plata*, *La filogenia*, *Los mamíferos fósiles* y *El Credo*, que en 1880 y años sucesivos marcaron los momentos capitales de su evolución intelectual. No recurrió a otras hablas sino por excepción, y esto en la necesidad caballeresca de ciertos lances o en la cortesía ineludible de ciertas comunicaciones que son como la urbanidad de las academias internacionales. Fueron ejemplo de ello su monografía *Sur l'évolution des dents des mammifères*, en la Academia nacional de Córdoba, o su polémica de 1892 con Burmeister, *Sur quelques genres de mmamifères fossiles*, en la cual ambos hombres de ciencia, con ese *genius irritabile* que se suele atribuir a los vates y que más parece condición de los sabios, exasperaron hasta la disputa el tono de la controversia. *Jamais je n'aurais cru qu'un homme de science de sa taille et de ses antécédents*—decíale Ameghino a Burmeister—*put descendre à des insultes personnelles aussi grossières que*

celles qu'il m'adresse dans presque toutes les pages de ce travail, sans réflechir que les insultes ne sont pas de raisons scientifiques... Pero esto, como digo, no fué sino excepción en su carrera. Necesitaba, por lo ménos, hacerse comprender de sus corresponsales extranjeros o de su gran adversario, quien desde su puesto oficial publicaba sus obras en francés. La regla fué que no desvinculara sus grandes libros del núcleo ideal de nuestra raza, y semejante actitud resulta más edificante en este hijo de progenitores extranjeros y más significativa en nuestro medio científico, que a veces extravía sus explicables desconfianzas en las rutas de una engañosa poliglotía. Es que a él no le halagaban las vanidades de la hora, y supo a tiempo que la senda seria de las ideas no está en el esnobismo profesional y oportuno, sino en la observación paciente y en la profunda meditación, cuyo lenguaje arranca de las entrañas mismas de nuestro ser, y cuyos ecos todavía suenan cuando en los labios ha dejado de sonar. El intuía ese misterio de la vida que liga los individuos a

los órdenes, las almas a las razas, y que en la escala de los seres se cifra en la expresión de los idiomas, desde el esmerilado chirrido de los grillos hasta la voz alada de la poesía. Dan testimonio de esa sólida conciencia verbal su estudio sobre *El lenguaje*, que truncó la muerte, y las repetidas declaraciones de sus prólogos, cuando se excusa por la forma de sus libros, que él hubiera deseado más correcta y más bella. Y a fe que no le resultara estrecho nuestro idioma, aun cuando fuera enorme su pensamiento y escasa su maestría en las letras. Pero así vestida, ha recorrido el mundo su doctrina, en otras lenguas traducida y comentada. Es una lección hermosa y una demostración concluyente la que ha dejado a nuestros jóvenes sabios, algunos muy desdeñosos para con nuestro idioma. La fuerza de los léxicos muy ricos no reside en ellos sino de un modo latente, y está más bien en la fuerza de quien los maneja. No pocas veces la insuficiencia que les atribuímos es una manquedad de nosotros mismos. Creemos una nación poderosa, y el castellano se impondrá en

el mundo. Creemos una ciencia respetada, y del mundo vendrán a aprenderlo para abrevarse en sus fuentes. El caudal de sus voces sólo es la sustancia plástica que debemos manejar, según nuestra técnica y nuestro genio, como el modelador la informe docilidad de su arcilla, y el músico la potencia de sus escasos sonidos. Así Ameghino venció por su genio, su maestría escasa de escritor, y halló expresión feliz en el idioma de Santa Teresa. No es esta la oportunidad de formular un más explícito elogio del castellano como órgano expresivo de las ciencias modernas; pero sí lo es de señalar, a propósito de ello, el alto mérito civil de Ameghino, que, al cultivar sus ciencias en ese idioma, trabajó por el prestigio futuro de nuestra patria y se vinculó a la proeza de nuestros primeros civilizadores.

Héroes fueron también, y héroes vaciados en el más puro molde clásico, los paladines de la emancipación que fundaron la patria sobre el solar nativo. A tales héroes se vinculara Ameghino, por el campo tomado para sus investigaciones y su ciencia. Aquellos paladi-

nes derribaron las formas de una injusticia política; pero al mensurar la patria con sus jornadas homéricas y marcarle por límite las cumbres y los ríos que enrojeciera su sangre, no sólo entregaron la tierra emancipada a todos los regocijos de la libertad, sino a todas las responsabilidades de la civilización. Grandes han sido los padres en la epopeya; pero el único modo de merecerlos, fuera seguir su hazaña, prolongándola en todas las posibilidades del ideal que ellos crearon. Ameghino supo afrontar su parte de deberes en el colosal acervo de la obra colectiva y en las pacíficas labranzas de la heredad común. Venido al mundo con vocación científica, fué hacia el misterio de la naturaleza, pero estudiándola en la porción de la tierra que sus ojos de sabio veían y que su alma de ciudadano reconocía por su patria. Hubiera podido ser un hijo adoptivo de la ciencia europea, pero optó, cuando se hubo vigorizado a sus pechos, por enriquecerla con una de las múltiples revelaciones que al universo escondía en esta parte mal conocida del mundo. Así pudo llegar,

dentro de las ciencias naturales, hasta donde le condujeron videncia y audacia, mostrándose a la vez como el continuador de una hazaña sobre nuestra tierra argentina y como el fundador de una escuela en la sucesión de nuestros ciclos heroicos. Este es un nuevo ejemplo que ha dejado a los jóvenes naturalistas de nuestro país. Había sido menester que trajéramos a Burmeister de Alemania para que viniese a darnos la posesión científica de nuestro suelo, de la cual no teníamos sino la noción empírica transmitida por los indios a exploradores de la colonia como Falkner o Azara. Había sido menester, igualmente, que trajéramos de Norte América a Gould, para que viniese a darnos la primera visión consciente de nuestros cielos australes, de lo cual no teníamos sino la nomenclatura pintoresca transmitida por los indios a misioneros como Lozano o Guevara. De ahí que Ameghino se me aparezca como uno de los próceres de nuestra patria, puesto que consumó esa posesión espiritual del suelo donde había nacido. A la hazaña de los que habían explorado la tierra, de

los que la habían emancipado, de los que la habían enriquecido, de los que habían descripto la fauna aborigen que la dramatizaba y la flora espontánea que la vestía, vino este prócer a agregar la proeza casi dantesca de descender a sus entrañas. No le bastó contemplar como un artista la fisonomía núbil de la pampa, bajo la falda de sus dorados pastizales que el pampero ondea, ni le bastó tampoco poseerla .como un hombre libre en su virilidad victoriosa, gozada en sus colinas, redondas como los senos de una virgen salvaje, o gozada en sus ríos, obscuros y fluyentes como la cabellera perfumada de una reina antigua. Poseído de su quimera, quiso este vidente, como ante la anatomia de un desmesurado monstruo vivo, llegar hasta la osatura del gneis, hasta la nervatura del plioceno, hasta la arteria clara de las napas profundas. A este visionario no le satisfizo saber cómo eran los Andes y la Pampa, y cómo el Plata que Dios nos bautiza con sus aguas: quiso saber también cómo se habían formado esos colosos sobre los densos mares terciarios. Así la tie-

rra de la patria se engrandeció en sus visiones hasta tocar la sombra de las cosmogonías. Y cuando este vidente volvió de su viaje lóbrego, traía sobre sus hombros fósiles gigantescos. Sus manos venían húmedas y sucias del barro de los diluvios. Una tarde del génesis parecía la tarde a sus espaldas sobre la Pampa removida. La tierra de la patria por sus manos abierta, ya no guardaba sólo, según el verso de Virgilio, lós huesos divinos de nuestros padres—*divini ossa parentis*—sino los huesos de nuestros manes prehistóricos... ¡Había hallado, señores, la tumba de nuestros titanes!

Héroes fueron, y héroes asimismo vaciados en el más puro molde clásico, los organizadores que después de la tiranía de Rosas, vinieron con las experiencias y los dolores del destierro, a constituir la nacionalidad argentina. Ellos crearon el estado laico como instrumento de civilización, y a tales héroes se vinculó Ameghino por la labor de alta cultura que significa su vida. Los propósitos de la organización nacional se hubiesen malogrado

si no la hubieran seguido generaciones capaces de realizarlos. Grandes fueron aquellos próceres al mostrarse capaces de proponer un ideal que excedía a las posibilidades del momento; la realidad ambiente lo tornaba quimérico, y sólo podía ser practicable al patriotismo visionario de que se hallaban poseídos. Ellos deseaban que el desierto fuese poblado, sembrada la Pampa, comunicadas las ciudades, navegados los ríos, explicadas las leyes difundida la educación. Ese voto de progreso, que el preámbulo de la constitución cifra y compendia, se ha realizado con tan estupenda celeridad, que su progresión se mide por lo que media entre la Argentina del Centenario y la decaída sociedad de 1850. Los habitantes de la nación, dando cima a ese programa, han cumplido con su deber, casi siempre a trueque de las ventajas inmediatas, que representan el orden, la riqueza o la libertad; y si hay criaturas vituperables o menguadas que por inercia o perversión pueden negar su labor a la obra de solidaridad humana, son en cambio criaturas selectas y de una especie superior,

las que afrontan en la tarea colectiva la parte más desinteresada y más difícil, las que no contentas con practicar el ideal del porvenir, se alzan sobre la mediocridad utilitaria del progreso para labrar en la substancia invisible de la ciencia, del arte o de la moral. En esa última categoría de hombres se contó Ameghino dentro de nuestro país; por eso hoy se incorpora en el tiempo a la legión de nuestros héroes, contados nombres en que cada generación se sintetiza para puntuar con sus nombres de luz la historia y el destino de las razas. Y no creáis que si él me oyera, le sonaría a divagación de moralista esa manera con que he querido hacerle surgir desde lo remoto de nuestra historia, y emplazarle en la perspectiva de nuestro ambiente social. Así le placería verse juzgado—estoy seguro de ello—a este implacable apóstol del transformismo, que aceptaba en toda su integridad esotérica la genial doctrina; que veía en los fenómenos espirituales una forma evolucionada de la vida cósmica; y que imponía a los seres de la historia humana, como a los seres de la historia

física, el encadenamiento de las progenies y la compensación de las fuerzas y la correlación de las formas, que crean la estabilidad del universo, sobre una ley de solidaridad, de continuidad y de armonía. Hago, pues, a propósito de Ameghino, esa evocación de nuestras genealogías heroicas, no por un apego mezquino a las cosas de mi país—que tal no hiciera nunca, y mal cuadrara a la disciplina científica de este recinto—sino para mostrar que en las naciones del nuevo mundo los próceres intelectuales llevan consigo la fatalidad de vivir su grandeza manifestándola en su obra, y llevan, a la vez, la de ir creando sus patrias, mientras se defienden de ellas mismas, incipientes e incultas, para defender su propio ideal. Eso comporta, como veis, una doble gloria, siendo la una esa flor de su genio, que es dón gratuito de la vida, y la otra ese fruto de su carácter, que es proeza dolorosa de su virtud. Así en el caso de Ameghino, fué espontáneo heroísmo de su genio la novedad de su doctrina científica sobre la vida prehistorica en el Plata, sobre el origen del hombre en

América, sobre la biología regida por una ley matemática; pero fué voluntario heroísmo de su carácter la fuerza que le llevó a crear, por sobre el utilitarismo actual de los argentinos, el tipo de un verdadero sabio, o sea esta cosa antes no vista nunca entre nosotros: un hombre que estudia la naturaleza por interés filosófico!

La significación política y nacional de Ameghino es, pues, tan grande como su significación científica y universal. Nacido en una de las naciones europeas, habría sufrido las molestias de todo investigador y las polémicas de todo pensador revolucionario, con sus desfallecimientos y sus angustias; pero hubiera sido, seguramente, en las condiciones actuales del ambiente científico en Europa uno de esos sabios que el Estado mantiene como Macknikoff, o que los reyes agasajan como Spencer, o que el pueblo venera como Marconi, o que Nobel premia como a Curie; habría escrito además en una lengua de difusión universal, y trabajado en el reposo de una sociedad constituída, y sentido el estímulo

del ambiente idealista, y beneficiádose de investigaciones ajenas, y gozado el orgullo de una ciudadanía prestigiosa, y conocido quizá la gloria en vísperas de la muerte, que no brilló para él en sus obscuros días americanos. En nuestra patria todo eso le faltó, y como el genio necesita su atmósfera, fuéle menester formársela en la soledad con los alientos de su alma. El fué su Universidad y su Academia. Por eso la figura de Ameghino se alzará para siempre entre nosotros, inaugurando una época en la historia de la cultura nacional; y como San Francisco Solano predicando el amor entre los indios; como don Juan de Garay reedificando en el desierto la ciudad futura; como San Martín salvando la América sobre los Andes; como Mitre unificando la nación entre los caudillos, así se alzará Ameghino con su gloria abnegada, sobre las concupiscencias bulliciosas de nuestro tiempo.

La personalidad de este sabio así emplazada en nuestro ambiente resulta un caso nue-

vo, pero nunca un fenómeno esporádico, adventicio y extraño a nuestro ambiente. No lo es, sin duda, porque han coincidido su persona, su vida, su teoría y sus obras con las fuerzas que han creado la nación. A esa coincidencia misteriosa y fecunda atribuyo la rapidez con que su gloria, hasta ayer desconocida, cunde ahora, vencedora de la muerte, y va, a pesar de su doctrina hermética, hasta la conciencia popular. El pórtico de una escuela primaria ha recogido ya, junto a los próceres mayores, el nombre del modesto librero que hasta hace pocos años mercaba "un real de plumas y un peso de papel" en su sombrío tendejón del Once. Y esa misteriosa coincidencia de que antes hablaba se la siente en su vida argentina, de laicismo ejemplar, templada de trabajo, de pobreza, de verdad y de honor; se la siente en la lengua argentina de sus libros, la misma del *Nido de Cóndores*, del *Martín Fierro*, del *Facundo*, de las *Bases*, del Himno y de la Constitución; se la siente en la tierra argentina que removió con sus manos para extraer de entre su sudario de are-

nas los fósiles de las faunas primordiales; se la siente, por fin, en su persona suscitada por la democracia, porque el fondo romántico de la conciencia argentina encuentra una dichosa compensación en estos hombres selectos que se elevan a fuerza de propio puño y a experiencia de propio valor, desde el hogar aldeano donde nacieron, y que retornan de su tumba gloriosa fulgurantes de justicia como una espada sacrosanta, a nivelar sobre la tierra, en la vanidad de abajo, las falsas jerarquías y las fortunas usurpadas.

Os he dicho que veo en este sabio el arquetipo esclarecido de una nueva conciencia civil. Lo digo porque veo en Ameghino la aureola prometida a los que saben vivir gloriosamente en la paz de la patria. Porque éste es un héroe de la paz. Es el primero de nuestros argentinos ilustres sobre cuya tumba la conciencia cívica depositó su ofrenda, sin que se oyera al paso de su féretro la salva reglamentaria de la fusilería oficial. Este prócer no ha sido ministro, ni diputado, ni gobernador, ni senador, ni presidente, ni diplomático,

ni banquero, ni obispo, ni general; pero su nombre nos enseña que hay una gloria compatible con la inusitada circunstancia de no haberlo sido. Los argentinos no habíamos conocido hasta ahora sino las formas resonantes de la gloria marcial. Nuestras apoteosis eran tan sólo, en templos y capitolios, para los que habían ganado batallas y mandado pueblos. Es que no teníamos los héroes de la paz, porque las condiciones anteriores del país montonero no permitía ese florecimiento del espíritu, y también porque la razón pública no había llegado a esa sutileza de imaginación y sensibilidad que permíteles ver y valorar la obra invisible o sin precio de tan extraños paladines. Y no son sino hombres groseros, estultos, retrógrados, los que juzgan esta época en decadencia, porque no aparecen las formas de grandeza que le son familiares, y creen exhaustas, y no como en otro tiemo hidrópicas, las surtientes geniales de la raza. ¿Qué son entonces en esta época bárbara, fragorosa, babélica, utilitaria, cosmopolita, anárquica, los arcangélicos obreros del arte, de la

ciencia, de la moral, los precursores de la espiritualidad argentina?... Alabemos, señores, esta reunión de la Sociedad Científica, porque ella prueba que si hemos sido capaces de tener al héroe nuevo hemos sido también capaces de reconocerlo... Aún era joven Ameghino; venía a estas reuniones; hablaba desde esta misma tribuna; y ya la Sociedad Científica Argentina sabía que ése, el de la barba caucásica y de los ojos estoicos, iba a ser uno de sus ilustres penates. A esta Sociedad le dedicara alguno de sus libros (y él sabría por qué...). Venía a estas reuniones; hablaba desde esta misma tribuna; contaba, como si las hubiera visto, las cosas más fantásticas y remotas de los primeros días del mundo. Nombraba con la misma familiaridad a la mulita rastrera, al peludo fortacho, al mataco empecinado, que a sus abuelos misteriosos bajo su manto de arabescos: el clamidoterio solemne y el imponente glyptodonte. Narraba anécdotas de las edades paleolíticas, y empuñando "así", con sus manos suaves, un hacha amigdaloidea, un punzón sin mango, un

rascador con filo de bisel, decía cómo los esgrimían con sus manos rudas los protoantropos de las islas terciarias. Cuando hablaba de aquellos viejos padres, todavía medio curvados sobre la tierra, mitad hombres, mitad monos, revivían en torno—como en el Amadís, como en la Odisea, como en los Nibelungos—hipocampos, sirenas y dragones: la fauna mítica que la ciencia reanimaba; y pasaba el brontosaurio, reptando con su cauda de veinte metros; y pasaba el hiparión galopando con su pesuña de tres dedos; y sobre los helechos arborescentes, en el aire húmedo de la selva fangosa, veíase volar alguna azulada libélula... Ya veis, señores, en lo que puede consistir un héroe de la paz: asemejarse a un cabir por la fuerza; asemejarse a un fantasma por la visión, a un taumaturgo por la palabra. Eso era cuando hablaba Ameghino. Cuando escribía se le veía remover sus formidables fósiles y sus libros, cuidarse de que su frase fuera buena, aunque era escasa su maestría en las letras. Usó a las veces injustificables barbarismos o incurrió en equivocaciones

pueriles, como aquella que se lee en la página 175 de la *Filogenia*, donde dice: "Hasta ahora el gran debate se había *circunscribido*... Sin embargo, se ve que la forma le preocupa, pues no ignoró que la prosa científica había llegado a alturas de belleza con Buffon, con Humboldt, con Darwin; formas que Michelet superaría, y Maeterlinck con *La vida de las abejas*. Su prosa era flúida y clara: poseía con ella la virtud esencial. Le faltaban los atributos que definen un gran pintor; pero no era que como sabio los desdeñara, sino que como artista no los pudo alcanzar. Se excusaba en sus prólogos con la escasez del tiempo. "No se vea en ello un trabajo literario", dice de la *Filogenia*. "Ahora puedo insistir sobre este punto con mayor razón, por cuanto viéndome en la obligación de procurarme el alimento cotidiano atendiendo un negocio de librería, escribo cada renglón de esta obra entre la venta de cuatro reales de plumas y un peso de papel, condición poco favorable para dar a mis ideas formas literarias elevadas" (página x). ¡Ya veis, señores, en lo que puede con-

sistir un héroe de la paz! Y Ameghino lo era, como lo podrían ser quienes, siguiendo sus huellas o inaugurando nueva vía, estudien las virtudes de nuestros vegetales, clasifiquen nuestros insectos, analicen nuestros minerales, cuenten nuestras estrellas, saneen nuestras ciudades, renueven nuestra enseñanza, vigoricen nuestra raza, regimenten nuestras aguas, propaguen nuestra educación, compongan nuestras sinfonías, pinten nuestros paisajes, purifiquen nuestra arquitectura, ritmen nuestros poemas, defiendan nuestra democracia o busquen reducir nuestros antagonismos sociales en un espíritu nacional. Así lo fué Ameghino, con talento y desinterés, y su epopeya cívica consiste en que por la tierra y el idioma patrios regionalizó la ciencia sin mengua de lo infinito... ¡La patria es a veces tan grande, señores, que cabe en ella, no digo la Humanidad, esa cosa pequeña y triste, sino el universo todo entero, desde sus rocas negras hasta sus blancos astros!

Os he dicho también que veo en este sabio el arquetipo esclarecido de una nueva moral.

Lo he dicho porque descubro en Ameghino la posibilidad de crear una vida austera sin otra disciplina que la propia conciencia. Su vida y su obra tienen la liga del desinterés en el bien, que constituye el verdadero quilate de la moral. Dejar de hacer el mal por temor a la ley, es como retener en ahorros a la virtud; y hacerlo por esperanzas de recompensa, es como colocar esa virtud a interés. Dejémosla circular libremente y que ella sea, en recíproca alianza de las almas, reparo contra las hostilidades ciegas de la vida. Esta es una moral a que se hallan principalmente obligados los filósofos laicos y los hombres que practican la ciencia. Ellos se levantaron un día contra la caducidad de los imperativos decálogos, que no eran sino la moral del terror. Contra la religión y los códigos que nos dicen lo que no debemos hacer, la filosofía nueva nos ha enseñado lo que debemos hacer. Esta es la moral de la resignación y del dolor, que sustenta los seres universales, tan verdadera en su condición de armonía, como la ley de amor y de vigor que sin cesar lo renueva. Esta ense-

ñanza fluye de los simientes y los astros para el alma angustiada de los hombres. Estamos con ella tan lejos de las morales del terror, como lejos de las morales del deleite, unas y otras egoístas. Contra las iglesias decadentes, los profetas de la barbarie nihilista habían proclamado la moral fisiológica del placer, que va fracasando felizmente, detenida por el poderoso renacimiento idealista que se advierte en el mundo. Esa ética, equivalente en su bajeza a los credos que combatía, pasará sin haber dejado otra cosa que el grito del nuevo Zarathustra, cuya obra tiene la belleza trágica y la fuerza brutal de una casa de la locura, devorada por las llamas de su propio incendio. Pero en las ciencias naturales, idealizadas por la nueva filosofía, la moral se presenta renovada por las fuerzas del bien, y como embellecida por sus antiguos atributos platónicos. Así la practicaba Ameghino; por eso huyó sin duda de la erudición formal y vanidosa, del particularismo antifilosófico, del dogmatismo científico, del utilitarismo profesional, que son los nuevos pecados contra el

Espíritu. Practicó una de las ciencias más desinteresadas, como es la que estudia el origen del mundo y de la vida; y la practicó heroicamente, en este medio donde las profesiones todas tienden a convertirse, desde la universidad hasta el bufete, en lucrativo oficio que se corona después con pingües especulaciones en la Bolsa. Así vivió Ameghino, con pobreza, con sinceridad, con altura; teniendo que recurrir algunas veces al auxilio oficial para que le publicaran las obras y otras para que le salvaran la vida con un empleo; y fué mucho, señores, que entre tanta ruindad y amargura, la fe no se le quebrara, la mente no se le prostituyera, no se le ajara la conciencia. No es cierto, pues, que las ciencias conducen a la desilusión. Pero es cierto, asimismo, que tales son las ciencias concebidas como él las concebía, en el alto equilibrio platónico de inteligencia, sensibilidad y voluntad que constituía su genio. Ameghino aceptaba lo desconocido: de ahí su modestia ante la verdad experimental y la solemnidad de su alma ante el abismo de lo misterioso. Aquella ciencia es la

15

filosofía antigua, donde confluyen las rutas de la verdad, de la belleza y del bien. Es el misterio único y último, adonde van las rutas de la ciencia, del arte y de la moral. Allí acaso se elaboraba ahora la religión del porvenir. Ameghino lo presentía: por eso pudo ser en nuestra vida laica el avanzada valeroso de esa nueva moral.

Os he dicho, por fin, que veo en este sabio el arquetipo esclarecido de una nueva conciencia científica. Lo digo porque Ameghino no fué un dogmático de la pura experimentación, ni fué un sabio afincado en métodos exclusivamente inductivos, ni fué un filósofo del materialismo, como por sus teorías sobre el origen del hombre se podría pensar. Ameghino aceptaba la renovación continua de la ciencia; por haberla aceptado pudo rectificar las teorías de predecesores como Lamark y Gervais; y estableciendo que el hombre actual no era el único tipo humano que la naturaleza había formado, ni el único que podría formar, reconocía implícitamente que todas las ciencias y las artes humanas eran correlativas a las ap-

titudes del tipo zoológico que las había creado,—lo cual era establecer su carácter relativo y efímero en la totalidad del universo. Las ciencias naturales, como veis, son un grave peligro para Júpiter, pero lo son también para Prometeo. Las ciencias naturales son así, con la mecánica y la música, las tres creaciones más formidables de los tiempos modernos. Gracias a esa concepción, Ameghino pudo llegar, por el camino de las ciencias experimentales, a la meditación religiosa, que fué también la esencia de la sabiduría arcaica; que lo fué, aunque tal vez un tanto bastardeada en algunos sabios eminentes de la antigüedad grecolatina, como Pitágoras, Platón, Plutarco y Plotino; y que después de largos siglos de barbarie sensualista, ha renacido en los cerebros más extraordinarios de las ciencias modernas, tales como William James en los Estados Unidos, como Poincaré en Francia y como Ameghino en el Río de la Plata, tres genios soberanos cuya muerte hemos debido lamentar en estos últimos años. No debéis sorprenderos de ver por mí reunidos a

esos tres vigorosos próceres del neoidealismo naturalista. Es el misterio mismo quien los reunió. Los tres estudiaban la naturaleza experimental y visible, pero los tres marchaban, como sendos viajeros, por los tres caminos que conducen a los tres tenebrosos pórticos que el universo tiene entreabiertos hacia el misterio. Poincaré traía a la discusión filosófica los fenómenos de la dinámica universal; James inquiría los enigmas de la psicología humana; Ameghino escrutaba los secretos orígenes de la vida en la tierra. El astrónomo, el psicólogo y el paleontólogo, pedían sus datos a la física, a la química, a la zoología, a la botánica, a la geología, a la historia, y se encontraban a veces en el ámbito como sideral de las matemáticas superiores. Los tres han demostrado la relatividad de la lógica humana; han renovado el sentido metafísico de la noción de verdad; han demolido por pueril la concepción materialista del mundo. Ahí están, para comprobarlo, *La valeur de la science*, de Poincaré, donde al analizar el significado del tiempo, del espacio, de la materia y del movi-

miento, acepta la posibilidad del hiperespacio, propuesto por la geometría neoeuclidiana; ahí está el *Pragmatismo* de James, donde al disociar el concepto de "verdad" y "realidad", completa la lógica por la posibilidad siempre continua de renovar sus dogmas, y de conocer el mundo por otros medios de conocimiento que la inteligencia, tales como la intuición estética o la contemplación mística. Ahí está, en fin, el *Credo* de Ameghino, clave con que deberá interpretarse toda su obra de paleontólogo. Cuando se le ha leído con meditación, lo mismo que sucede en James y en Poincaré, se siente alzarse la sombra de lo sobrehumano. Casi no hay un genio que no haya puesto sus pasos en el umbral de esa sombra. He ahí por qué os decía que veo en Ameghino el avanzada valeroso de una nueva conciencia científica.

Analizar la obra de este pensador, es una tarea que excede el límite de mis propósitos; requiere la amplitud de una monografía apar-

te, y no podría hacerlo aquí sin abusar de vuestra atención, después de que me la habéis prestado con tanta benevolencia. Debo, no obstante, decir algunas palabras sobre ello, pues de otro modo, parecería desmesurada mi admiración y complaciente mi elogio.

Viene desde hace años realizándose en el mundo una transformación de las artes hacia la unidad metafísica de la belleza; una transformación de las ciencias hacia la unidad filosófica de la verdadera sabiduría; una transformación de las religiones hacia la unidad moral de la teosofía. Las artes han tenido por paladín de ese movimiento a Wagner; las religiones por precursora genial a la Blawatsky, nombre que me permitiréis pronunciar en vuestra presencia. En el terreno de las ciencias, Ameghino será uno de los que han contribuído a esa renovación.

Sienta en el *Credo* una hipótesis sobre el origen del mundo, hipótesis dinámica, debo señalarlo. Imagina al universo creado por el "infinito-materia", el "infinito-tiempo", el "infinito-espacio" y el "infinito movimiento",

en acciones y reacciones continuas. Llama a esa causa "los cuatro infinitos", con lo cual estamos en plena metafísica, según veis. Sienta esa hipótesis, porque afirma que, según el orden actual de la naturaleza, toda forma o fuerza reconoce una causa; pero no nos dice él cuál sea la causa de esos cuatro infinitos. Si se han creado *per se*, son dioses; si son manifestaciones o atributos de otro infinito superior, primario, este último es el Dios, el Padre, el Pachacamac de las teogonías indias y universales.

Sienta otra hipótesis: la de los estados del Cosmos y los creadores de esos estados en la materia. Los higrotes crean los líquidos; los pneumotes los gases; los estereotes los sólidos; y habla además de los basibios o creadores de la substancia orgánica, lo cual implica un génesis de la vida; y de los prosotes, creadores del estado lúcido, formas etéreas invisibles para nosotros; y de los neuromas, o creadores de la materia pensante—seguramente el "astral" de los teósofos—cosa distinta, no digo de la materia inorgánica, genera-

da por los estereotes, sino de la materia orgánica, generada por los basibios.

Yo no conozco, señores, nada que esté más lejos de la filosofía materialista que esa concepción de Ameghino, ni más cerca de la ciencia esotérica. Os recomiendo que comparéis todo esto con el diálogo de Platón sobre la Naturaleza. Coincide nuestro sabio en muchos puntos con aquél, de quien se dice que fué iniciado en los misterios de los sacerdotes egipcios...

Aquí, en esta misma Sociedad Científica Argentina, protestó Ameghino de la estolidez popular que atribuye a Darwin el haber pretendido que somos una transformación de los monos, o sea, que los asiáticos braquicéfalos descienden del orangután, los negros dolicocéfalos del gorila, los pigmeos del Africa del chimpancé, por ejemplo. Explicó, por una clara genealogía, el sentido del transformismo, según el cual los monos actuales se habrían derivado de un simio antecesor, y éste a su vez de otro primitivo, del cual habrían salido, como de un abuelo, otros vertebrados, proge-

nitores del hombre. Negó la creación bíblica, pero sólo en su interpretación literal, o sea la creación directa; pero aceptaba que los seres se habían formado según un plan preconcebido, tan inteligente, que halló expresión en su teoría matemática de la evolución. Así los Números sagrados del misterioso Pitágoras reaparecen en él, reincorporándose a las ciencias biológicas, como se hallan incorporados ya a las ciencias astronómicas, y según se habían hallado animando la ciencia esotérica de los antiguos en las alegorías de sus religiones.

Tal fué su filosofía sobre el origen del mundo y del hombre, a quien le asignara por cuna la pampa. Pero más grande que todo ello fué su optimismo sobre el destino humano, cuya asención la esperó tan infinita, en este y otros planetas, que auguró llegaríamos a igualar a los dioses. El instinto es experiencia filogénica involucrada en el ser ontogénico; afirmaba y creía que otros hombres, distintos y superiores a nosotros, nacerían más tarde—hombres con alas, hombres longevos, hombres taumaturgos — cuyos instintos serían todas

nuestras actuales experiencias ya involucradas en la vida instintiva de esos nuevos seres, y cuya ciencia y su arte serían como la sabiduría divina. Acariciando esa visión ha muerto, sentido quizás en su propio genio, una de esas formas bellas que la vida abocetaba en el hombre terciario; mas precursora, ella también, apenas, de los Angeles Humanos que él anunciaba. Grande habrá sido su agonía, no sólo por esa esperanza, sino por las reminiscencias cosmogónicas que habrán revivido en su memoria de moribundo; y habrá sentido fluir bajo su planta el vacío de las Lemurias y las Atlántidas, y pasar los hombres velludos de las cavernas, y encenderse el hogar en la choza de glipodontes, y desencadenarse sobre esa vida torpe el agua de los diluvios, y reasumirse la inteligencia del hombre en los rayos del sol, y palpitar el alma femenina de las nubes, cargadas de agua materna, y ruborizadas al reflejo de las tardes oceánicas.

Amemos, señores, a la naturaleza, como Ameghino supo amarla; pues tal es el mejor homenaje que podemos rendirle. Pidámosle

sus lecciones de armonía y de amor. Hagamos nuestros mentores de sus seres más puros: una Flor, una Mujer, una Estrella. Si no queréis ¡oh sabios! a la mujer por peligrosa y a la flor por efímera, aunque una y otra mueren dándonos su perfume, dejad la flor y la mujer a los poetas, y quedaos vosotros con la Estrella. Una tuvo Ameghino, y fué esta estrella negra donde nacemos y morimos... Elegidla a ésa por guía, o a alguna de las otras, beatísimas de serenidad en su altura, y que de ella descienda para vuestra mente de sabios argentinos su almo rayo de luz infinita que atraviesa las sombras.

VI

GUIDO SPANO EL POETA

Oración pronunciada bajo los auspicios de la Academia de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en los primeros funerales civiles realizados para honrar la memoria del poeta (1917).

Un epitafio griego, salvado entre las flores anónimas de la *Antología*, dice sobre la tumba de Orfeo, que a la muerte del poeta maravilloso, las musas serenas de la armonía y el Apolo impasible de los oráculos, derramaron torrentes de lágrimas; y se unieron al coro funerario, con gritos de angustia, las encinas y rocas que el poeta muerto había tornado sensibles con los acentos de su lira. Y entonces fué cuando las mujeres de Tracia, cubiertos de ceniza los rubios cabellos, enrojecieron de sangre sus brazos desgarrados en la desesperación.

Traigo a vuestra memoria este recuerdo, no para sugerir, como en las exequias del siglo XVIII, por fáciles medios retóricos, la ingenuidad de una generosa emoción. Tráigolo,

precisamente, para confesar que la muerte de Guido—a quien venimos a honrar en la ceremonia de esta tarde—suscita en nosotros un estado espiritual bien distinto de aquel que describe el epigrama antiguo. Y no ha de ser por eso menos clásica nuestra serenidad ante su muerte, que así prolonga, en el tributo póstumo de la gloria, la alegría anacreóntica de su existencia, la claridad helénica de su canto, la dulzura pagana de su vejez, el tránsito estoico de su agonía.

Pues al juzgar a Guido, sus críticos han concordado en la reminiscencia del arte griego; mas, si hay en este acuerdo una verdad, conviene decir que su musa no fué la cosmogónica de Hesiodo, ni la musa heroica de Homero, ni la musa trágica de Esquilo, todas las tres agitadas todavía por el espanto de las edades iniciales. No fué tampoco la otra del apogeo ateniense, cuya luz meridional reflejaron "los ojos claros" de la diosa epónima que coronaba el Partenón, marcando la hora del milagro definitivo, junto a las glaucas aguas del mar Egeo. La suya fué la musa de

los postreros días; la de los líricos menores—la de Anacreonte, Teócrito y Meleagro—, la que en las islas ópimas y las ciudades sabias, gozó de la tierra y del espíritu, sin dolorosa abnegación en el misterio estético, sin honda preocupación en el misterio humano.

Es que esa luminosa jornada del genio griego, cuya luz aún nos alumbra, tiene un orto de púrpuras violentas, como aurora de estío, en sus mitos cosmogónicos y en sus tonantes epopeyas, donde Hércules, Prometeo y Aquiles blanden la fuerza civilizadora: lanza, clava o antorcha. Tiene después su plenitud apolínea del siglo de oro, que es mediodía de primavera, en los arquetipos de Sófocles, Pericles, Platón, armónicos y humanos. Tiene por fin su declinación, como ocaso de otoño, cuando el rubor del alba tornábase violeta en el celaje crepuscular, y el voluptuoso matiz de los ópalos estelares parecía inspirar la obra refinada de la decadencia... Si en nuestro poeta algo subsiste del genio antiguo, es un reflejo que le viene de aquella estrella pensativa de la tarde griega...

Y esta verdad que el propio Guido reconoció, cuando escribiendo a Andrade sobre el *Prometeo*, confesaba su turbación en presencia del numen trágico, aceptando que, "como dicen por ahí, el clima de las eminencias borrascosas no conviene a mi temperamento". Declaraba entonces su horror ante las cumbres, que no las creía sede permanente, ni aun para el genio, y holgábase, con velada ironía, diciendo que él prefiriese descansar bajo la palmera de Zoroastro o en la cabaña de Evandro. Así cuando la memoria le traía, como en esa confidencia, recuerdos de universales lecturas, su temperamento prefería, del poema virgiliano, la tienda donde el errante Eneas descansó, y de la cosmogonía zoroastriana, la palmera de los dátiles de oro. Un griego fué, pero no un griego de Atica, sino de las islas helenizadas o de las tierras alejandrinas.

Dentro de esas limitaciones, Guido llegó una vez, mejor que en otras, a revelar su auténtica emoción pagana. Refiérome a aquel poema intitulado *Myrta en el baño*, donde la

femenina desnudez aparece objetivamente pintada con el más puro deliquio estético. El tema de una virgen sorprendida desnuda en las diáfanas aguas de una fuente, espiada por un sátiro—o sea por un hombre—en el boscaje, era lugar común en la poesía clásica, desde los mitos de Diana y los cármenes de Ovidio:—"*Sicut eran viso nudœ sua pectore Nimphae, Percussere viro*" (L. III, núm. 2). Pero en el baño de Myrta, su desnudez no ha sido maculada por la lujuria viril, ni están allí los veinte lebreles de dientes agudos y bellos nombres que despedazaron a Acteón, transfigurado por la diosa en ciervo. Todo ello pertenece a las metamorfosis y violencias de la imaginación primitiva, que a nuestro poeta no sedujeron. En su caso, el instinto del sexo, don de la carne, yace domado por el sentimiento de la belleza, don del espíritu. Y así describe Guido el episodio—según vais a oirlo—en ambiente de absoluta serenidad:

Fresca es la onda azul y cristalina
en que baña su cuerpo de alabastro
la rubia Myrta, al resplandor del astro

que pálido las sombras ilumina.
La juventud divina
ennoblece sus mágicos hechizos,
mezclando en su conjunto soberano
la grana tiria y el marfil indiano.
Al desflocar gentil sus blondos rizos
por el agua escarchados, semejaba
del río un alba y vaporosa ondina
que de las grutas de coral se alzaba
jugando en sus cristales movedizos.

Oculto en la vecina
margen, entre el nepentes y el acanto,
detrás de una florida y verde acacia,
sentí mis ojos anegarse en llanto
al ver tanta belleza y tanta gracia.
Ella creíase sola,
pues dejara sin velo
los encantos que a amor reservó el cielo.
Vinieron a besarla ola tras ola.
Una dulce aureola
de castidad en su contorno brilla,
y Cyntia, al contemplarla sin mancilla,
en sus plateadas blondas envolvióla.

Yo, todo embebecido,
en vano quise retirarme, en vano;
un genio, ¡oh dulce arcano!,
el tierno genio a mi existencia unido,
me embargaba el deseo, el movimiento,
y en insinuante acento
y expresivo lenguaje,

así me habló invisible entre el follaje:
—«Mortal cuya alma perturbó la duda,
la sien inclina a la beldad desnuda,
que en su armonioso y divinal conjunto,
de los cielos trasunto,
el sello del Eterno augusta lleva,
púdica Venus o inocente Eva.

Sintiendo de mi culpa los sonrojos
en la húmeda grana
entonces la adoré, puesto de hinojos,
pidiéndola un destello de su llama;
la adoré hasta el momento
en que salió del río esplendorosa,
inmaculada, pura,
como la blanca diosa,
que surgiendo del líquido elemento,
fué reina del amor y la hermosura.
Luego, al modo de ciervo fugitivo
que huye el arco de Diana cazadora
de la apiñada fronda en los doseles,
tembloroso, furtivo,
me deslicé a esperar la nueva aurora
a un boscaje de mirtos y laureles.

Siempre quedóle impreso
aquel recuerdo al alma—ardiente beso
de la inmortalidad, que de poesía
inundóla, y de luz y de harmonía.

He querido repetir íntegramente ese pequeño poema, porque él resume toda la esté-

tica de Guido. Menos afortunado en el éxito que *Al pasar*, o la *Amira*, o la *Nenia*, tal vez carece de ese misterioso poder que lleva una canción directamente a la sensibilidad general, para imprimirla en la memoria de la muchedumbre. *Myrta en el baño* está incluída en el volumen de las *Poesías completas*, que todos vosotros habéis, sin duda, leído; pero he buscado al repetirlo que sus versos llegaran a vuestra sensibilidad en el timbre viviente de la voz humana, para que sintieseis mejor cuán lejos nos hallamos con este poema del frío calco retórico usual en el seudoclasicismo del siglo XVIII, y del dolorido énfasis usual en el romanticismo del siglo XIX. Tal es el rasgo aristocrático de Guido, el que define su personalidad, diferenciándole de sus coetáneos y de sus predecesores dentro de la literatura hispanoamericana.

Breve el marco, elegante el arabesco, sobrio el color, firme el dibujo, claro el ambiente, y armonizado todo ello en la proporción de los fondos y en la delicadeza de los matices: he ahí los predicamentos que definen todo el

arte de Guido. Pero no menos que la técnica eran nuevas para su tiempo en las letras españolas el argumento elegido y el tono de su emoción. El tema de la virgen desnuda sorprendida en el baño, entre los árboles de la ribera, había alcanzado su forma religiosa en el mito de Acteón; su forma poética en el poema de Ovidio. Pero nuestro poeta comprendió la fecundidad del viejo tema, y lo renovó sin volver a la mitología, que ya no es una religión para el hombre moderno, y sin volver a la reminiscencia libresca, que convierte el arte en erudición. Myrta no es una ninfa, sino una mujer; quien así la descubre, es un hombre como nosotros; y lo que siente en presencia de aquella desnudez antes desconocida, es asombro embargado de confuso temor. Por eso no hay aquí lebreles ni flechas que lo castiguen, sino voces espirituales que le revelan el misterio de la turbadora visión. Y al saberla, el poeta no pinta el episodio con las sonrosadas carnaciones de Rubens, sino con la mística sensualidad de Leonardo. Lo que el poeta adolescente había descubierto

aquella noche de luna, entre el bosque ribereño, sobre las voluptuosas aguas, era, bajo la apariencia de una virgen desnuda, su propia musa, o sea el misterio de la belleza y del amor. Pues no hay forma plástica en el universo que no esté armonizada en el cuerpo de la mujer, ni hay pasión en el alma que ella no pueda desencadenar. Por eso en la generación de la belleza, ella ha tenido, como en la otra, una suerte de maternidad inseparable de la obra creadora del hombre. Por eso, señoras, en el Pindo, si Apolo era un varón, las musas eran nueve mujeres armoniosas.

Este sentimiento espiritualista del arte, que en el poema comentado tiene el valor de una profesión de fe, difúndese por toda la obra de Guido, imprimiéndole acentos de dulzura y de castidad. Guido ha cantado a las afecciones del hogar con sinceridad profunda, a su madre, a su padre, a su hija María del Pilar; ha cantado, con entusiasmo hereditario, a los númenes de su patria, a la independencia de América, a Bolívar, a San Martín; ha cantado, con ingenuidad de pastor, a la naturaleza, a la

aurora, a la noche, a las flores, a los bosques, a la estrella de la tarde, pero sin caer en retórica pastoril; ha cantado a las entidades del espíritu, a la esperanza, a la inocencia, a la melancolía, a la amistad, al heroísmo, sin incurrir en sensualidades ni abstracciones; y cuando ha cantado al amor, ha conservado siempre esa casta dulzura de *Myrta*, ajeno a la perversión morbosa que hace sangrar la carne de los besos, ajeno a la desesperación pasional, que pide a las sombras el refugio postrero de la muerte.

Un griego fué nuestro Guido, por esa manera de contemplar la vida, de sentir el amor y de presentir la muerte. Dijérase que se había reencarnado en él uno de aquellos poetas de la *Antología*, que amaron Cephalas y Planudio. Un griego fué, sin duda; pero como no había llegado a serlo por el genio ni la erudición, sino por el temperamento, debemos todavía decir, para individualizarlo mejor, que a ese núcleo prístino de su sensibilidad, agregáronse en el trascurso de la vida elementos modernos, tales como los difusas influencias

del cristianismo en el cual nació, las sugestiones literarias de la época romántica en la cual se educara, y las sensaciones de la pampa semibárbara donde había nacido. En el cristianismo nutrió su sentimiento moral; en el romanticismo su sentimiento estético; en la democracia americana su sentimiento político. Venido al mundo en casa patricia, tuvo en su propio hogar la iniciación de los ideales civiles. Hijo del general Guido, el consejero de San Martín, y nieto del coronel Spano, el mártir de Talca en Chile, los hados concediéronle penate y mentor en ambos héroes de América. Nunca esquivó deberes peligrosos; predicó libertad durante su vida; cantó los fastos de su tierra; y hasta su oda horaciana del jubileo es un sacrificio de amor en las aras de su patria. Pero a fuer de verdadero argentino, amó la magna patria continental, y ahí quedan para certificar el linaje de su patriotismo americano, su extenso poema sobre el descubrimiento de América, su himno a la belleza tropical del Brasil, su mensaje de fraternidad a Chile en días ingratos, su protesta por la invasión de

Maximiliano en Méjico, su canto a la rebelión emancipadora de Cuba, y su doliente elegía sobre las ruinas del Paraguay. El sabía que desde tiempo de los incas, y desde tiempo de los conquistadores, y desde tiempo de los héroes, nuestros países nacieron destinados a ser Estados diferentes dentro de una sola comunidad espiritual. Por eso en todos nuestros lábaros nacionales lucen los símbolos del cielo. Separados, somos apenas los colores del iris; juntos, formamos la sintética luz de nuestro Sol.

A riesgo de fatigaros con bien sabidos pormenores biográficos, no he de eludirlos cuando necesito decir que Guido supo ser un ciudadano ejemplar. Error asiduo de la imaginación colectiva es el de estilizar a los poetas en un perfil puramente literario, o en su actitud más popularizada. La longevidad de Guido ha sido causa de tal error en su caso, y cierta leyenda de ocio pintoresco que él mismo contribuyó a forjar. Pero hay que leer los dos volúmenes de sus *Ráfagas* para descubrir al polemista combativo, al paladín inspirado de

nobles causas civiles. Subsecretario de Relaciones Exteriores en tiempo de Derqui, redactó casi todos los documentos diplomáticos en la política externa de la confederación. Director del Archivo Histórico Nacional, escribió de historia en defensa de su propio padre, cuando la polémica de Mitre y López sobre la independencia de Chile. Vocal del Consejo de Educación, polemizó con Sarmiento, en el contraste de su elegancia con aquella violencia. Periodista de partido y orador de club, preconizó en las tribunas a favor de la candidatura Avellaneda; y si no llegó a más altas funciones, a pesar de sus dos apellidos, de su nutrido talento y de su cultura social, fué, quizás, porque el sufragio no suele tener semejantes predilecciones. No fué su leyenda de ocio y de desorden lo que vedó el camino que otros hicieron con menos virtudes y labor, sino su carácter independiente, hecho a decir lo que pensaba, mezcla de renunciamiento místico y de ironía o desdén por los honores. Pero alentaron en su pecho las más nobles pasiones civiles, y su patriotismo argentino,

que era amor de América, era también amor de humanidad. Así le llegaban hasta el santuario de la musa los tumultos de la civilización, y el poeta erótico de *Myrta* se desdoblaba sin esfuerzo en el poeta civil de la libertad humana. Y fué viendo a Francia invadida en tiempos de Napoleón III, y a la comuna triunfante, cuando prorrumpió en aquellos alejandrinos dedicados a la República Francesa, donde vais a escuchar, con el ritmo de su época, el aliento sonoro de su entusiasmo:

¡Llegó por fin el día! Ya el fallo del destino
se cumple. Dios es grande. Su ley, la ley de amor.
El guía en las tinieblas al hombre peregrino;
de la esperanza enciende la luz, fanal divino,
y al universo esparce su fúlgido esplendor.

Alzad ferviente un himno de júbilo, ¡oh hermanos!
¡La Francia se levanta, triunfó la Libertad!
Salúdanla gozosos los pueblos soberanos;
del polvo ha recogido la enseña que en sus manos
es símbolo de glorias y de fraternidad.

Cayó en tierra el soberbio; su imperio se derrumba;
despavorido el César, cubierto de baldón,
envuelto de las lides en la infernal balumba,
no atina a hallar siquiera la sombra de la tumba,
la mente obscurecida, marchito el corazón.

El perjuró a su patria, su patria le abandona.
Ya se alza entre tormentas la sombra de Dantón.
La Francia a la República se abraza, y su corona
son hoy las llamaradas del Campo de Belona;
¡es Metz, es Strasburgo, las ruinas de Laón!

¿Quién vencerá a tu genio, cuando feliz le expandes
en la región sublime del pensamiento, quién?
Fué en él que se inspiraron aquellos hombres grandes
que pedestal hicieron de los supernos Andes,
orlando de laureles de América la sien.

Al verte amenazada, contempla cuál vacila
sobre sus ejes de oro. ¡Tuya es tan alta prez!
La espada de tus padres sobre la piedra afila
de tus murallas rotas; las huestes que armó Atila,
tus campos, tus ciudades devastan otra vez.

A no mediar los mares, quizá tú lo adivinas,
no sólo correría tu sangre, ¡ah, Francia, no!
en medio de las balas, al reventar las minas,
brillar hubieras visto las lanzas argentinas:
¡República o la muerte! la América juró.

Contigo están los votos ardientes de los buenos,
contigo está el derecho que armó la humanidad;
si ha de perderse todo, tu honor se salve al menos:
¡fué siempre al estampido de fulminantes truenos
quo termentosa y fiera surgió la Libertad!

En ella te confía; su espíritu bizarro
te llama hoy por la patria sin tregua a combatir;
y pues despedazaste los ídolos de barro,

enlaza a los laureles que adornarán tu carro
la oliva a cuya sombra sonríe el porvenir.

Al choque de tan violentas realidades, la cuerda de su nobleza vibró con agrios sones; pero esas notas épicas—que recuerdan a Mármol y a Andrade—fueron excepcionales en su lira. Y bien que lo íntimo suyo sean sus poemas voluptuosos—y lo otro externo u ocasional—, ambas formas se integran, tal como un río, que siendo el agua, es también la roca de la cascada y el árbol de la ribera,—espuma y espejo de la linfa sensible. Vida agitada y larga la de Guido, a la vez que temperamento muy complejo, como todo verdadero poeta, resulta un hombre cabal, con sus debilidades y sus virtudes. Confesó en sus memorias las caídas juveniles, en el vino, en el juego, en el amor; y si fué humano al cometerlas, fué más humano al confesarlas, llegando con justicia a la vejez, en el hogar virtuoso, coronado por la gloria. La belleza, como una divinidad protectora, lo amparó a lo largo de su existencia aventurera. Llevó el culto de la poesía, no ya a las formas del pensamiento, sino a las

formas cuotidianas de la realidad, resultando tan característico en la vida como en el arte. De ahí que ni siquiera necesitemos transfigurar su silueta para concebirlo en gloria más allá de la muerte. Que así su sombra bárdica habrá podido entrar en los campos elíseos donde hoy reposa, sin abandonar las vestiduras que llevó de la tierra...

Yo no lo vi pasar por las calles de la ciudad, pero cuentan que cuando pasaba, se oía decir en las aceras:—"Ahí va Guido y Spano",—y las gentes volvíanse para contemplarlo. Por entre la afanosa muchedumbre burguesa, uniformada en sus sacos negros y entrepintados de alguna clara veste femenina, pasaba el hombre singular: una larga hopalanda obscura, disimulando las piernas cortas; una vasta melena broncínea, fluyendo sobre los hombros; un enorme chambergo holandés, de copa alta y aguda. Marchaba a paso lento; miraba las vidrieras de libros y de joyas; respondía al saludo de algún viandante cortés; deteníase a platicar distraídamente con algún amigo, hasta que se iban las horas de la ma-

ñana o llegaba la noche. El ciudadano que en la metrópoli mercantil osaba presentarse trajeado a la moda del Barrio Latino, donde vivió en su juventud, era, por ello solo, una viviente lección de belleza, de personalidad, de heroísmo. Romántico, independiente, señorial, todo ello necesitaba ser quien así andaba por esas calles, desafiando la plebeya vulgaridad de los nuevos días, cuando ya el antiguo espíritu porteño, gallardo y gentil, empezaba a ser suplantado por la riqueza y por el número. Y hasta para el inavisado forastero, era "alguien" aquel hombre que pasaba...

Pero yo no lo vi pasar por las calles de la ciudad, porque cuando vine de mi selva nativa y entré en la vida literaria, ya el viejo bardo, abatido por la parálisis, habíase retirado a vivir en su humilde casa de Palermo, adonde los niños de las escuelas llevábanle su ofrenda de flores en el día natal. Varias veces transité yo ese camino, por donde fueron también a visitarlo tantos jóvenes escritores, muchas damas del patriciado, algunos estadistas de renombre, o tal cual huésped curio-

so de conocer a quien era ya una de las glorias literarias de América. Nunca olvidaré mi primera visita, una tarde de primavera, con el cielo argentino tan azul, en aquel barrio de jardines, aromado de madreselvas tradicionales, y bullente de pájaros cantores. Allá en la austera alcoba, frente al alto balcón abierto al cielo, aguardaba el enfermo octogenario, presa en sus labios la sonrisa cortés para todo aquel que lo visitara. Su cabellera y sus barbas blancas aborrascábanse sobre pecho y hombros, cubierto el busto por un manto escarlata que era a su majestad como la túnica purpúrea de un rey. Si a alguien se parecía entonces Guido era a Walt Whitman, según Miss Johnston ha pintado al yanqui en sus recuerdos íntimos de la ancianidad, con un reflejo de bondad infantil sobre su cara de león yacente.

La semejanza del viejo Walt con Guido borrábase, no obstante, apenas el nuestro comenzaba a hablar, porque Whitman era el Adán desnudo, cantando en las selvas vírgenes de América, y Guido, el refinado trova-

dor, divagando a la sombra de lejanos jardines. Yo no he visto en mi vida ejemplo más acabado de la gentileza varonil. Hubiera sabido ser en la niñez inocente el paje de una reina, y en la mocedad el discreto galán de una duquesa, de cabellera empolvada. Dilecto de las gracias, conservó hasta la vejez la urbanidad obsequiosa. Charlaba ingeniosamente, los ojos chispeantes de malicia, la boca sonriente de ironías. Regalaba bombones y champán cuando los tuviese, o siquiera agua en los días malos, supliendo a la fortuna esquiva con ornamentos espirituales: anécdotas, epigramas, versos, o melodías que soplaba en la flauta con esa ingenua delectación pastoril que vibra también en muchos de sus poemas, aunque si le hubieran impuesto hacerse pastor hubiese preferido, en su refinamiento, ser un pastor de las Arcadias fingidas.

Por entre las flores de su gentileza corría, claro y profundo, el manantial de su bondad, como las aguas montañesas que bajan entre los edelweiss de la nieve. Nieve era ya su ancianidad, en la blancura de sus canas y en las

frialdades de la vida concluída, que se prolongaba en él como un aprendizaje de la muerte, en tanto su alma desbordaba optimismo aleccionador. Hombre sin envidias para la ajena grandeza y sin vanidad para la propia, narraba sus aventuras y desventuras con su misma voz jovial. Ningún remordimiento del pasado venía a turbar su conciencia; ningún presentimiento de lo que hay más allá de la muerte agitaba su corazón. Los recuerdos felices de su vida lo regocijaban dulcemente; pero los recuerdos nefastos no lo angustiaban, seguro de que las felicidades que le fueron negadas—el poder, la riqueza, los honores—son ilusiones transitorias; y el hombre todo, una sombra vana.

Ignoro si era un escéptico; pero estoy seguro de que no era un misántropo ni un pesimista. No sé si disimulaba sus congojas, a fuer de civilizado, pues sin duda sabía aquel consejo del gentilhombre según el cual la visita es un ser de cuya felicidad nos encargamos mientras se halla al amparo de nuestro techo. Pero creo que no se disimulaba, por-

que no hay en toda su obra un solo acento de exasperada amargura; ni en sus versos, ni en su autobiografía, ni en sus cartas, animadas por la misma serenidad sonriente de sus conversaciones. Bromeaba hasta sobre las penas del infierno, al que llamaba el Tártaro, con malicia pagana. Y al verle en medio de la inopia, de la enfermedad, de la vejez, dulcificando con sus agudezas el sabor de la vida, recordaba yo, por contraste, a otro poeta argentino, el paralítico Gervasio Méndez, cuyos versos son un continuo gemido en la desolación. Este otro nunca se lamentaba. Antes bien, florecía su sonrisa entre las sombras de la fatalidad, como en la noche el resplandor de una estrella.

Acostumbrada la nueva generación a verle en aquella postura de su ancianidad, tan definitiva que era como una anticipación del mármol estatuario, muchos han llegado a creer que Guido nunca descendió a la realidad, y que siempre fué algo así como una especie de bardo ocioso y errabundo. Semejante error habrá de desvanecerse para quien lea el do-

cumento autobiográfico que inicia el volumen de sus *Ráfagas*, escrito en prosa admirable, y que no es, en su fondo, sino el mismo relato que, por fragmentos, escuché de sus labios, contado con elegancia y humorismo. Allá le veréis despertando a la pubertad y a la belleza del mundo entre las exuberantes florestas del trópico, bajo el sol del Brasil, donde moraba con sus padres. Allá le veréis, refugiado unas veces en Montevideo, otras en Lisboa, errante sobre las dos riberas del Atlántico, en peregrinaciones a las cuales no eran del todo extrañas las pasiones políticas de su patria. Allá le veréis, recién llegado a Londres, en plena juventud, extraviándose en cierto hospedaje equívoco, hasta gastarse todo su dinero en la bacanal de una noche, con asombro del ministro argentino, el grave don Manuel Moreno, que hubo de auxiliarlo en tal aprieto, pues era amigo de su padre. Allá le veréis, recién llegado a París en 1848, lanzarse en la revolución que acababa de estallar, unirse a las muchedumbres, arengar a los obreros en armas, arder él mismo en el fre-

nesí libertario, batirse en las barricadas, y sólo a los tres días volver a su hotel, donde lo creían ya muerto en las sangrientas jornadas. Allá lo veréis correr del Plata a Paisandú, para ofrecer su brazo a la ciudad invadida, como ofreció su pluma a todas las causas de la justicia en América. Allá lo veréis organizar la asistencia pública en Buenos Aires, para socorrer a los enfermos y enterrar a las víctimas de la fiebre amarilla, cumpliendo con ese noble deber en compañía de otros escritores, mientras las autoridades y la burguesía, presas del pánico, abandonaban la ciudad con ese legendario pavor de las antiguas pestes.

Hay en este pasaje de sus memorias un episodio que quiero destacar a pesar de su carácter siniestro: es cuando viene una criada despavorida a despertarlo, en mitad de la noche, para decirle que el cadáver de su ama yace por ahí abandonado, porque las gentes huyen temerosas. Averigua el nombre de la difunta.—"Es doña Luisa Díaz Vélez de La Madrid"— le responden—, viuda del general La Madrid, héroe de la independencia, que

había sido adversario de su padre en nuestras guerras civiles. Entonces Guido corre a hacerse cargo del cadáver, lo encajona, levántalo en un coche, y va a llamar a las puertas de la Recoleta. Ese día se han llevado al camposanto setecientos cadáveres. Concluída la jornada, muchos yacen insepultos. Guido exige que como a miembro de la comisión popular, y por el nombre de los despojos que conduce, le abran la puerta y le permitan inhumarlos. El guardián, entredormido, abre, accede. Y Guido, en su autobiografía, epiloga el episodio con estas temblorosas palabras: «Cuando hube echado la última palada de tierra sobre aquellas reliquias venerables, me pareció que mi madre me daba un beso en las tinieblas».

Ya veis, señoras y señores, a qué honduras del amor, a qué excelsitudes de la piedad, a qué dantescas regiones de la muerte había llegado este poeta, a quien muchos creyeron un egoísta frívolo y sensual. Profundamente espiritualista, como todos los poetas verdaderos, él había hecho en vida su viaje al Ha-

des — también pagano en ello—, y vuelto de allá con la clave de los arcanos. Por eso iba sereno sobre la tierra, sonriendo a veces. No conoció la angustia, ni quiso fingirla como recurso retórico. La desesperación es el áspero dejo de la fe perdida, o de la fe no encontrada, y Guido estuvo libre de esa inquietud, porque tuvo desde niño una sola religión: la belleza, y un solo culto: el arte. El canon de armonía, aprendido en los astros, lo extendió a toda la conciencia, y vió que armonía es también la verdad, y eso asimismo el bien. Platónico sin saberlo, fué griego hasta en ello, realizando un ideal difícil, en estas sociedades utilitarias y dogmáticas del Nuevo Mundo. De la tradición hebrea, no le alcanzó sino el cristianismo helenizado del primer tiempo, y de la Biblia, no los profetas rugientes, sino el sabor a leche y miel de los "cantares", o aquel sabor a sal del Eclesiastés, en donde Davidson señala una influencia de la diáspora helénica.

Y he aquí que volvemos necesariamente a la reminiscencia de la cultura antigua. No en

vano sorprende en el índice de sus *Poesías* la profusión de nombres helénicos. Llevado por esta afinidad sensitiva, tradujo a varios poetas de la *Antología;* aquellos líricos menores que antes recordé, hombres de versos amables y de vidas turbulentas. No inspiraron esta predilección, ni la moda de su época, ni las tradiciones de la literatura española; menos aún los gustos argentinos, que eran entonces los de un pueblo pastoril y guerrero. Epigramas de Meleagro, de Asclepíades, de Damócaris, de Safo, de Marcus Argentarius, fueron, sin embargo, por él vertidos en nuestro idioma, mientras aquí tronaba la guerra civil de nuestros últimos gauchos, y allá en Europa continuaba la revolución romántica alzada contra el clasicismo. Bien sabemos que no llegó a esas fuentes en el idioma original, pero no ignoramos que la belleza antigua es un misterio al cual se llega por la erudición literal, que amortigua el sentimiento, o por el sentimiento que no sabe detenerse en todas las prolijidades de la erudición filológica. En presencia de tantas traducciones, dijérase que las llaves

del santuario se han perdido, y que sólo es dado acercarse a los umbrales del templo. Por eso recuerdo las traducciones de Guido, no en cuanto son prueba de su humanismo, sino en cuanto son testimonio de su fe; revelación de temperamento y nueva confidencia de afinidades literarias con aquellos poetas menores de la antigüedad. Ellos devolvieron el verso breve de las inscripciones, y realizaron la belleza lírica del madrigal, del idilio y de la elegía, infundiendo, en sucintos cuadros, la emoción de la vida y el sentimiento de la naturaleza.

Como para esos líricos antiguos, el amor fué para Guido deliciosa voluptuosidad o resignada melancolía. Muchas son las mujeres que pasan por sus versos, todas de bellos nombres: Edda, Arsinoe, Gulnara, Nydia; y habla de todas ellas menos con el frenesí de la posesión que con el deleite de la contemplación erótica. Quien se agita en sus poemas a espasmos de la pasión, suele ser más que él, la protagonista de su aventura: es blanca en *Al pasar*, que se entristece de escondido amor en

viéndole partir; es Jonis en *Celos*, que hizo, al verlo en la fiesta con la rival, "su abanico de nácar mil pedazos"; es la cándida Adriana de *En los guindos*, que teniendo él diez y ocho años y ella diez y seis, lo mandó treparse a un árbol para que le cortara el fruto más rojo. Y cuando pinta cómo, viéndola desde lo alto, descubrió en el escote un nuevo encanto de la doncella, el poema insiste:—"Aquella guinda alcanza — me decía — que está en la copa; agárrate a las ramas,—no vayas a caer".— "Y tú si me amas,—qué me darás?"—Bermeja cual las pomas—que madura el estío en las laderas,—contestó apercibiendo dos palomas—blancas, ebrias de amor: "Lo que tú quieras!..."

Supo armonizar en poesías de tal especie la intimidad de la emoción con la sutileza del detalle decorativo. Si ya en esa fusión de lo plástico y lo musical realizaba un primor difícil, halló sin esfuerzo el tema nuevo y el semitono confidencial en la lírica. Lo que esos poemas tienen de característico, no reconocía precedentes en las letras de América y ni de

España. La aparente trivialidad de su poesía comportaba una lección de gracia y de cultura, necesaria a la civilización de nuestros pueblos, tan ocasionados a la actitud grosera y al discurso excesivo. Ajeno a la tradición culterana de los parnasos coloniales, que habían oído a Terrazas en Méjico, a Tejeda en la Argentina, a Oña en Chile, a Barnuevo en el Perú; ajeno asimismo a la épica militar y militante del ciclo emancipador, que soplara en sus trompas guerreras la oda seudoclásica al modo del porteño Luca, celebrador de San Martín, o del guayaquileño Olmedo, celebrador de Bolívar; ajeno, finalmente, a la estética romántica que Echeverría trajo de Francia al Río de la Plata, infundiendo en la nueva generación americana el gusto por la quejumbre desgarradora, por los argumentos melodramáticos, por los vastos frescos decorativos—como esa pampa de *La Cautiva*—para fondos de sus narraciones versificadas, Guido surge después de Labardén, después de Varela, después de Mármol, y es, sin embargo, diferente de todos ellos. No sólo es diferente, sino

superior, puesto que trae una sensibilidad más refinada y un arte más reflexivo. Guido anticipó en sus virtudes la revolución modernista que iba a florecer treinta años más tarde. Tal vez su aparición fué prematura con relación a su ambiente. Quizá fué el precursor cuyo sacrificio es necesario a los credos nuevos. En todo caso, fué un innovador espontáneo, innovador sin escuela y sin doctrina.

La doctrina iba a definirse varios lustros después, en el viejo Ateneo donde señoreó Rubén Darío. Formóse la escuela bajo este nombre; pero los modernistas nunca desconocieron el patriarcado lírico de nuestro precursor. Llegaba Rubén de Chile, y traía por heraldos anunciadores los ruiseñores de Francia cantando en su *Azul*. Ambos poetas se reconocieron en el acto, como exilados que hablan un mismo idioma. Rubén saludó a Guido, y Guido contestóle con aquel soneto que empieza:—"Es él! Rubén, el trovador galano"—donde termina definiéndolo: "¡Oh juventud! le atrae radioso el Pindo.—La ruta emprende cuando el alba asoma.—Al rosado

esplendor ¿quién no lo admira?—Del Rajá en la galera surca el Indo.—Canta de Grecia; se enguirnalda en Roma; — y con maitén de Arauco orna su lira". Y pues de todas partes habían surgido denuestos contra el peregrino, Rubén no olvidó al gran anciano, cuyo nombre repite en sus prosas y sus versos, y a quien visitó en todos sus retornos a nuestro país. Aún recuerdo una noche de Bretaña, donde veraneábamos juntos frente al mar, diciendo yo a Darío que Buenos Aires no era una ciudad de belleza, respondió a mis razones con esta razón: "Así será; pero ustedes tienen allí ese maravilloso espectáculo que se llama Guido y Spano..."

Y cómo no había de sentirlo así el autor de *Prosas Profanas*, si él era un niño de Nicaragua, que apenas ensayaba sus *Primeras Notas*, pueriles y usadas, cuando ya Guido habíase independizado de la mala tradición lírica de España y América? ¿Cómo no había de sentirlo así el autor de *Los Raros*, si Guido era "un raro", él también, por la belleza romántica de su vida y por el concepto clásico

de su arte? Este no era ya el poeta político de las repúblicas americanas; no era tampoco el barítono a gran orquesta del romanticismo; no era tampoco el colorista local. Patricio de América por su sentimiento y ciudadano del mundo por su cultura, pagano y espiritualista, bohemio y aristócrata a la vez, Guido fué el primer renovador de temas y emociones en la lírica de nuestro idioma. El no viene de Garcilaso toscanista, ni de León cristiano, ni de Quevedo latinizante, ni de Góngora obscuro, ni de Herrera enfático, ni de Quintana retórico. En él comienza el poema breve, donde junta la gracia del ritmo y de la rima, la decoración sutil del adjetivo y el tropo elegante, la proporción de la forma y del asunto, la emoción íntima y la visión de los lugares. Es un poeta sincero a la vez que un artista consciente. Cree en la inspiración, pero confía en la lima. Observa la pureza tradicional del idioma, pero no se ata a fórmulas arcaicas. Utiliza el idioma como el músico las notas y el escultor el barro o el pintor la paleta, para instrumento dócil de su propia expresión.

Sabe que la cultura no es sólo erudición, sino refinamiento de la sensibilidad moral y estética. Y así renueva en América el cultivo del soneto, antes poco y mal versificado en nuestros países. Olvidado el soneto bajo la inundación secular de octavas épicas, odas, silvas e himnos, llegó a ser en él un completo artífice, como lo veréis en éste, que se llama *Ruego*, y que ha de ser la última de mis transcripciones:

El joyante cabello ensortijado
desprende ¡oh bella! y el cendal de lino;
vele apenas el seno alabastrino
a inefables caricias reservado.

¿Quién más feliz que yo? Del regalado
aroma, del cordial y dulce vino
de tu amor, en un éxtasis divino
todo en blandos deliquios embriagado!

¡Oh mi virgen hebrea, urna olorosa
de mirra y de cinamo, ven, ¿qué tardas?
ven, pues ya en vano mi pasión reprimo;

y en mi fiebre de amor, púdica, hermosa,
de la viña balsámica que guardas
templa mi sed con el mejor racimo!

Pensad, señores, que todo esto hacíalo en Buenos Aires cuando nuestra ciudad era una aldea; cuando aún cabalgaban los indios de Catriel por el Tandil y las montoneras de López Jordán por Entre Ríos. Mientras tanto, en el resto de América, no habían ensayado el nuevo canto ni el cubano Casal, ni el colombiano Silva, ni el mejicano Nájera, también admirables precursores de nuestra lírica moderna. Singular, por temprana, ha sido su obra, y bella hasta en la muerte, su larga vida. Razón tenemos para rendirle aquí estos funerales civiles, pues si él no ha sido fruto de esta universidad, él encarna ese tipo de gentileza y de tolerancia que la universidad aspira a crear. La Academia de letras lo adoptó por suyo, mostrando que estas instituciones no quieren divorciarse de la vida. Y ha de ser grata a sus manes esta ceremonia, celebrada en la casa donde rendimos cotidiano culto a los seculares arquetipos de la belleza, que son nuestro recuerdo, y a los puros arquetipos de la nacionalidad, que son nuestra esperanza.

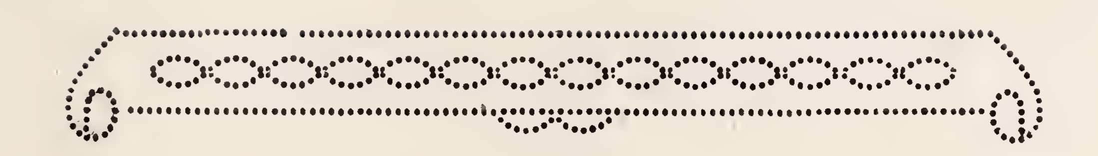
En cuanto a mí, que he venido a este recinto inspirado por los mismos ideales del ilustre muerto, dejadme dar salida a la nota personal que el consejo ciceroniano manda poner en el exordio, y que el rubor de la propia humildad ha estado conteniendo en todo el curso de esta oración. ¿Por qué no habría de recordar— aun cuando me reconozco sin méritos—, porqué no habría de recordar, señores, que él ha dejado escritas, con harto elogio para mí, las primeras palabras que saludaron mis primeros versos? Suyas fueron las que me auguraron, con patriarcales acentos, la buenaventura en la vía difícil del arte, cuando siendo yo un niño comencé a cantar. ¿Y qué podría yo, ahora, desde este sitio de honor, ya "en medio del camino de la vida", desear al noble anciano que ha concluído la jornada, sino la dicha para sus manes y la inmortalidad para sus cantos? Lumbre de amor me ilumina al acercarme a su obra, como lumbre de amor me iluminaba cuando me acerqué a su vida. Y pláceme imaginarlo allá en los Campos Elíseos, con su traje talar y su corona de laure-

les, marchando al son acorde de la lira sobre la senda de celestiales asfodelos. La musa lo acompaña, vestida el blanco peplo de lino sutil, y a lo lejos levántase, en la luz sonrosada, un pórtico de mármol...

Pero es hora ya de abandonar estas dulces imaginaciones. Sus restos yacen en la ermita familial, ceñida de una hiedra, que él levantó de piedras rústicas para las cenizas de su padre. Y el día que lo inhumábamos, pensaba que su epitafio no podría ser ese de Orfeo que he recordado al empezar. Orfeo es el vate de las edades míticas, para quien no habíase aún perdido la clave musical de la palabra humana, cuya potencia es divina como la armonía cosmogónica que ordena el ritmo de los mundos. Los elementos obedecían a ese canto, y el suyo era el mismo secreto que en otra leyenda aria y en otro modo de plenitud heroica, Siegfried reencontraría cuando al matar al Dragón por él vencido, y teñirse en su sangre, comprendiese lo que en su canto decían los pájaros de la selva. Otra es la progenitura espiritual de Carlos Guido y Spano,

y es en las propias páginas de la *Antología* griega, que él tanto amó, donde se halla escrito su lema póstumo, en el epitafio que Antipater de Sidon compuso para la tumba de Anacreonte:

Que en torno a tu sepulcro la vid enlace sus racimos y sus pámpanos; que la flor de los prados abra sobre él sus cálices purpúreos; que una fuente de cándida leche mane de la tierra; que el vino esparza su dulce perfume para gozo de tus cenizas, si es que algún gozo existe para los muertos—oh caro poeta que has amado tiernamente la lira, y que has atravesado el océano de la existencia con los dones del canto y del amor.



INDICE

Acabóse de imprimir este libro en
los talleres de Juan Pueyo,
de Madrid, el día 30
de junio de
1922



